


·HELENÆ·AVGV
STÆ·DVCISSÆ
EX·LIBRIS





A S. A. R. la Sª Condesa de Panés agradecida á su bondosa indulgencia, el autor

Fernan Caballero

OBRAS DE FERNAN CABALLERO.

---

# LA FARISEA

Y

# LAS DOS GRACIAS.



[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

# LA FARISEA.

---

# LAS DOS GRACIAS.

NOVELAS ORIGINALES

POR

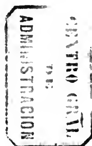
## FERNAN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO DE

D. PEDRO DE MADRAZO.




S. H. G.




MADRID.
CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION
Torres, 4 duplicado, bajo.
1865.

MADRID.—IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

# PRÓLOGO.

No se te entrará por debajo de la puerta de tu casa, lector benigno, este tomo de novelas, nuevo fruto de la fecunda pluma de FERNAN CABALLERO. Ese modo furtivo de penetrar en el sagrado del hogar doméstico no cuadra bien con el propósito elevado y generoso que inspira todas las obras de este afamado novelista andrógino. No es propio de caballeros de noble alcurnia que saben mantener su decoro y conservar incontaminado el lustre de su casa, el mendigar relaciones buscando pretextos para introducirse en el trato y familiaridad de la gente de valía, y ménos amoldarse á las mañas rastreras de la gente baladí para lograr por cansancio ó por sorpresa lo que cara á cara se les niega. ¿Es por aristocrático or-

gullo y por desprecio de los hábitos generales por lo que el hombre bien nacido se desdeña de pordiosear de casa en casa, y más aún de introducirse clandestinamente en la morada ajena, como el malhechor que se propone robar ó asesinar al dueño desapercibido? No por cierto: la decencia, la moral, la ley, se lo prohiben; sírvanse tenerlo presente los autores de buenos libros que sin dar importancia al antiguo recato literario, y acomodándose al uso tan generalizado de propagarse por mano de los repartidores, se dejan ir de puerta en puerta en compañía con la pestífera falange de *publicaciones ilustradas y baratas*, ó silenciosamente se ingieren y deslizan con ellas dentro de las casas sin permiso de los padres de familia.

Los editores de las dos novelas que este volúmen contiene lo han comprendido así, y han querido que su publicacion no se confunda con esas obras de baja ralea que una especie de soplo diabólico nos introduce todos los dias por las rendijas de nuestras habitaciones para emponzoñar la atmósfera que respiran nuestras mujeres y nuestros hijos. Demos, pues, las gracias en nombre de Fernan Caballero á tan galantes editores por no haberle descuartizado en entregas

estos dos hijos de su preclaro ingenio, arrastrándolos por los suelos de los recibimientos; y admítelas tú tambien, oh lector sensato, porque en obsequio al morigerado novelista, campeon denodado y heróico de nuestras antiguas costumbres religiosas, monárquicas y caballerescas, no te has desdeñado de ir á la librería en busca de este libro,—ó lo que es lo mismo, has ido á buscar la púdica doncella á la casa honrada del padre, despreciando á la cortesana que sin ser llamada se te entraba por las puertas.

Merced á este vértigo de incontinente publicidad que se ha apoderado de la moderna Europa, y que ha hecho sacrificar su pudorosa reserva á todas las creaciones que sin ella pierden la mitad de sus encantos, el cuadro ó la estátua, el poema y la mujer, ya no ejercen sobre nuestros corazones su primitivo ascendiente. Parece paradoja y no lo es: la reproducion del objeto artístico por medio del grabado ó la fotografía, no difunde en la masa social aquel sentimiento de la belleza vivo é intenso que en el recóndito lugar para donde fué ejecutado producia en cada individuo. Los dramas, los cancioneros y romanceros, impresos un número infinito de veces y vul-

garizados en ediciones sin cuento con el atractivo de preciosas láminas y elegantes caracteres, no encienden ya en las almas aquel fuego santo que mantenian penosamente leidos en borrosos manuscritos ó malamente recitados por los cómicos ambulantes y los trovadores, ennobleciendo el patriotismo, la fe y el amor. La mujer que ostenta y prodiga sus seducciones, y hace alarde de ellas en el sarao, en el teatro, en los paseos, en las procesiones, en las Cuarenta Horas, en los sermones, en la corte y en todas partes, hasta el punto de que la tengan siempre á la vista el que madruga para solazarse por las mañanas en las poéticas umbrías del Retiro, y el que centinela voluntario de las tiendas ó del Casino pasea ocho horas al dia la Carrera de San Jerónimo y las calles del Cármen ó de la Victoria, y el que por la noche ántes y despues del baile, del concierto ó de la ópera, hace su visita obligada al café Suizo ó á la Iberia; no ejerce hoy sobre el hombre aquel predominio que ejercieron la púdica Theodolinda sobre Agilulfo el Longobardo, y la fervorosa Ingunda sobre el apasionado visigodo Hermenegildo; ni adquiere con la *despreocupacion* de que blasona aquel temple heróico que demos-

traron siendo unas sencillas y muy cristianas criaturas Griselda en el retiro de Saluzzo, y Juana de Arco en los campos de Patay. No es paradoja, no: las mas bellas creaciones de la naturaleza y del ingenio humano se deslustran, casi diríamos que se envilecen, sacadas al público mercado. La gran publicidad moderna solo favorece al arte de malas tendencias, — á los libros malos, — y á las malas mujeres.

Son en general las novelas que salen á luz por entregas como pobres vergonzantes que no se atreven á descubrir de un golpe toda su miseria, y por lo curtidas y baqueteadas á fuerza de sofiones desde su primer asomo por el intersticio que en cada una de nuestras viviendas tiene á su disposicion la *publicidad*, vienen á ser como los gitanos de la inteligencia. Suben y bajan las escaleras de todas las casas de esta coronada villa, manoseadas, asendereadas y tratadas con desprecio, pero nunca corridas de recibir los escobazos de las criadas y los pisotones de los aguadores. Y entre ellas, sin embargo, las hay muy dignas de otra suerte;—como entre los infinitos periódicos que se titulan órganos de la opinion pública (y que son con harta frecuencia los organillos con que se

anuncia el hambre privada), los hay que por irreflexion ó por descuido prostituyen la toga magistral dejándose arrastrar por esos intersticios á manera de asquerosos insectos ó venenosos reptiles.—¿No es un verdadero dolor que hayamos tenido que recoger á veces de entre las barreduras de nuestros recibimientos, capítulos de la *Santa Biblia* y páginas preciosas de las *Tardes de la Granja* y de otras excelentes novelas, que por un error de cálculo de sus editores han recibido puntapiés y desgarrones de la servidumbre ignorante, la cual, seducida por las viñetas y los colorines, deposita benévola sobre los veladores los inmundos plagios y las imitaciones de Eugenio Sue y de Paul de Kock?

Cada cosa en su lugar: aguanten, si tal es su gusto, los escobazos, las pisadas, los estregones y refregones, las rociadas de las regaderas y la afrenta de las salivas, los que bajo cualquier forma y con cualquier pretexto, en periódicos, en entregas de novelas, en folletos, en prospectos de sociedades anónimas y anuncios de toda especie de métodos maravillosos para enriquecerse sin trabajar, ejercen la satánica mision de negar la existencia de Dios y de la justicia eterna, de inspirar

en los corazones el odio á toda autoridad divina y humana y la sed de los goces materiales, y de hacer triunfar en la ciencia social, en la literatura y en las artes, un naturalismo pagano y grosero sobre las santas tradiciones del mundo cristiano. Pero que se respete la reserva, el recogimiento y el pudor del libro que no se escribe para la tumultuosa plebe adoradora del dios *Oro* y de la diosa *Prostitucion.*

* * *

Un padre amante de sus hijos y solícito guardador de una hija que tenia muy hermosa, de muy precoz entendimiento, muy alegre y feliz en su virginal extrañeza de toda idea impura, cuidaba con el mayor esmero de que esta preciosa flor que embalsamaba su existencia no perdiese el celestial perfume de su candor. Escogia con el mayor estudio sus amigas, cuidaba de que no leyese libros que él no hubiera préviamente examinado; en la dura necesidad de consentir que su hija fuese algunas veces á los teatros para no pàsar por raro y misántropo, elegia los espectáculos á que habia de asistir; procuraba en suma no omitir medio alguno de preservar á aquella linda é interesante criatura de toda sombra de

mancha moral:—empresa que hasta los diez y seis años habia logrado ir sosteniendo á fuerza de vigilias y sudores en medio de esta sociedad sensual y pervertida que llamamos sociedad culta;—verdadero milagro, nada menos maravilloso que el de conservar una camelia con toda la frescura del tiesto dentro de un horno encendido.

Solo en una cosa se habia descuidado el buen padre; tocado de la politicomanía que hoy aqueja á los hombres en toda Europa, y acostumbrado á saborear diariamente la dósis de bilis que le administran los periódicos todas las mañanas despues de tomar chocolate (y criticamos que los chinos tomen sus dósis de ópio, menos ofensivo!), no habia tenido la precaucion de hacer poner en su puerta un buzon para recibir los diarios y demás papeles, y consentia que se los introdujesen por debajo de la misma puerta los repartidores. Por este portillo inadvertido, siempre abierto y franco en nuestras casas, reciben aun los mas acérrimos defensores del sistema prohibitivo y proteccionista todas las malas drogas que expenden los librecambistas de las ideas, y por el suyo se infiltró en el hogar pacífico é incontaminado del

pobre padre, en forma de entrega de una publicacion recreativa... (tentaciones tengo de nombrarla, denunciándola á la execracion y á la justa cólera de los hombres decentes y sensatos, enemigos de soeces bufonadas), una funesta ponzoña que hasta hoy está produciendo en aquella familia terribles estragos. La mano en mal hora oficiosa de una doncella llevó la bien vestida y elegante entrega al velador de la desapercibida señorita. Con el halago de la hermosa impresion y del arrasado papel, máscara aristocrática de un ser plebeyo, empezó la niña á hojear aquel impreso. Debo suponer que tardó mucho en entrever el significado de los inmundos epígramas que devoraba engolosinada por el encanto de un ritmo jugueton y sonoro, y seducida por la voz secreta del Mefistófeles que lleva siempre á su lado toda Margarita. Pero debo suponer tambien que alguna criada con mal entendida generosidad se atrevió á descifrarle lo que ella no hacia mas que presentir. El caso es que la pobre víctima de tan villana sorpresa, de tan criminal atentado, comenzó á recatarse de su padre para entregarse á aquella lectura, y que gracias á esta ha perdido la fe en la benéfica vigilancia del autor de sus

dias, la alegría de su carácter, el arrebol de sus mejillas, la inocencia de su alma!!

Este fruto ha producido en aquel hogar, hoy triste y antes tan feliz, el funesto *laissez faire, laissez passer* que hoy rige para las mas depravadas ideas, cuando ponemos cerrojos y cerraduras, y penas en el Código, para los ladrones de menos valiosa propiedad. Contradiccion manifiesta! al que nos arrebata una parte de nuestra hacienda, le condenamos á presidio; y al que nos roba el candor y la dicha de una hija querida, y asesina su alma, le permitimos que se pasee indemne y nos insulte con su procaz y triunfadora sonrisa!

* * * *

La publicidad exagerada que hoy prevalece en todo, es producto genuino de ese vago deseo de innovar, desarrollarse y disfrutar, que ha invadido á la antes sobria y recatada España. Como el niño que al soltar los andadores corre libre, más por necesidad de moverse que por deseo de dirigirse á un objeto determinado, así la sociedad española en su ansia de lograr un bien aun no definido, se agita y se conmueve más que para progresar en el camino de la verdadera civilizacion,

para hacer alarde de una libertad de que antes no habia gozado. Todo el mundo experimenta la comenzon de echar sus gracias naturales al aire y de contemplar las ajenas. El naturalismo á su vez nos ha hecho sensualistas, y esto ha originado una trasformacion radical en las costumbres públicas y privadas (si hay ya algo que sea privado) de los en otro tiempo ascéticos y severos españoles. No importa que á la actividad se dé ó nó un objeto final, ni que este objeto sea malo ó bueno; el caso es desarrollar medios y recursos extraordinarios. Si el producto es bueno ó bello, tanto mejor; si por resultado de nuestro esfuerzo obtenemos un cuento inmoral, un cuadro obsceno, una doctrina sediciosa, ó una dislocacion como las de *Pietrópolis*, en cuya virtud el hombre se trasforma en repugnante reptil ó en espantable demonio, no por eso faltará público numeroso que lo aplauda. El buen gusto, el sentido moral y estético es el único que sale perdiendo.

Los periodos de transicion como el que vamos atravesando ofrecen un estudio mas curioso que útil, porque si bien entretiene el ánimo el contraste entre lo que viene y lo que se va, es lo nuevo demasiado reciente para exigirle sazonados

frutos y comparar estos con los que produjo lo pasado. En las épocas de trasmutacion social, las almas apegadas excesivamente á lo antiguo desfallecen de melancolía, y las que suspiran por lo nuevo pierden la fé viendo que su ídolo vacila y amenaza con frecuencia caer y hacerse polvo antes de afirmarse en su pedestal.

Fernan Caballero, cuya última produccion nos sugiere estas consideraciones, se declara resueltamente por lo pasado, y con tanta elocuencia y fuerza de imaginacion defiende su causa, que no podemos menos de declararnos seducidos. No es precisamente en la Farisea donde campea la apología de la España que va acabando: la generala *Campos*, llamada la Farisea, es la personificacion de uno de los mas monstruosos enemigos de la caridad cristiana desde los mismos tiempos de su ejemplar divino. Mas adelante te la pondremos de manifiesto, lector amigo. Ahora nos ceñimos á desentrañar el espíritu de la otra preciosa novela que lleva el título de Las Dos Gracias.

Del seno de una familia noble, honrada y pobre, que se extingue y sucumbe en la prueba suprema de la miseria y de las pesadumbres, brotan dos seres en que se personifican el espíritu del pro-

greso puramente material é incompleto de nuestro siglo, travieso, emprendedor y poco aprensivo, y el espíritu del progreso moral cristiano, todo abnegacion y amor, que abrazado al sacrificio voluntario é infundiendo su vital aliento en los corazones que convirtió el egoismo en sepulcros llenos de podredumbre, lucha sin descanso por el triunfo del bien y en su modesta forma de legionario de la caridad ha de concluir por regenerar el mundo. El representante de nuestra España moderna, sedienta de placeres, afanosa, calculadora, intranquila, nada escrupulosa en la eleccion de los medios para conseguir su fin, que es enriquecerse y gozar, es *Ramon Vargas*. La que representa aquel otro ideal de la abnegacion sencilla y modesta, de la caridad eficaz y serena, de la belleza creyente y púdica, es *Gracia Vargas*. Excusado es decir que en el poema de FERNAN CABALLERO, el bizarro y temerario personificador de nuestro progreso á medias, queda al final muy mal parado. ¿Debia salir triunfante en su empresa? Creemos que no.

El decantado progreso material de nuestro siglo, si bien se considera, no ha hecho á los hombres ni mejores ni mas sensibles á los es-

timulos innatos de lo justo, de lo bueno y de lo bello. Porque hoy gocemos de mas comodidades que gozaron nuestros padres, no somos mas probos que ellos, ni tampoco mas sabios legisladores ó mas hábiles artistas. ¿Contamos acaso hoy muchos magistrados incorruptibles como Tomás Moro, muchos héroes de la caridad como San Vicente de Paul, y muchos cultivadores de lo bello en sus diversas manifestaciones, como el Tasso, Garcilaso y Rafael? ¿Produce la civilizacion moderna muchas almas del temple de las de Guzman el Bueno y de Bayardo? Pues veamos de qué nos sirve nuestra cultura. Si no nos sirve para ser mas virtuosos ó para levantar los corazones de los demás á la pura region de lo Infinito por medio del arte ó de la poesía, ó para administrar con mas acierto la justicia, ó para defender mejor en los dias supremos á la patria amenazada de muerte ó servidumbre, ¿nos servirá al menos para ser mas *felices?* Supongamos que el vapor, la electricidad, las modernas conquistas de la ciencia y las artes que Bacon comprende en la denominacion genérica de ***voluptuaria***, hayan multiplicado el número de nuestros goces; ¿ha aumentado por eso nuestra *felicidad*?

La generalidad responde que sí: nosotros nos atrevemos á asegurar que nó.

Si la felicidad no fuera entre los hombres cosa esencialmente relativa, la humana sociedad seria un horrible sarcasmo. Si fuera realmente el poderoso tan feliz como el vulgo le cree, y el pobre obrero ó el olvidado campesino tan desgraciado como el rico se le figura, la prosperidad del primero sería un insulto contínuo á la Providencia que rige el mundo, y el infortunio del segundo una acusacion permanente contra el amor y el poder de Dios.

¿Quién será capaz de demostrarle que es en efecto tan feliz como se le supone, á ese lord de Inglaterra que hace viajes de recreo á Nínive y la Abisinia; que á las dotes naturales de juventud, belleza y talento, reune bienes de fortuna infinitos, haciendas que no recorreria un gamo escapado en quince dias, yeguadas que le producen los caballos mas buscados por los *sportmen* de Hay-Market, palacio en Escocia con parques y lagos, y soberbias galerías de cuadros y estátuas; que visita en su yacht las islas del Archipiélago, y reune en su mesa las mas hermosas mujeres, las mas raras flores, los mas exquisitos

vinos y los manjares mas costosos de las cuatro partes del mundo? Tal vez ese hombre, á quien considerais como al hijo predilecto de la dicha, emprende esos largos viajes pàra librarse del tédio y del hastío que do quiera le persigue, y tiene que acudir al ópio para conciliar el sueño. Háblale de la infelicidad del pobre irlandés que labra una mínima parte de sus estados, y que despues de las rudas faenas del campo se tumba á dormir á pierna suelta al lado de la marmita en que cuecen las patatas, cuyas migajas repartirá después con los perros y los pájaros; y te contestará con una sonrisa que quiere decir: mas feliz es él que yo.

Cuando se me probase que la febril industria del hombre, madre de la riqueza, ensancha el cuadro en que Dios tiene circunscrita y encerrada nuestra existencia; que para el habitante de Lóndres ó de Nueva-York trascurren mas lentas las horas del dia que para el beduino errante en el Desierto, que nunca las cuenta con afan y ve con la misma indiferencia al sol dorar á la madrugada los celajes del oriente y teñir á la tarde de púrpura el aduar que cae al ocaso; cuando se me convenciese de que disfrutan de mas larga vida

los hombres que viajan en ferro-carriles y almuerzan en Burdeos y comen en París, que los que hacen sus jornadas en mulos ó borricos; todavía podria yo plantear el problema de si entre dos hombres, uno civilizado á la moderna y otro montado á la antigua española, es mas dichoso el primero porque en un tiempo dado hace *mayor número de evoluciones* y se agita y afana mas que el segundo.

¿Por ventura es otra cosa esto que decoramos con los nombres retumbantes de civilizacion, progreso y perfeccionamiento humano, que un modo como cualquier otro de pasar el tiempo mientras dura esta tragicomedia de la vida? Acaso por dar mas vueltas la ardilla dentro de su jaula, varian las dimensiones de esta y la condicion del inquieto animalejo?

* * * *

*D. Ramon Vargas*, con quien nuestro novelista nos ha puesto ya en contacto, puede servirme en el paralelo que voy á bosquejar como el tipo de lo que llamamos un hombre de su siglo. Fernan Caballero nos le representa con bastantes pormenores en el cuadro de su vida privada. Recibe visitas de la aristocracia del mejor tono; su

talento y travesura le han proporcionado pingües negocios; vive muy atarcado porque ha abarcado muchas especulaciones á la vez; cometió la ligereza de casarse con una buena moza de baja extraccion y de educacion descuidada, pero al principio se avergonzó de tenerla á su lado en la corte, y luego, cuando cediendo á los buenos consejos del marqués de Benalí la trajo á su casa juntamente con sus hijos, disfrutó algunos años de esa aparente felicidad que consiste en no carecer de medios para satisfacer los caprichos que sugiere la holgazanería á una mujer vulgar lanzada en el vértigo de los placeres.

Pero nada se nos dice de cómo vive en público este matrimonio, y hé aquí lo que yo me atrevo á adivinar. *Ramon*, desde luego, es un bullebulle que figura en todas partes, en los ministerios, en las embajadas, en la bolsa, en las casas de los principales personajes y banqueros, en los teatros, en los cafés, en los campos Elíseos y en el Casino; su mujer, *Gracia Lopez*, consagra principalmente su tiempo á las tiendas de *novedades*, á las modistas y floristas: es rara la semana en que no compra ó una alhaja á los Saboyanos, ó un corte de vestido á M.me Pérat,

ó un sombrero á la inteligente Irma, ó unos encajes á Bruguera. Todas estas costosas superfluidades le son *necesarias como el pan*. Tiene abono de platea en el teatro Real, nó por la ópera italiana en sí, sino por ver, imitar ó criticar los tocados y trajes de las más aristocráticas bellezas; y tambien su turno de Zarzuela, porque le deleitan los recuerdos de las tonadas andaluzas que de vez en cuando animan las composiciones de Barbieri y Gaztambide. Los veranos, si no contribuye con su hermosa presencia á realzar el brillo de las reuniones de bañistas en Deva, San Juan de Luz ó Biarritz, los pasa, quejándose de la monotonía y *seccatura* de la vida de Madrid, repartiendo las horas diurnas y nocturnas entre el baño, las visitas, el paseo, los campos Elíseos y el Suizo, donde á guisa de oracion de la noche para pedir al Todopoderoso fuerzas con que llegar al siguiente dia, suele zamparse, con apetito digno de un miliciano nacional en dia de jarana, una cena compuesta de un par de huevos fritos ó una tortilla con espárragos, una racion de jamon en dulce, un chocolate y un sorbete. La pobrecita ha logrado despojarse de aquel necio encogimiento que á las mujeres incultas de Carmona les impide

mascar á dos carrillos en público, y devora los blancos panecillos del café Suizo que es una bendicion! Como á esta criatura, que el vulgo juzga feliz, se le van como el agua los dias en engalanarse para lucir, y las noches descansando de su continua comedia para volver á ella, claro es que no ha tenido tiempo de leer, de orar y meditar, y de pensar en los pobres y afligidos. Su entendimiento por lo mismo ha quedado tan vacío de buenas ideas como su corazon de buenas obras... Ramon Vargas, que no se cuida de lo que dice ó hace su mujer, primeramente porque su conversacion no le entretiene, y en segundo lugar porque sus negocios mantienen su ánimo constantemente preocupado, á punto de no permitirle el menor sosiego y de obligarle á tener siempre su cartera de apuntes en la mano, en la mesa, en el teatro y en el carruaje; apenas advierte que Gracia Lopez va insensiblemente reconcentrando toda la energía de su ser inculto en la adoracion de sí misma y en el odio á toda ajena perfeccion.

Pues mientras este matrimonio nada á sus anchas en el mar de los supuestos goces materiales, un mayorazgo de provincia, jóven, noble y

rico como Ramon, pero mas sensato que él, es con su sencilla y modesta esposa la pareja mas acabada para formar contraste con la que te acabo de describir. Sugiérenos esta pareja el mismo FERNAN CABALLERO en la primera novela de este tomo, LA FARISEA. El cuadro en que nos la presenta es un delicioso interior de Terbourg ó de Meissonier.

*José Villareza* y *Feliciana Fajardo* viven en un pueblo de Extremadura, llamado Hinojosa, que debe su sosiego á la circunstancia de estar apartado de las pocas carreteras que cruzan aquella provincia. La casa solar de Villareza con su escudo de armas; la cruz de piedra que á su frente lleva el caserío en señal de cristiano; la fuente allí cercana que recuerda los tiempos patriarcales de Rebeca cuando en torno de ella se apiñan las alegres doncellas del pueblo; la dehesa de encinas que brinda en el estío con su sombra, y la era inmediata donde se canta y se baila en las noches de luna; todo constituye una escena adecuada para un perfecto idilio de doméstica tranquilidad.

Villareza cree que vive feliz, contento y tranquilo, retirado del servicio de las armas, consa-

grado á aumentar para sus hijos el patrimonio adquirido con el caudal que llevó en dote su mujer, sirviéndole de distraccion y recreo las caricias de sus dos niños, la caza, y supongo yo tambien que las buenas obras en que se ejercita y en que le acompaña Feliciana. Esta por su parte se estima dichosa en el cumplimiento de sus quehaceres de madre y ama de casa, sin echar de menos para nada las galas que tiene arrinconadas hace años, y cifrando todo su placer en ejercitar con sencillas canciones religiosas el labio de rosa de su *Mariquita*, en sorprender á su marido con sabrosos platos al regreso del monte, y en conversar con él al amor del fuego sobre los lances de la batida, las ocurrencias del vecindario y los planes sobre el porvenir. Paréceme lógico deducir del aspecto que aquel tranquilo hogar ofrece, que Villareza halla tiempo sobrado para todo: que tiene perfectamente ordenados los papeles de su casa; que contesta con puntualidad cuantas cartas se le escriben, al paso que Ramon Vargas tiene constantemente sobre su bufete una porcion de cartas atrasadas sin abrir; que sin hacer en un solo dia *tantas cosas* como hace Ramon, las pocas que hace son todas

buenas; y que mientras el dia de fiesta trascurre para el *ocupado* y *civilizado* vecino de Madrid tratando de negocios y agotando deleites, sin haberse hecho siquiera la señal de la cruz al levantarse, ese mismo dia lo invierte el *desocupado* y *semi-bárbaro* propietario de Hinojosa en visitar de madrugada á los pobres que socorre, en oir con todo sosiego la misa mayor de la parroquia, y en hacer después las obras meritorias que puede, inclusas, si ocurren, la de transigir desavenencias y pleitos, la de conciliar ánimos enemistados, y otras por el estilo. Es evidente que Ramon Vargas ha hecho muchas mas cosas que José Villareza en un dia: que se ha agitado más, que ha gastado mucho mas dinero, y que ha sido en toda la plenitud de la expresion un hombre de su siglo; pero tambien es cierto que Villareza pudo á las diez de la noche recogerse á su lecho contento y tranquilo, mientras que Vargas se acostó á las tres de la madrugada, rendido, hastiado y lleno de cavilaciones.—Y sin embargo, la generalidad seguirá creyendo que aquel es un ser poco envidiable porque vive en un poblachon y usa calzones de gamuza, y que éste es un hombre culto y feliz porque va á las carreras de

caballos, y pasando á nuestro lado como una flecha en su carruaje á la Daumont, se hunde en la perfumada sombra de los bosques de la Casa de Campo.

* * *

No es mucho, me dirás tal vez, hombre de tu siglo, que en la clase acomodada disfruten todavía de mayor felicidad los que retirados del movimiento de la época hacen la vida del antiguo señor feudal, que los que en el torbellino de las grandes poblaciones cooperan á la trabajosa gestacion de la humanidad que pugna por encontrar la nueva fórmula del *sumo bien* en la tierra. No suele ser el soldado que más sufre en la batalla el que disfruta la paz de la victoria. Pero no porque hoy padezca errores y contratiempos, debe la civilizacion desconfiar de un porvenir mas dichoso que su presente y su pasado. Adelante, pues! adelante! Aunque la ciencia moderna sea hasta ahora de protestas y negaciones, demasiado concienzuda para establecer afirmaciones salvadoras, é ineficaz para asegurarnos á cada uno de nosotros nuestra dicha individual; no se negará al menos que ha logrado mejorar la suerte del *mayor número*, y que la pobre gente

de condicion humilde, el sirviente, el bracero, el proletario, todo el que vive de su salario, tiene mas comodidades, mas placeres, y es menos desdichado en los grandes centros del progreso, en París, en Lóndres, en Berlin, que en Peralejos ó en Vitigudino.

Créelo tú así en buen hora; yo por mi parte me atengo á la experiencia, que me enseña lo contrario.

Era Magdalena R** una pobre criada de un villorrio, cuyo nombre no hace al caso; vestia satisfecha su pardo sayal, mal urdido y peor tramado en el telar de su pueblo; habia llegado á los diez y ocho años sin gastar mas ropa que los desechos de su madre; trabajaba contenta; brillaban sus carrillos tersos y colorados como la manzana olorosa; sabia leer lo preciso para comprender un Caton cristiano de letra gorda, y oia con frecuencia la palabra de Dios explicada con lisura y sencillez por el celoso cura de su parroquia. Habia aprendido á practicar el bien y á repartir su mezquino salario con los pobres: vivia tranquila porque sabia amar con pureza, rezar, pensar y sufrir.—No se crea que el pobre lugareño no piensa: en el tránsito de la aldea á la fuente

del camino, y de la noria al establo, y de la era al granero, recogen á veces la aldeana y el gañan flores espontáneas que nunca brotan en la senda del afanoso mercenario de las ciudades. — No se piense que es contradictorio eso de sufrir y vivir en paz: el dolor, muy elocuentemente lo ha dicho una inspirada escritora de nuestros dias, es una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfeccion moral; es un amigo triste que ha de acompañarnos siempre en la senda de la vida (1). El que como tal sepa considerarle y tratarle, no perderá la calma interior, la paz del espíritu, por hacer la jornada en su compañía.

Pues acertó á parar en aquel lugar una encopetada dama de la corte, que prendada de las cualidades de la muchacha, la propuso traerla consigo á Madrid. Aceptó la sencilla lugareña despues de tomar consejo de su madre y de su confesor, alucinados con los títulos que á sus ojos desplegó la señora, la cual era presidenta de varias asociaciones filantrópicas, de esas que

---

(1) *Manual del visitador del pobre*, por doña Concepcion Arenal de G. Carrasco.

hacen las obras de caridad á son de bombo y platillos y de pomposas gacetillas en los periódicos,... y á los dos años de trato con las doncellas de las amigas de su protectora, cambió de ideas, de carácter, y hasta de figura.

Hoy su crecido salario no le alcanza para cuellos y puños, esencias, pomadas y cosméticos: se pone el cabello empinado como los cuernos de la cabra montés, lleva por detrás arrastrando dos metros de trapo pulverulento, acepta los dias de salida de cualquier adorador improvisado y *cursi* un convite para la fonda ó para el teatro; santifica las fiestas bailoteando hasta la media noche en el *Ariel*, en la *Camelia*, en la *Azucena*; ha perdido las rosas de aquella su tez virginal, el coral de sus labios, la tersura de su frente, la alegría de sus ojos, la paz de su corazon, y en la casa donde sirve lo hace todo con mal gesto y de mala gana. Destroza cada mes un vestido de rica estofa de París ó de Lyon, desecho de su rumbosa y mundana señora; y bajo las enramadas que iluminan los farolillos de colores y las bengalas de los fuegos artificiales, bailó la otra noche doce *americanas* y diez *polkas*, y le acariciaron el talle, nunca en su pueblo profanado por

hombre alguno, mas de cuatro horteras, entre cuya sórdida tenaza desplegó mas desenvoltura, mas arranques y mas fogoso arrebato que una bacante poseida del furor del *dios libre.*

¿Se me dirá que la palurda se ha *civilizado?* Por Dios, no nos burlemos así del comun seso con un estéril juego de palabras! El buen sentido, superior á todo sofisma, ha dictado un fallo que ella con su conducta ha hecho ejecutorio:—«*Magdalena se ha pervertido,*» dicen en el pueblo el cura, el alcalde, el boticario, el barbero, todos los ancianos y ancianas, los mozos y mozas, cuando su pobre madre se queja á ellos del olvido absoluto en que la tiene su hija.

* * * *

Yo he visitado algunos de los grandes centros de la industria moderna, á la que principalmente fian los partidarios del *progreso indefinido* la futura trasformacion del mundo. ¿Quién no los ha visitado, hoy que en menos de veinticuatro horas puede cualquiera reunir en su camisa tiznones de ollin de las fábricas de Bruselas, Paris y Strasburgo?—He sido testigo de los tremendos dolores físicos y morales del pobre obrero belga, cuya vivienda es como una fétida sentina sumergida

en el cieno de los canales; y de los que sufre el miserable *canut* de Lyon; artífices uno y otro de maravillas industriales que constituyen el encanto de la mas vaporosa aristocracia. Infelices partículas de un gran mónstruo que devora y trasforma la materia, pero de un mónstruo exigente, brutal, incansable y despiadado (que no es otra cosa una fábrica en nuestros dias), viven sin mas reposo que el de un sueño tasado por el inexorable déspota que beneficia aquella mina de sangre y vida humana, sin mas tregua al rugido del vapor que el tiempo en que estalla otro rugido aun mas imponente... el rugido de las sediciones y motines *(grèves)*.

Siempre que me hablan de los milagros de la industria y de la feliz trasformacion que ella está produciendo en las naciones de mayor progreso material, recuerdo involuntariamente las elocuentes páginas que siendo yo escolar en país extranjero veia escribir sobre el pauperismo y sobre la triste condicion de la clase obrera, á tantos y tantos ilustres publicistas de la vecina Francia, y las sublimes conferencias del P. Félix sobre el *Progreso*. Él, á mi juicio, mejor que otro alguno ha sabido ponernos de manifiesto el cuadro terri-

fico de los desengaños que la religion del progreso proporciona, y lo que vale para la felicidad del *mayor número* una prosperidad que multiplica en proporcion de su desarrollo la generacion de los que nada poseen: generacion inmensa que se propaga con formidable fecundidad en el seno mismo de la miseria, y que el dia menos pensado ha de colocarse en frente de los nuevos señores del mundo, descorazonados y crueles, con la doble desesperacion de la envidia por las delicias de que solo ellos disfrutan, y de la venganza por el egoismo con que la insultan.

¡Qué contraste forma con la vida del infeliz obrero de Lieja ó de Manchester la de cierto pobre zapatero de Arcos de la Frontera, que Parcerisa y yo conocimos en aquellos pasados años en que peregrinábamos por la provincia de Cádiz cosechando bellezas arquitectónicas y recuerdos históricos (1)!

Bajo una parra que sombreaba con sus anchas hojas una rinconada inmediata á la casa del an-

(1) Fué nuestro viaje en el año 1853 para escribir é ilustrar los tomos de *Córdoba*, *Sevilla* y *Cádiz*, de la coleccion de Recuerdos y bellezas de España.

ciano y bondadoso párroco de *Santa María*, se situaba entonces un viejo zapatero remendon, con quien nos hizo nuestra buena suerte trabar un dia un tranquila plática. Todos los primores mecánicos que producen en un año, utilizadas por una poblacion de esclavos de nueva especie, las ciegas fuerzas motrices distribuidas en las oficinas del inmenso establecimiento que tiene Cockerill en Seraing, dicen menos al espíritu del hombre pensador, y traen menos enseñanzas á su contemplacion que la media jornada de trabajo, interrumpido, imperfecto, biblicamente libre, que invirtió aquel pobre remendon en la obra de que voy á darte noticia si me asistes con tu paciencia.

Habíanos albergado en su casa aquel buen párroco de Santa María. De resultas de una caprichosa y larga correría, ya en calesa, ya á pié, ora con sol picante, ora diluviando, correría digna de la estrambótica veleidad de un *tourist* inglés, mi calzado estaba descosido, y ni podia remudarlo porque nuestras maletas habian quedado en la calesa, que muy á pesar nuestro dejamos incrustada en los barrizales de la vega del Guadalete, ni me era posible demorar su repara-

cion. En semejante apuro, acudí al único remedio de que podia echar mano. El hospitalario párroco me prestó sus chinelas, y yo entregué al zapatero de la rinconada aquel mutilado ejemplar de la obra prima salida de los talleres de Reynaldo.

El remendon de Arcos, á quien llamaban el *tio Pipa* por su costumbre de fumar á la francesa, puso con gran cachaza manos á la obra. Tratábase solo de contener con una hebra de cáñamo y pez el deplorable y vergonzoso divorcio que se habia declarado entre el cuero y la suela, y que amenazaba dejarme todo un lado del pié sin mas abrigo que la media. Pero en sacar del bolsillo las gafas, probarlas, limpiar los vidrios, volverlas á colocar en el caballete de la nariz y dejarlas con un gesto de descontento sobre el banquillo; en afirmar los piés de éste con unos tejos, tirar del cajon, tomar un peloton de cáñamo para hacer la hebra, buscar la pez y encerar al cabo; y en los demás preliminares precursores del acto solemne de empuñar la lezna, invirtió el tio Pipa cerca de una hora. Yo empezaba á dar muestras de impaciencia, y él que lo notó,

—Esta misma tarde le dejo á usted apañada la

bota, me dijo en tono de satisfactorio anuncio.

—¿Cómo *esta misma tarde?* observé yo con asombro. ¿Acaso no puede hacerse esa pequeñez en un cuarto de hora?

—Allá en Francia, repuso él sonriyendo con gran calma, dicen que se ha discurrido un artificio para coser la tela ó el cuero en tan poco tiempo como aquí gastamos en cortarlo. No se desespere usted, señor, que yo no he de echar más en hacerle su costura que lo que requiera la torpeza de mis manos, y será excusado que le engañe con palabras que la experiencia ha de desmentir. Ea, tome usted asiento en ese poyo, y sea usted testigo así de la pobreza de mis medios como de la grandeza de mi voluntad.

Yo, sin saber qué responderle, me acomodé en el rústico asiento que me señaló. La criada del párroco puso á este tiempo delante de mí una mesilla de blanco pino cubierta con un mantel todavía mas blanco, y en ella una enorme fuente de bien sazonado gazpacho andaluz, que me dispuse á saborear á la sombra del emparrado. Parcerisa, poco aficionado como buen catalan á los usos de Sierra Morena allende, estaba ya en marcha hácia la casa del conde del Aguila, pre-

cedido de un muchacho que conducia al hombro su daguerreotipo y su cartera, para tomar apuntes del precioso ajimez que decora su fachada. Y el tio Pipa continuaba tomando sus medidas para la obra magna que yo le habia confiado.

¡Manchester, Birminghan, Glasgow, Liverpool, Lyon, Bruselas, París, Berlin, centros privilegiados de la moderna industria y del humano progreso, donde en breves instantes se consuman las trascendentales trasformaciones de la materia; donde hubiera podido nuestra madre Eva penetrar una mañana con el compendioso traje con que fué expulsada del Paraiso, llevando bajo su brazo un lio de algodon en rama, y salir á la tarde con ese mismo lio hilado, tejido, pintado y convertido en airoso vestido de griseta, que la hubiera hecho desconocida á los ojos de su propio marido Adan; ciudades productoras de toda riqueza, yo saludo reverente y humillado vuestras majestuosas frentes coronadas de hierro y ennegrecidas con el vapor y el ollin! Cariátides robustas que sustentais la complicada mole del porvenir del mundo, yo me inclino ante vuestra omnipotencia! Cuán felices los que pueden cada dia y á cada hora echar mano de vuestra fuerza

titánica y de vuestra actividad, solo comparable con la de la fiebre perniciosa! y cuán desgraciados los que tenemos que soportar la ignorancia, la desidia, la rusticidad de medios y las eternas dilaciones de nuestros indisciplinados industriales!! Así blasfemaba yo en un arrebato de indignacion al observar que el tio Pipa, media hora despues de concluido mi gazpacho, aun no habia hecho la mitad de la costura de mi bota, teniendo que quitarse, limpiar y volver á ponerse los anteojos para cada puntada que daba en ella; pero pronto me hizo refrenar mi enojo y cambiar de ideas la consideracion del horizonte moral que abrió á mi vista aquel anciano, á quien hasta entonces solo habia yo mirado como un viejo perezoso y marrullero.

De una ventana que caia sobre el emparrado, salia una voz argentina entonando un motete religioso que llegó á mis oidos como un refrigerante recuerdo de los felices tiempos en que siendo estudiante oia embelesado los cánticos de la gran basílica toledana.

—Baja acá, Currito, y tráeme esos anteojos nuevos, dijo el tio Pipa levantando la cara hácia la ventana.

Cesó la linda voz, y al minuto se presentó tra-

yendo unas gafas de plata flamantes, un niño como de diez á once años, que con cuidadoso cariño y alegre naturalidad nos saludó á ambos y puso aquellas sobre la nariz al anciano remendon.

—Anteojos y sombrero, por mano de su dueño, dijo éste haciéndole una caricia y acomodándose las antiparras á su sabor.

—Ignoraba yo que tuviese usted un page tan galan. ¿Es cosecha de casa el mocito?

—Me quiere como si lo fuese.

—¿Y de dónde tan precioso hallazgo?

—Eso seria largo de contar.—Y dando un último toque á las gafas, añadió el tio Pipa: ahora sí que podré acabarle á usted esta tarde la costura.—Y volvió á tomar el cabo y la lezna.

Pronto tuvo que interrumpir de nuevo su obra. Venia por la calle arriba, implorando la pública caridad al son de su campanilla, la tia Asuncion, muda y perlática, que traia en brazos á su nietecita, huérfana de padre y madre, niña de dos años fresca como una rosa en un tiesto de barro cascado.—¿Quién de nosotros tendrá que llevarse esa hermosa criatura el dia que falte su abuela? se decian unos á otros cada tarde los ve-

cinos del barrio, llenos de compasion y recelo al mirarla.

Daba la infeliz tantos traspiés á pesar del palo en que venia apoyada, que causaba pena el verlo. Las vecinas caritativas acostumbraban salir á la calle á socorrerla con sus mendrugos de pan y sus ochavos.

Si estuviera esa infeliz mujer en la culta Bruselas ó en el civilizado Madrid, pensaba yo, daban con ella en la *Cambre* ó en San Bernardino, de donde no salia en su vida, y por la desgracia de ser indigente la castigaban con mas rigor que si fuera criminal.

Los pobres de Jesucristo no son perseguidos como delincuentes en las pequeñas poblaciones de la caritativa Andalucía; pero aquella pobre perlática estaba de contínuo por su mismo padecimiento amenazada de una desgracia peor que la detencion en un asilo de mendicidad.—Tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se quiebra: sus piernas se habian cansado de llevarla. Conoció la desdichada que le iban á faltar los piés y que iba á dar en el suelo con su amada carga si no encontraba un alma compasiva que, apiadada de la suerte de la niña, acudiera á sos-

tenerla. Pero la caridad es una flor muy sensible al soplo helado del egoismo, que en cuanto la toca la destruye; y todos los que leian aquella tarde en el demudado semblante de la tia Asuncion una próxima catástrofe, retrocedian acobardados.—Cuando ella sucumbiera, su nietecita iba á quedar sola en el mundo, sin mas amparo que la Providencia. Si aquella criatura fuera un niño, menos malo: á un chico se le cria á poca costa, se le enseña de balde, se le puede dar una carrera... Pero la crianza de una niña es cosa mucho mas engorrosa y delicada, su educacion mas costosa, y establecerla sin dote, casi imposible. Verdad es que Dios desde el cielo vela por todas sus criaturas; pero ¿quién tendrá valor para ofrecerse como su instrumento?—Esto quizá decian aquella tarde los mismos que habitualmente le demostraban su compasion.

La mísera abuela, arrimada ya á la pared, habia dejado caer su palo y su campanilla. Una indecible angustia se pintaba en su semblante; clavaba en vano sus ávidos y desencajados ojos en todas las ventanas sin hallar quien la socorriese. Con ambas manos estrechaba convulsa contra su pecho á la inocente huérfana.......

Al ver aquel cuadro el zapatero, lleno de generosa angustia dejó su banquillo; corrió á la desgraciada, le quitó la niña de los brazos, y en el instante cayó al suelo desplomada la anciana, lanzando un prolongado quejido y sonriendo dolorosamente á su bienhechor. Al pronunciar éste las palabras: *Yo seré su padre*, la pobre Asuncion cerró con un suspiro los ojos á la luz.

El párroco que salia de rezar sus oraciones, y que sabedor del caso corrió apresuradamente por la sagrada uncion para administrar á la infeliz moribunda los últimos auxilios espirituales, la encontró cadáver cuando llegó donde yacía. Dispuso que la condujeran á la parroquia, que era cabalmente la iglesia de la Vírgen de su nombre, para decirle al dia siguiente una misa de cuerpo presente ántes de darle sepultura, y en seguida fué á reclamar del compasivo tio Pipa la preferencia en la buena obra de amparar á la abandonada niña.

Esta triste peripecia habia hecho interrumpir por tercera ó cuarta vez la compostura de mi calzado; pero ahora ya pude soportarlo sin impaciencia. El honrado zapatero de allí á una hora

volvió tranquilamente á su tarea, que al cabo de otra media me entregó concluida.

Y cuando por la noche en casa del digno párroco ponderaba yo con frases de sincera admiracion el noble y cristiano proceder de aquel rústico anciano, el mismo cura me refirió lo que sumariamente consignaré aquí.

El tio Pipa, por su verdadero nombre Francisco Garrido, era natural de Arcos: habia sido de niño cantor en la colegiata de Jerez; la ocupacion de España por los franceses cortó su carrera de músico, en la cual se hallaba bien cimentado, y lo llevó con otros muchos españoles á servir á Napoleon en la campaña de Rusia cuando contaba ya veintinueve años de edad. Trabó en aquella sangrienta jornada de Borodino que le valió á Ney el título de príncipe de la Moskova, estrecha amistad con un jóven francés que tuvo la suerte de salvarle la vida, y cuando despues de la desastrosa batalla de Leipzig empezó á oscurecerse el astro del emperador, obtuvo su licencia juntamente con su amigo y compañero de armas, Enrique Girard, y ambos se retiraron á vivir á Realmont, pueblecito del departamento del Tarn, donde el licenciado francés tenia su familia y no escasos bie-

nes de fortuna.—Francisco Garrido, cuya madre, mesonera en Arcos, vivia con estrechez consumiendo con otros dos hijos que en su compañía habian quedado, imbécil el uno y siempre enfermo el otro, la miserable rentilla que le producia una pequeña haza de tierra heredada de sus padres fuera de Puerta Matrera, estuvo viviendo en Realmont del oficio de zapatero, que aprendió en el regimiento, y no volvió á su país natal hasta el año 30, en que recibió la noticia de la muerte de su madre; y en que la caida de la rama primogénita de Francia determinó á expatriarse al padre de Girard, satélite en su modesta posicion de una noble familia de Alby, gravemente comprometida en una infructuosa tentativa de los partidarios de la rama destronada. Girard el padre, su hijo y su nuera, y sus nietos, pues ya Enrique llevaba muchos años de casado y tenia familia, entraron en España con su amigo Francisco Garrido, que siempre permaneció soltero, y á quien los muchachos, aficionados á motes, distinguieron pronto con el gráfico apodo de *tio Pipa.* Este siguió su viaje á Andalucía, y aquellos se establecieron en tierra de Valladolid, empleando el capital de la hacienda que habian realizado

al dejar el suelo nativo, en la compra de un gran molino harinero orillas del Duero. Los dos antiguos conmilitones mantuvieron frecuente y cordial correspondencia epistolar, viviendo el Garrido en Arcos muy tasadamente con la exigua renta heredada de su madre, y el Girard en Tordesillas con prosperidad creciente, que sin embargo no entibió aquellas relaciones de entrañable amistad.—La fortuna, siempre instable, tenia dispuesto que el mas próspero tuviese que recurrir á la proteccion del mas necesitado.—Despues de once años de tranquila existencia en su patria adoptiva, vieron un dia los Girard envuelto en llamas su molino, y la voraz hoguera que convertia en pavesas toda su hacienda, les arrebataba además tres hijos y el anciano abuelo, salvando milagrosamente la vida Enrique y su mujer, la cual por otro milagro escapó de aquella tremenda catástrofe sin accidente particular á pesar de hallarse en cinta. Sabedor Garrido de esta desgracia, no tomando consejo mas que de su buen corazon, vendió la haza que constituia su única hacienda, reservándose solo la ruin casucha que habitaba: llamó á su lado al desvalido matrimonio; fuéles manteniendo sin descubrirles jamás el

sacrificio que para ello habia hecho, para no agravar en el uno la ceguera que le amenazaba y la profunda melancolía que le sobrevino, y en la otra los accidentes que empezó á padecer; y el tio Pipa volvió, no ya resignado, sino satisfecho, cumplidos los cincuenta y nueve años, á la antigua vida de zapatero.—La mujer de su desgraciado amigo dió á luz por singular arcano de la naturaleza un niño hermoso y robusto, que el dia 4 de Febrero de 1842 fué bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de la Asuncion con el nombre de su padrino, el heróico amparador de aquella familia. La madre recobró la salud con el parto; pero Enrique Girard falleció dos años despues, y la pobre viuda quedó con su prole, segun lo habia estado antes con su marido, bajo el amparo del generoso zapatero, que desde entonces los tuvo como hijos suyos.—Cuando el caritativo anciano veia agotarse el capital con que los habia mantenido, y sus fuerzas para ganar el sustento, empezó á enseñar la música á su ahijadito; el cual tan buena maña se dió en aprender el canto, y tan bellas facultades empezó á manifestar, que á los diez años fué admitido de seise en la catedral de Sevilla, con una pensioncita que le obtuvieron del arzo-

bispo las fervorosas instancias del párroco de Arcos.—Este niño era el que me habia hecho oir su argentina y afinada voz desde la ventana encima del emparrado, y el que habia traido las gafas de plata al ya para mí respetable tio Pipa, que aunque septuagenario, demostraba todavía en la noble abnegacion que acababa de usar con la pobre muda y su nieta, tan incomparable ardor en el santo ejercicio de la caridad.

Hable el que quiera de las maravillas que produce la industria fabril moderna; yo le rogaré que recuerde los portentos de verdadera civilizacion y fraternidad que realizó el viejo remendon de Arcos de la Frontera.

* * *

Análogo al del tio Pipa en la esfera moral, es el bellísimo tipo que Fernan Caballero nos ofrece en *Gracia Vargas*, apellidada por las gentes de Carmona la *buena Gracia*. En él se realizan los tres distintivos de la verdadera civilizacion cristiana: la elevacion de la mente, la expansion del corazon, la fortaleza del ánimo.

Cuando el autor me la presenta en el abril de sus años, hermoso aunque triste, como el del prado erial que no pudiendo engalanarse con rosas

produce sin embargo margaritas y amapolas, toda consagrada al cariño y cuidado de su madre postrada y de su hermanito apocado y enfermizo, sin mas desahogo y esparcimiento que el salir por las tardes á la puerta de su casa cargada con aquel pobre niño, y sentarse en un poyo para entretenerle con alegres cuentos ó para esperar la luz de la primera estrella, que se revela á su alma creyente y pura como la primera palabra del símbolo de la fé;—cuando la veo después sufrir paciente y sin acrimonia las groseras punzadas de su vecina la *mala Gracia*; — cuando la contemplo por fin víctima de la implacable envidia de esta, perder por un vil y calumnioso *anónimo* su honor inmaculado y la felicidad que se prometia del casto amor que habia inspirado al marqués de Benalí, y volver entónces con nuevo afan sus aspiraciones al amor que nunca se extingue y que nunca es ingrato, para consagrarse llena de caridad á la conversion de la misma que la calumnió y deshonró, con aquella máxima divina: « Es necesario despojarse de las » cosas que envenenan y martirizan nuestra exis- » tencia, como de una túnica de Dejanira, y vestir » la túnica del sacrificio para poder devolver la

«paz al alma y curar las heridas del corazon»; todas las brillantes promesas del progreso indefinido que hoy seduce al mundo, me parecen una verdadera burla del buen sentido y del candoroso afan con que la humanidad persigue una civilizacion que, semejante al espejismo de las arenas en el desierto, la incita á correr, mientras en rigor se la deja á la espalda.

¿Negareis que Gracia Vargas y Francisco Garrido realizan, cada cual en su esfera de accion, el ideal de la *fraternidad* humana? ¿Les negareis, á aquella por humilde Hermana de la Caridad, y á éste por viejo remendon, el calificativo de *civilizados*? Pues ambos progresaron en la misma escuela: no en la disipacion del corazon y del entendimiento, no en el vértigo de los placeres y de una agitacion infecunda, sino en la tranquila y reflexiva aceptacion del dolor y del sacrificio.

—Pero vuestros personajes son puras sugestiones de vuestra imaginacion y de un determinado propósito.

—Qué error! *No hay personaje en este estudio*, me escribia poco há Fernan Caballero citando á Ernesto Feydeau, y ahora puedo yo repetirlo, *que no sea un retrato, ni escena que no haya pa-*

*sado casi ante mis ojos; así que estas páginas, escritas con ánimo reposado para edificacion de las gentes de buena fé, en su conjunto son menos una obra de invencion que un trozo de historia.*

*  *  *

Lector amigo, preveo la conclusion que van á sacar de mis paralelos los que no hayan querido penetrar con sinceridad su espíritu.—El autor de este prólogo, dirán, es un retrógrado, un oscurantista, un *neo*. Si la felicidad de los hombres está en la bondad, ó lo que ès lo mismo, en la *santidad*, las humanas sociedades deberán abandonar toda cultura material, y las naciones convertirse en Tebaidas y Yermos, ó cuando ménos en vastos monasterios benedictinos.

No acepto la consecuencia: y diré con toda lealtad mi credo y mis *temerarias* aspiraciones en cuanto á eso que ampulosamente se llama *progreso indefinido de las naciones*, y que es segun la feliz expresion de un gran pensador de nuestros dias, *la grande moquerie contemporaine.*

Creo que el progreso material por si solo no produce ni fomenta, ni menos supone el *progreso humano*, y que éste puede muy bien existir sin aquel, entendido como la generalidad lo entiende

hoy. Creo que mucho de lo que en Europa se tiene por progreso, es pura y neta barbarie, y que no podrá haber progreso social, ni *material* siquiera, á pesar de las maravillosas trasformaciones que los sabios impongan al Proteo del mundo físico, donde se prescinda del sentido moral en el uso de la libertad, del sentido estético en el empleo de la inventiva, y del sentido racional en las prácticas usuales de la vida pública y privada.

Creo que las tareas de los hombres de *negocios* que producen, cuando no cosas muy malas, los empréstitos para conjurar las crísis pecuniarias y atender al desarrollo de los intereses materiales, los cómodos ferro-carriles, los lujosos *hoteles*, los suntuosos teatros, todos los caprichosos ardides ofrecidos como cebo al vulgo que se imagina con ellos esquivar los dolores y penalidades de la vida terrestre, son de una importancia muy secundaria para la cultura de un país, comparadas con las elevadas especulaciones del moralista, del literato y del artista; y que la nacion desgraciada donde las clases que dan el impulso prefieran los deleites corporales al casi divino contentamiento que en el alma engendran un acto de insigne justicia, un hermoso poema, ó un cuadro de edi-

ficante idea; y donde esas mismas clases antepongan, v. gr., las naumaquias de Domiciano, los banquetes de Trimalchion, las delicias de Capri, de Kufah y de Bagdad, el confuso sincretismo de principios, todos materialistas, tomados de la vida asiática, de la griega y romana, de la vandálica y de la musalmana, al espectáculo grandioso y armónico de la civilizacion cristiana, reconquistando á fuerza de ciencia, de sentimiento y de virtudes, la primitiva nobleza del alma racional; es una nacion que la cólera de Dios hará pronto desaparecer del cuadro de las razas vivas y fecundas para oscurecerse en las tinieblas de los pueblos difuntos.

Creo que los hombres nos agitamos estérilmente por no estar conformes acerca del *objeto final* de nuestras especulaciones; que sobre las palabras *libertad*, *progreso* y *felicidad*, no hay ni puede haber acuerdo mientras unos admitamos y otros nó la enseñanza bíblica de la degradacion del hombre por el pecado, y de la necesidad de su rehabilitacion; que de aquellas tres ideas solo una es la meta á que tienden los humanos esfuerzos; que la *libertad* es un *medio* para progresar, y el *progreso* un medio para lograr la felicidad o

el *bien*, porque antes de usar de la libertad para marchar, es preciso saber *á dónde se va*, y discernir si el movimiento conduce á aquel fin ó aparta de él, esto es, si se progresa ó se anda inútilmente.—No progresa el perro que corre y corre sin direccion fija solo para librarse de la maza que lleva prendida, ni el pollino á quien con un latigazo dejó suelto en la pradera, y que salta y corre en todas direcciones. Si el cangrejo va derecho á su charca, aunque ande hácia atrás y perezosamente, el cangrejo progresa, y nó el asno que divaga retozando por los campos.

Creo, finalmente, que aquel pais progresa más y es mas civilizado, que sabe mejor armonizar con el desarrollo de los intereses materiales la práctica de las virtudes evangélicas. Ese pais habrá comprendido el verdadero progreso humano, y en él florecerán hombres en quienes se marcarán los inequívocos caracteres de la mayor civilizacion que sea dado alcanzar á la criatura; la elevacion de las facultades intelectuales en la region de la verdad, esto es, en la investigacion de lo bueno y de lo bello; la expansion del sentimiento en la region del amor, es decir, en la práctica de la caridad y de la fraternidad; y la

entereza del ánimo en los trances supremos, para los cuales se reclaman el patriotismo, la independencia, todo sacrificio grande y heróico.

Deseo para mi patria el progreso material unido al intelectual y moral: deseo entre ambas aspiraciones el equilibrio y balance que debe reinar entre el cuerpo y el espíritu, para que la ciencia humana no se corrompa faltándole la sal de la fé. Ansío que domine siempre en España aquel antiguo seso que tanto la encumbró en el siglo de Isabel, de Colon y de Cisneros; que evite las dos vías, por desgracia harto accesibles, que aunque aparentemente opuestas, conducen al precipicio de la barbarie: el sensualismo pagano que hace á los pueblos egoistas y convierte las naciones en greyes de tiranuelos, esclavos y eunucos; y el quietismo supersticioso que empequeñece los espíritus y trasforma el culto de Dios en grosera idolatría, el culto de la patria en terca odiosidad á todo lo extranjero, y la vida doméstica y social en un insufrible castigo.

La España que Fernan Caballero aspira á hacernos amar y reverenciar, es la que conserva todavía las reliquias de aquella digna, fuerte, honrada y creyente república, cuyos últimos

fulgores, perpetuados hasta cerca de nuestros dias, brillaron en la triste noche de la decadencia española, en estadistas como Jovellanos, en jurisconsultos como Campomanes y Floridablanca, en héroes como los de Trafalgar, Gerona y Zaragoza.

Hoy que nos hemos vuelto un poco bufones, un poco ateos, un poco sediciosos y un poco libertinos, se dirá que las mujeres como Gracia Vargas y Feliciana Fajardo, los militares como el general Campos, el teniente Luciano Encina y el coronel D. Ramon Vargas de Toledo, y los curas como D. Manuel (con los cuales vas dentro de poco á entrar en relaciones), son producto de cualesquiera tiempos de ignorancia y esclavitud.

Nunca haga madurar otros frutos entre nuestros hijos el sol deslumbrador del progreso y de la libertad!

Julio de 1865.

PEDRO DE MADRAZO.

# LA FARISEA.

A MI AMIGO

# EL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO CABANILLES. (1)

Para demostrar con un obsequio su amistad, su aprecio y su gratitud, el que tiene jardin, ofrece un ramo de las más bellas flores que en él se crian; el que tiene verjel, brinda los mejores frutos que en él maduran. Yo no poseo este recurso; y para lograr el placer de ofrecer á V. una expresion en testimonio de aquellos sentimientos, no tengo sino esta novelita, sencilla flor de mi corazon, pobre fruto de mi entendimiento, que le suplico reciba teniendo presente este lindo pensamiento que tan bien expresa una frase popular:

Quien esto dá, os diera
Cosa mejor si la tuviera.

FERNAN CABALLERO.

(1) Parece excusado advertir que esta dedicatoria fué escrita en vida del ilustrado jurisconsulto é historiador á quien iba dirigida.

LOS EDITORES.

## CAPITULO PRIMERO.

Paseaban por el campo que une al continente de la Isla la ciudad de Puerto-Rico, el brigadier D. Agustin Campos, coronel de un regimiento recientemente llegado de la madre patria, y un jóven teniente, su ayudante. El entusiasta cariño que este jóven demostraba á su anciano jefe, habia sido y era el tema de burlas y censuras poco benévolas entre sus compañeros; los que no pudiendo comprender que un jóven de brillantes prendas, formado para agradar y sobresalir en cualquier reunion, prefiriese á todas ellas la sociedad de un austero anciano, atribuian esta preferencia, el uno á baja adulacion, el otro á orgulloso desden, otros en fin á

extravagancia; en vista de que no hay intolerancia más acerba que la de la medianía hácia la superioridad. Pero todos estos desahogos de la malignidad se ceñian á sonrisas burlonas, á indirectas y chistes embozados: tal era el respeto que la conducta digna, cortés é intachable del jóven teniente habia sabido inspirarles.

—Todas las galas de la naturaleza se aglomeran en esta isla para hacer de ella un Edén, decia el referido teniente Luciano Encina al brigadier. Como raudales de líquida plata de una cueva de esmeraldas, salen sus límpidos rios por entre esos árboles gigantes que están siempre verdes y llenos de sávia como la lozana juventud; serpentean entre prados que nunca se ven secos ni exhaustos, como los corazones ricos de amor; se deslizan entre las cañas, que son dulces y flexibles, como unidas lo son la condescendencia y la bondad; y cual claros espejos reproducen, embelleciéndolos, los objetos que á su paso encuentran. Los bejucos que todo lo unen, enredan y alegran con la inimitable gracia de los niños, enriquecen aún esta poderosa

y frondosa y vegetacion, sobre la que descuellan las altas palmeras, buscando espacio para abrir sus brazos al cielo.

—Luciano, hijo mio, repuso el brigadier, á veces me quiere parecer que te han dado una enseñanza por demás literaria para la carrera que sigues, á la que basta un código, el del honor; y un manual, la ordenanza. Esta enseñanza ha hecho de tí un poeta, y si la poesía se sobrepone á la realidad, todo lo desbarajusta. Mas valiera que en lugar de entusiasmarte con la naturaleza, te afligieses por el mal efecto que causa el clima de esta isla á nuestra tropa. ¿Cuántas bajas tiene el regimiento?

—¡Ciento cuatro, mi brigadier! contestó el teniente. No creais que porque mi corazon se impresione por lo que es poético, desatienda mi mente lo que por obligacion debe ocuparla. Creer á la poesía incompatible con la vida práctica, es una preocupacion de cerebros estrechos, indigna de vuestro imparcial y elevado juicio, señor.

—¿Qué quieres, Luciano? repuso el brigadier; no es este mi sentir hijo de una pre-

vencion hostil; es la consecuencia de mi vida de accion. Sabes que desde soldado que fuí en la guerra de la Independencia, he subido por grados, y sin nunca descansar, la escala que me ha traido al puesto en que me ves, y que considero inmerecido.

—No sé, exclamó el teniente, lo que sea mas de admirar; si el que la fortuna, sin ser solicitada, premie el mérito callado y modesto, ó el que considereis inmerecidos sus justos premios.

El brigadier calló un rato, como fluctuando entre su habitual y digna reserva y la honrada sinceridad que era la base de su carácter; pero venciendo esta última á la primera, dijo á su jóven interlocutor:

—Repugna á mi delicadeza dejarte en lo que es en parte un error; á tí, Luciano, que aun siendo tanto mas jóven que yo, miro como á mi mejor amigo, ó mas bien como á hijo. He tenido un generoso protector, Luciano, el que mientras vivió, y notoriamente cuando fué ministro, no dejó de alargarme nunca su protectora mano y de darme pruebas de aprecio, siendo la última el haberme

encargado en su lecho de muerte á su hijo. Este protector, Luciano, fué tu padre; conoce, pues, la verdad contenida en uno de esos refranes, frutos sazonados de la experiencia: NO HAY HOMBRE SIN HOMBRE.

—Cierto es, señor, que no hay hombre sin hombre, contestó Luciano; es esta una verdad que cada dia confirman los hechos, como una gran leccion de Dios, que así nos enseña la fraternidad cristiana. Yo os referiré otro suceso que confirma y prueba igualmente esta verdad; atendedme. Un jóven tan noble como bondadoso, tan bizarro como tierno, habia entrado á servir en un regimiento, en el que á poco fué querido de todos, pero en particular de su asistente, que era el mejor, el mas honrado y mas aventajado soldado del regimiento. Vivia aquel unido con otro alférez, su íntimo amigo y su pariente.

Aun no se habian hallado estos primos en ninguna accion, y ambos animados y llenos de aquel santo patriotismo que defiende su fe, su Rey, su país, su hogar y la independencia nacional, aguardaban con impaciencia esta ocasion de gloria.

El gran dia, por el que con tanta impaciencia y entusiasmo anhelaban, era llegado. Batíanse ya las primeras filas, cuando recibió su compañía la órden de avanzar: así se ejecutó. El asistente, que no perdia de vista á su alférez, notó con zozobra la lívida palidez de su rostro, que denotaba una profunda emocion, y lo extraviado de su mirada que indicaba el trastorno de su mente; no obstante, seguia avanzando; pero al llegar al punto de la refriega, lo ve pararse, estremecerse; — á sus piés yacía en una laguna de sangre, desencajado el rostro por una dolorosa agonía, el cadáver de su primo! — La compañía seguia avanzando, y aquel jóven permaneció inmóbil y petrificado ante el cadáver que á sus piés tenia.»

El brigadier se habia parado, y seguia con ávido y creciente interés el relato de su ayudante, fijos en él sus asombrados ojos.

— Ya en la confusion de la refriega, prosiguió el narrador, volvió el fiel asistente con imponderable angustia la vista. Su alférez ya no estaba allí, pero tampoco se hallaba entre los combatientes; el corazon del

hombre leal y valiente se oprimió.—¡Se pierde! pensó con dolor; trastornado su ánimo juvenil y aun tierno por la pena y por el horror, una impresion del momento, un vértigo, se ha apoderado de él y ha subyugado su grande y noble corazon.—No lejos de allí habia unas ruinas; el generoso asistente, guiado por el instinto de su corazon, corre hácia ellas; allí encuentra al que busca, llorando sobre el cadáver de su compañero.—*¡Allí se baten!*—le grita sacudiéndole por el brazo que le habia agarrado como para despertarle de un letargo. El alférez despierta, se sacude, alza su caida cabeza, empuña la espada, corre como ebrio á lo mas encarnizado de la pelea; se porta como un Cid, gana aquel dia una cruz de honor; y llega con los años á ser uno de los jefes mas bizarros y entendidos del ejército. Aquel jóven, que el horror paralizó por un momento, era mi padre. Aquel leal amigo que por un brazo le sacó del precipicio en que iban á hundirse su vida y su honor... ¡érais vos!—Ya veis, señor, añadió el jóven, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas,

echándose en los brazos del brigadier, ya veis cuán cierto es que NO HAY HOMBRE SIN HOMBRE!

—¡Y tu padre te ha contado esto, que solo él y yo sabíamos! dijo el brigadier con voz trémula por la fuerza de su emocion; ¡oh, qué imperdonable imprudencia!...

—Decid mas bien ¡qué gran leccion dió á su hijo, repuso Luciano, enseñándole á desconfiar de sí propio, á menospreciar la arrogancia y á dar hereditario culto á la gratitud!

## CAPÍTULO II.

---

D. Claudio Fajardo pasaba por uno de los propietarios mas ricos de aquella colonia. Era viudo y tenia tres hijos.

La mayor, que se llamaba Bibiana, habia pasado de los treinta años sin haber amado á nadie, ni haber tenido pretendiente alguno para su mano. Lo primero consistia en tener Bibiana uno de esos egoismos, que tan comunes se van haciendo, y que enfrian á la criatura para todo amor que no sea el de sí mismo: es esto sin duda un antídoto eficaz para las pasiones del corazon. ¡Lástima grande que el remedio sea peor que el mal! por la sencilla razon de que los daños del egoismo no tienen cura. Lo segundo, esto

es, permanecer soltera, consistia en que ninguno de los pretendientes que se habian presentado habia satisfecho su altivo orgullo, que era el digno compañero que con el egoismo formaba todo el ser moral de la hija mayor del señor de Fajardo. Fuese por indiferencia, dejadez ó desden, Bibiana rara vez se alteraba, y no sabia interesarse en nada ni por nadie. Las personas frias, ó aque llas que guardan todo el calor que tienen para sus intereses individuales, suelen adquirir la fama de prudentes, reservadas y sensatas, formándose esta opinion sobre los efectos, y no sobre la causa que los produce. Así sucedia que Bibiana pasaba en su casa y fuera de ella por una mujer de madurez anticipada, de excelente carácter, de buenos sentimientos y de intachable conducta: ella admitia este incienso como merecido, y es dable que lo creyese así. ¿Quién se conoce? —Nadie. El amor propio pinta á gran parte de las criaturas lo negro blanco, como la cal de Moron.

Bibiana no era bonita: su tez era biliosa y no tenia frescura; sus marcadas facciones

tenian algo de fuerte y de varonil poco ameno; en sus ojos negros habia algo, no de altivo, sino de seco y descortés que repelia, y desde luego se notaba que aquella mujer no estaba satisfecha, no iluminando nunca su impasible rostro ni un rayo de satisfaccion, ni un reflejo de contento interior, ni un destello de simpatía. Ella, que conocia su falta de belleza, no se curaba de su rostro, contentándose con alisar su cabello, y desdeñando todo peinado ó tocado de cabeza. En cambio cuidaba con esmero de su talle, y siendo alta y bien formada, tomaba aires y porte de princesa con admirable propiedad.

El segundo de los hijos de D. Claudio, que se llamaba como su padre, era un inculto *gíbaro* (así denominan allí á los campesinos), que pasaba su vida, ó á caballo, ó tendido en una hamaca, fumando y bebiendo café, ya en sus ingenios, ya en sus cafetales.

La tercera, que se llamaba Feliciana, era una niña bastante bonita, sin vicios ni virtudes, criada *á su amor*, y sin mas ideas que aquellas que unas á otras se trasmiten las vacías cabezas de las niñas desocupadas y sin

educacion, sobre modas, sobre flores, sobre novios, y sobre chismes. ¡Qué no resultaria de semejantes entes superficiales, si no tuviesen las niñas de esta especie, que son muchas, dos grandes maestros en la vida, que son el amor de esposa y el amor de madre! Así vemos que niñas insufribles para todos los que no sean *pollos*, se hacen amantes y ejemplares madres de familia, las cuales dicen de corazon y enseñan á sus hijos la santa palabra de Dios que ántes repetian como papagayos. Abolid, abolid la familia, vosotros que osais apellidaros regeneradores, que con ella desaparecerán las virtudes religiosas, morales y sociales de que son la fuente, y que tan noblemente se oponen á vuestro desenfreno.

Pocos dias despues de la conversacion que hemos referido en el anterior capítulo, tenia lugar esta otra entre las dos hermanas, que acabará de darlas á conocer:

—¿Con que, dijo la hermana mayor á la menor, decididamente has autorizado á Villareza para que te pida?

Villareza era un capitan del regimiento

que mandaba el brigadier, y paisano suyo, y era novio de la interpelada.

—Sin hacerme de rogar sino lo necesario para dar valor á mi consentimiento, contestó esta: así, pues, aunque no tenga el tuyo, puede darse mi casamiento por hecho.

—Ó nó, opinó Bibiana.

—¿Que nó?... ¿Y porqué?

—Porque puede que el *sí* del padre no sea tan fácil de conseguir como lo ha sido el de la hija.

—Pues ¿qué es lo que puede oponer padre á Villareza, que es español, que es tan bueno, y á quien su mismo jefe celebra tanto? ¿Sobre qué fundaria su negativa?

—Sobre que no es más que *un alférez pocaropa*, un triste capitan.

—¿Y seria alegre por ser coronel? Preguntó con impaciencia Feliciana.

—Su boda, al ménos, no seria una triste boda.

—Las bodas de los que bien se quieren, nunca son tristes, repuso Feliciana.

—Te aconsejo por tu bien y por el lustre de la familia, que no te cases, dijo en tono

grave Bibiana. Cumplo con mi deber de hermana mayor aconsejándote que no insistas con poco seso en hacer un disparate.

—¿Para que me suceda lo que á tí, que te has quedado para vestir santos?

—Prefiero vestir santos en mi esfera, á no descender de ella, repuso Bibiana: además, me parece que tú te apresuras mas de lo que lo hace el tiempo en colocarme entre las solteras incasables.

—¡Con treinta y cinco años acuestas! exclamó la niña.

—Tengo treinta, repuso Bibiana; no tengo la mezquina vanidad de negar mi edad, como la tendrás tú en breve.

—Pues aparentas más, respondió Feliciana; será á causa de tanto estar soltera é impaciente de que no llegue un infante de España á sacarte del infeliz estado. Por mí estoy en que así que te mires esa cana sobre la sien, te arrepientes ya de no haberte casado con el cirujano mayor que estaba muy enamorado de tu dote. ¡Ojalá hubiese cargado con ambos, contigo y con el dote!

—De otra suerte hablabas, repuso Bi-

biana sin alterarse, en los momentos en que me necesitabas á tu cabecera, cuando estuviste tan mala; lo has olvidado, segun parece.

—No he olvidado que cuando agradecida te quise abrazar, pensando que iba á morir, me rechazaste por temor de que te pegase el mal.

—No era necesario abrazarte para cumplir con mis deberes de hermana.

—¡Deberes! ¡Deberes! Yo no agradezco nada de lo que se hace por *deber*.

— Y yo nada hago para que me lo agradezcan.

—Y lo logras.

—Pues si no agradeciste mis cuidados, menos agradecerás mis consejos, y me excuso de darlos, dijo Bibiana levantándose erguida y encaminándose hácia la puerta.

—Eso se llama un *porte de Reina*... dijo Feliciana, y añadió riéndose: ¡Reina sin vasallos! ¡Qué dolor! ¡Toda esa majestad en vano!

En aquel momento entró un negro y anunció al brigadier coronel del regimiento recien llegado.

—¿El viejo? exclamó Feliciana: por fin viene á esta casa que se le ofreció desde su llegada. Mira, Bibiana, ese Matusalen es un jefe, y por lo tanto, digno de tratar contigo de igual á igual. Vé de conquistar ese torreon, y serás coronela y brigadiera; te podrás poner galones en una manga y entorchados en la otra. Por lo que á mí hace, que voy á ser subalterna, me alejo respetuosamente de este estado mayor.

Diciendo esto, desapareció.

# CAPÍTULO III.

Tres meses despues de esta primera visita en casa de don Claudio Fajardo, se hallaba el brigadier con Luciano en su despacho. El primero estaba preocupado; el segundo estaba triste.

Despues de un rato de silencio, dijo el primero con algun embarazo al segundo:

—¿Qué te parece Bibiana Fajardo, Luciano?

—No me gusta, señor, contestó éste sin titubear, como si hubiese estado preparado á la pregunta.

—¿Y porqué? preguntó el brigadier.

—Por instinto, señor, contestó el interrogado.

—Atrevido es fijar nuestros juicios sobre semejante base, repuso el brigadier.

—No lo creais, señor. El instinto es la vista del alma, la inspiracion del corazon.

—No se juzga á una persona por inspiraciones, Luciano, sino por hechos y por realidades.

—Tampoco, señor, se clasifica á una mujer como á un quinto.

—Convenido, hijo mio. Entre ambas apreciaciones hay un medio término, que es el que te debe servir para asentar tu opinion sensatamente. Bibiana Fajardo es una señorita de juicio: ¿no es verdad?

—Es la fama que tiene, y cierta será, si es favorable.

—Tiene talento, prudencia y compostura.

—Todo el mundo le reconoce esas ventajas.

—Es buena hija.

—¿En qué lo ha demostrado?

—Su padre lo pregona.

—En ese caso, cierto será, repuso con una media sonrisa Luciano.

—Es amable, prosiguió el brigadier.

—Puede que con vos lo sea.

—¿Y porqué no sería amable con otros, y sí conmigo, que soy un hombre de edad, y que no soy ni petimetre ni galante?

—¡Oh, vos sois brigadier!

—Excelente recomendacion para una muchacha, dijo riéndose el brigadier.

—La mejor para la que quiera ser brigadiera, repuso el ayudante.

—Luciano, dijo el brigadier, formula de una vez y claramente los motivos que te inducen á tener esa prevencion contra una persona que no puedes dejar de conocer que me interesa.

—En ese caso debo callar.

—De ningun modo, cuando como prueba de amistad exijo de tí que no lo hagas.

—En ese caso, señor, os diré que esa mujer nunca me agradó; y ahora que he visto todos los hilos puestos en juego para haceros caer en el lazo, añado que me es antipática.

—¡Ella poner en juego hilos para formar un lazo!... Luciano, ¡qué poco conoces la nobleza y dignidad del carácter de Bibiana!

—Si la araña urde su tela, es porque no tiene hilandera que la teja por ella; no es este el caso de la señorita de Fajardo, que tiene amigos que saben prevenir sus deseos, y mas si les tiene cuenta. Tales son el cirujano mayor, que en un tiempo pretendió con poca fortuna la mano de Bibiana, y piensa ofrecer la de su hija á D. Claudio cuando casadas las suyas le pese la soledad; y el compañero de negocios del padre, que desea alejar á la hija, que es un perspicaz vigilante de sus intereses.

—Aunque esto fuese, nada probaria en disfavor de Bibiana.

—Lo que no le hace favor es no tener bajo su estrecho y emballenado corpiño un corazon que sienta y lata, y que en su lugar solo haya un absorbente egoismo, exclamó el ayudante.

—Creo lo que dices un juicio aventurado, Luciano, repuso el brigadier; pero caso que fuese cierto, nadie, y yo menos que nadie, puede aspirar á hallar una mujer perfecta; y puesto que todas han de tener alguna falta, ¿crees tú que la del egoismo sea una

de las capitales? ¿Piensas que pueda sobrepujar en la balanza sobre otras mil buenas prendas esenciales? ¿Abrigas la persuasion de que no se pueda vivir feliz con una persona egoista, aunque posea mil otras virtudes?

—Creo que nadie, y menos que nadie vos, respondió Luciano, puede hallar la felicidad unido á una persona orgullosa y egoista. ¿Qué liga pueden hacer lo que atrae y lo que repele?... ¿Un corazon abierto como una iglesia, y otro cerrado como una cárcel? El egoismo es un mal crónico que no sale á la cara, pero que no tiene cura y crece siempre. El egoismo es la caja de Pandora, señor; son innumerables los males que de él proceden; y á su lado, bajo su estéril sombra, no puede florecer ninguna noble y generosa virtud.

—¡Cómo te exaltas, Luciano! dijo con bondadosa sonrisa el brigadier. Casi me hace sospechar tu inconcebible encono si habrá en todo esto, sin tú mismo conocerlo, algun despecho amoroso, algun despecho de jóven al ver á una muchacha inclinarse á un anciano.

—Señor, repuso sentido Luciano, tengo veinticuatro años; desde que salí del colegio estoy por disposicion de mi difunto padre á vuestro lado; ¿dónde, pues, habria aprendido la falsía que se necesita para hablar mal de aquello de que bien se piensa?

. . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Poco tiempo despues, era Bibiana la señora brigadiera Campos.

El cariño y los cuidados que tenia con su anciano marido, eran tanto más naturales y desembarazados, cuanto que eran sinceros, y que Bibiana se gloriaba de ellos.

Triunfaba del público, de sus hermanos y de sus compañeras, que habian predicho que el brigadier no se casaria; y triunfaba, sobre todo, de Luciano, cuya enérgica oposicion al casamiento del brigadier no le habia quedado oculta. Sabia que el ayudante, cuya adhesion á su jefe le era bien conocida, no la habia creido capaz de apreciarle en lo que valia, ni de amarle como lo merecia, y hallaba un vanaglorioso placer en probar lo contrario. Nunca nombraba á su marido sin

anteponer la tierna pero poco usada calificacion de *mi*; para *su* Campos todos los elogios eran escasos; para *su* Campos todos los mimos y cuidados eran pocos. Sus mas pequeños gustos eran estudiados y satisfechos por Bibiana, que era rica, con el mayor esmero, y sin reparar en gastos; á tal punto, que hubiera sido empachoso este perseverante sistema, á no haber recaido en un hombre tan bondadoso, á quien difícilmente habia incomodado nunca la hostilidad, y al que por lo tanto nunca podia incomodar lo que dimanase de afecto.

Habíase establecido una extraña rivalidad de querer entre la mujer y el amigo del brigadier, los que no podian disimular su mútua antipatía. Bibiana sabia que tenia en Luciano un competidor en el afecto y aprecio de su marido. No podia disimularse á sí misma la nobleza, la altura y superioridad del cariño de Luciano, tanto mas profundo y desinteresado cuanto que el ayudante pertenecia á una gran familia, y tenia parientes en la corte, harto mas propios á poderlo proteger en su carrera que no aquel hombre

modesto y sin conexiones, de influencia nula, y que nunca habia sabido pedir ni para sí.

Luciano, por su lado, llegaba á veces á reprocharse el instinto que le llevaba á mirar con hastío y á graduar de moneda de poco valor intrínseco, aquellas ostensibles y recalcadas demostraciones de cariño con que Bibiana abrumaba á su marido; pero los esfuerzos de su razon no alcanzaban á vencer los instintos de su sentir, ni lograba que la franqueza de su carácter los disimulase.

Bibiana, que habia adquirido, sin que lo pareciese, un gran ascendiente sobre su marido, intentó en vano alejar á Luciano, ó al ménos impedir que fuese su comensal. Su marido, que á todos sus deseos cedia por bondad y por cariño, en cosas que se rozasen con su honra, su lealtad ó sus sentimientos, era inamovible como lo son las rocas, contra las que en vano se estrellarian todas las olas que pudiese levantar el mar.

## CAPÍTULO IV.

---

En lo que sí pudo influir Bibiana fué en la determinacion que tomó el Brigadier de hacer lo que nunca habia hecho antes; escribir al ministro, que era un antiguo subalterno suyo, pidiendo su relevo y traslacion á la Península. Era este el vehemente deseo de su mujer, así como el hacer escala en París. Por lo cual, algunos años después hallamos á Bibiana, á la sazon generala Campos, mas feliz, mas sobre sí y mas orgullosa que nunca, en una tertulia de la corte, sentada en un sofá, siendo objeto de las atenciones de la señora de la casa, de los obsequios de algunos militares de gradua·

cion que hacia años conocian y apreciaban á su marido, y de la curiosidad de todos.

Bibiana, recien llegada de París, traia su cabello con la misma poco graciosa sencillez de siempre; vestia un traje alto de raso negro, estrictamente ceñido á sus buenas formas, con un rico cuello de encaje de Malinas; una gruesa cadena de oro caia sobre sus hombros y venia á sujetar un reloj en su cintura. No hablaba sino con personas escogidas, y tenia el arte de no mirar á nadie sino á las personas que conceptuaba dignas de esa merced, sin afectar por eso tener la vista distraida, ni fija en algun objeto indiferente.

Bibiana, que habia visto desde su llegada el afecto y el respeto con que era tratado su marido, aumentado á la sazon por la notoriedad de sus relaciones de amistad con el ministro; Bibiana, que conocia igualmente que las deferentes atenciones que ella misma recibia eran debidas á ser la mujer del agasajado, se deshacia en ternura, y realzaba los elogios de su marido prodigando hasta la saciedad el indefectible *mi*: lo que las señoras

hallaban muy tierno, pero de muy mal gusto.

Cuando entró en la tertulia el general acompañado de varios amigos, aunque al punto que entró fijó en su mujer sonriendo su benévola y cariñosa mirada, ella desde luego conoció que venia contrariado.

—¿Qué trae mi Campos? preguntó á uno de los antiguos compañeros de su marido que se habia acercado á saludarla.

—Sus cosas, sus cosas, contestó el interrogado: el Ministro le quiere dar la Capitanía general de Madrid.

—¿Y bien? exclamó Bibiana, en cuyo poco expresivo semblante brilló como un fuego fátuo una ráfaga de ansioso orgullo.

—¡Y bien! no quiere admitir el cargo, contestó el amigo.

Las gruesas cejas de Bibiana se contrajeron con indecible desasosegado coraje: pero reprimiéndose instantáneamente, dijo con la mayor moderacion:

—Sus razones tendrá; nunca hace cosa mi Campos que no sea inspirada por las mas loables y honrosas causas.

Como muchas mujeres, comprendia Bibiana por instinto arcanos de fisiología y ardides diplomáticos que, expresados por Maquiavelo y por La Rochefoucauld, han dado tanto renombre á sus poco simpáticos autores. Comprendia por tanto que un pedestal, sea el que sea, alza á la persona colocada en él.

—Loable y honrosa es la modestia, pero si se exagera, llega á propia desconfianza y degenera, repuso el amigo. Señora, las virtudes exageradas pueden volverse defectos.

—Nunca he visto las de mi Campos llevadas hasta ese extremo, dijo Bibiana. ¿Y en qué se funda para negarse á admitir el honroso puesto que se le ofrece?

—En que ni el cargo es para él, ni él para el cargo: ¿lo concebís?

—El que así sea, no; pero que así lo piense él, sí, respondió Bibiana.

—En lugar de admitir, prosiguió el amigo, pide uno de los mandos que se van á dar en la division que se está organizando para ir á sofocar la rebelion de Cataluña; os debeis oponer á esto, señora, pues si se lo diesen,

os tendríais que separar del marido que tanto amais.

—¡Yo!... ¡yo separarme de mi Campos! exclamó Bibiana con aquella tranquila sonrisa con que se afirma una cosa que no admite duda; no señor. Nunca lo he hecho desde que tengo la suerte de ser su mujer, y siempre le seguiré á todas partes; pero donde pueda necesitar de mis cuidados, con más motivo, aunque fuese vestida de vivandera.

—Sois el modelo de las buenas esposas, señora, dijo el amigo.

—No señor; él sí es el modelo de los esposos, como lo es de todo lo bueno. Para poder afirmar esto con la conviccion con que lo afirmo yo, es necesario conocerle á fondo, vivir á su lado y en su intimidad, como mi buena suerte me lo ha proporcionado: solo así se puede apreciar en lo que vale ese mérito que oculta su modestia como las blancas nubes el esplendor del sol; esa honradez y buena fe quijotesca, si quijotesco es llevar las virtudes á su apogeo; esa caridad que no se contenta con socorrer con las manos, si el corazon no consagra con lágri-

mas el socorro; ese apego á las personas que le rodean, que toma todas las formas, la de protector, la de amigo, la de padre, y señaladamente la de esposo, en que las reune todas; de manera que si el profundo cariño que le tengo no fuese de esposa, seria de agradecida.

—¡Esto es saber elogiar! dijo el amigo.

—No; es saber hacer justicia, dijo Bibiana.

—Debeis ser muy feliz.

—A tal punto, que no cambiaria mi suerte por la de mujer alguna, y que al lado de *mi* Campos preferiria una choza á un palacio en el que no le tuviese por compañero.

Bibiana sentia lo que decia; las *chozas* en hipótesis son otras que las *chozas* en realidad.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras, que era tio de Luciano, dijo á este al separarse de Bibiana:

—Tu general, hijo mio, tiene una media naranja como una tortolita, que arrulla cariñosamente con el sonoro dejito americano.

El franco semblante de Luciano se veló

con una nube de disgusto ó contrariedad, y no respondió.

—Noto que no te electriza este modelo de amor conyugal, prosiguió su tio; no te *piache* la generala, segun parece.

—Ni es, ni parece; yo aprecio y venero cuanto pertenece al hombre á quien miro como á mi segundo padre, contestó Luciano.

## CAPÍTULO V.

Fácil es conjeturar los esfuerzos que haria Bibiana para disuadir á su marido de su propósito de ir al teatro de la guerra, y para determinarle á que aceptase el brillante puesto que le habia sido ofrecido: esfuerzos tanto mas francos y apremiantes, cuanto que en esta ocasion podian gastar el mismo lenguaje el interés del cariño y el interés de la ambicion.

A la mañana siguiente, hallándose en el almuerzo discutiendo sobre este punto con su marido, entró Luciano.

Este, despues de la salida del general de Puerto-Rico, habia pedido su traslacion á la Península, y se hallaba con licencia en Ma-

drid. Cuatro años habian pasado, y ahora unia Luciano al entusiasmo del jóven la sensatez del hombre hecho.

Bibiana sintió al verle entrar la más violenta contrariedad. Un secreto instinto le decia que nunca estarian de acuerdo en aquello que concerniese al general, y una latente pulsacion de la conciencia le murmuraba que el interés de Luciano por aquel que llamaba su segundo padre, era mas puro, mas noble y mas lleno de abnegacion que el suyo.

En breves palabras enteró el general á su jóven amigo del asunto de que trataban, acabando por pedirle su parecer, ó por mejor decir, su apoyo para el suyo. Luciano, empero, permaneció callado.

Bibiana, que no habia hablado una palabra, sintió encenderse sus mejillas por el coraje al notar el silencio que guardaba Luciano.

—Quien calla, otorga, dijo con acerbo tono. La decantada amistad por *vuestro segundo padre*, como llamais á mi marido, va hasta desear para él la muerte de los héroes.

¡Es claro! Para su infeliz y abandonada viuda seria esta muerte una desgracia sin consuelo. Vos que sois *poeta*, os consolaríais con componerle una elegía.

Luciano sentia hácia Bibiana tal desvío, separaba á sus almas tan inmensa distancia, que los tiros de sus ataques nunca le alcanzaban. Así es que contestó con la mayor sangre fria:

—Señora, creo la suerte de los militares tan eventual y tan rodeada de peligros en todas circunstancias, que me abstengo de aconsejar en lo que es ciertamente un juego de la suerte; pero no tengo por qué negar que si me diesen á escoger, preferiria figurar en la lucha de la espada y no en la de los partidos políticos. El general me enseñó desde niño que los militares no tienen sino un código: el del honor; y un solo manual: la ordenanza.

—¿Lo ves, Bibiana? exclamó el general.

—Veo, contestó esta, que se arrostran fácilmente las balas en cabeza ajena.

—Señora, repuso Luciano, mi primera súplica al general seria, y lo es desde ahora,

la de que en caso de ir á la guerra me lleve consigo de ayudante.

El general miró á Luciano con su bondadosa y apacible mirada, y le alargó la mano.

—¡Desgraciada la mujer, dijo Bibiana en tono que quiso hacer melancólico, pero que solo fué áspero y desabrido; desgraciada la mujer que halla interpuesta entre sí y el marido á quien ama, la influencia de una persona extraña!... y ¿con qué derecho? ¿Con el que puede prestar la amistad? Y ¿qué es la amistad para querer competir con el cariño de esposa? cariño tan profundo, tan entretejido en la vida, tan único, tan absoluto, que á su lado son todos los demás como la luciérnaga comparada con esa estrella, que es á la vez [illegible] y Véspero, la estrella de la mañana y la estrella de la tarde, para el hombre.

—¡Qué injusta eres! exclamó con dolor el general Campos. ¡Perdona, Luciano!

—Señor, no me quejo, ni me puedo quejar de una injusticia que es solo debida al cariño que os profesa la generala. El exclusi-

vismo es, segun veo, la órbita de aquella estrella.

El general salió con Luciano y fué al Ministerio á pretender el mando que apetecia, y á pedir se le nombrase á Luciano por ayudante.

—No quiero rehusar un puesto sin pedir otro, dijo á Luciano, para que nunca se puedan interpretar de un modo desfavorable las causas que me llevan á no admitir el primero.

—Os comprendo, señor, repuso Luciano; nada hay mas lógico y mas consecuente que el recto sentir.

Y no obstante, cuando salió don Agustin Campos de casa del ministro, era capitan general de Madrid; y cuando Luciano le demostró su sorpresa, el general le contestó en voz queda:—«Mañana estalla una revolucion en Madrid.» –Luciano calló.—La renuncia no era posible.

Bibiana recibió la noticia de la aceptacion de su marido y de su desistimiento de la ida á Cataluña, con un alborozo y un aire de triunfo que enternecieron al general, que vió

en ellos sólo el contento de la buena esposa, tanto como chocaron á Luciano, que vió en ellos solo la vanagloria y el orgullo satisfechos.

## CAPÍTULO VI.

---

Lo que se habia anunciado, se verificó á los pocos dias. La poblacion de Madrid, encerrada en sus casas, oia con angustia y horror el toque de los tambores, el galope de los caballos, las descargas de fusilería y artillería, y veia todo ese lúgubre y atroz aparato que levantan las pasiones de los hombres en este siglo que se precia de culto, de humanitario y de progresista en sus instituciones.

El capitan general, teniendo á su lado á Luciano, daba acertadas disposiciones, y se veia siempre en donde era mayor el peligro.

La rebelion habia sido vencida; solo un numeroso grupo resistia aún. El general, para evitar la efusion de sangre, mandó hacer alto á sus tropas, y dió unos pasos adelante para proponer á los amotinados la rendicion. Uno de estos se adelantó y apuntó su fusil al general. Luciano, cual el rayo, se echó sobre el villano, y aunque no pudo impedir el disparo, desvió su direccion, y el general recibió en la rodilla el tiro destinado á su pecho. Las balas silbaron cual fantásticos áspides alrededor de Luciano: pero ninguna le tocó, como si la suerte hubiera querido premiar su bella accion.

Cuando Bibiana vió entrar en parihuelas á su marido, las muestras de su dolor y de su asombro fueron imponderables. Dia y noche veló á su cabecera con completa abnegacion, sin permitir que nadie la relevase por un momento en su incansable asistencia; no se cuidaba de su alimento ni de su vestir, ni aun apenas de las personas que se apresuraban á tributar homenajes al héroe de aquel memorable dia, contándose entre estas las mas notables de la corte.

Hasta el tercer dia no recobró el herido el conocimiento: quedóse algunos momentos callado, y como si la luz de su memoria fuese poco á poco despabilándose y alumbrando sus recuerdos. De pronto exclamó:

—¿Y Luciano?

—Aquí estoy, contestó este acercándose con pasos quedos y reprimiendo su emocion.

—Cedo el puesto, dijo Bibiana apartándose de la cabecera de la cama.

—¡Bibiana, hija mia, le debo la vida! exclamó el paciente.

¡A él sí!... á mí no me debes nada, replicó Bibiana, con esa propiedad que tiene el egoismo de anteponer lo propio á lo ajeno en todas las circunstancias de la vida.

—Señor, observó Luciano, á los asíduos y esmerados cuidados de la generala es á los que se debe la conservacion de vuestra preciosa vida.

El paciente hizo á ambos seña de que se acercasen á él, y tomando en las suyas una mano de Bibiana y otra de Luciano, las unió y dijo enternecido:

—Sois los dos ángeles de mi vida; y puesto que me amais, amaos por amor mio. Confiesa tú, Bibiana, que hay amistades que no necesitan, para ser tipos de cariño y de abnegacion, de los vínculos de la sangre, ni tampoco que los enaltezca y arraigue un sagrado lazo; y tú, Luciano, conoce que el apego de una mujer propia es bien sincero y profundo, cuando se siente y demuestra como lo hace el de Bibiana.

—Bástame, dijo esta, con que tú reconozcas mi cariño; en cuanto á mí, estoy tan exclusivamente satisfecha con el tuyo y con el que te tengo, que no cabe en mí otro sentimiento alguno.

Diciendo estas palabras, se alejó.

Entónces Luciano se echó al cuello del general, y murmuró en su oido:

—Padre mio, con nada puedo pagar la deuda del que me la dejó en respetada herencia.

A medida que el general se iba restableciendo, Luciano se iba retirando de su casa, fuese á causa del desvío cada dia mas marcado de Bibiana hácia él, ó del que, justa ó

injustamente, sentia Luciano hácia ella. Sucedió, pues, que el excelente general vió con dolor que se apartaba de su intimidad. En vano buscó Bibiana los medios de indemnizarle de esta para ella tan grata pérdida; en vano reunió en torno del convaleciente su mas apetecible sociedad, esto es, sus antiguos compañeros de armas. Nada bastó para consolarle de la ausencia de aquel que miraba como su hijo. Era por cierto extraña, aunque no única en su género, la triste situacion en que las rivalidades de dos tan distintos cariños ponian al pobre general, que era tan pacífico, tan confiado, tan tolerante. Atormentar por amor, era para él una faz incomprensible de este sentimiento, que para él y en él era todo dulzura, condescendencia y abnegacion.

Un dia entró Luciano con paso acelerado y demudado semblante.

—Estais depuesto, dijo al general.

—¡Depuesto! exclamó con tanta indignacion como asombro Bibiana.

—Mucho lo celebro, hijo mio, dijo el general.

—Es que estais desterrado, prosiguió Luciano.

—¿Desterrado? exclamaron á un mismo tiempo, el general con dolorosa sorpresa, y Bibiana con pálidos y trémulos labios.

—Así es: el partido contrario ha triunfado en otro terreno. El ministerio ha caido, y con él todos sus adictos, sin consideracion á sus méritos y servicios.

—Yo no era adicto á partido alguno, dijo el general.

—Pero érais amigo del ministro, repuso Luciano.

—Y á mucha honra, exclamó el honrado anciano. ¿Y esto me hace reo político?

—Ya lo estais viendo, señor.

—¿Debí acaso rehusar un puesto en el que habia peligro? Esto no era solo contra la disciplina: era contra la honra.

—Decís bien; mas esto no alza vuestro destierro. Os enviaban á Palma; mi tio ha conseguido, á instancias mias, que se os señale para cuartel Hinojosa, que es vuestro pueblo.

—¡Cuánto se lo agradezco, Luciano! le dijo el general.

—¡A Hinojosa!... ¡Un villorro cerril en el riñon de Extremadura! exclamó Bibiana; ¡asombroso trueque!... ¡Agradecidos debemos estaros! ¿Quién os sugirió tan peregrina idea?

—El deseo de complacerme, y ha acertado, respondió á esta pregunta el general.

—En lo que te complace, repuso con disimulada amargura su mujer, parece que poco tomas en cuenta lo que pueda complacerme á mí.

—Nunca pudiéramos pensar ni Luciano ni yo, dijo el general, que pudieses preferir á mi pueblo otro que te fuese igualmente desconocido.

—El señor, replicó Bibiana, que no es ni tan anciano, ni tan modesto, ni tan... oscuro como tú, por demás pudo pensarlo.

El general levantó la cabeza, miró sorprendido á su mujer, y no contestó.

—Señora, exclamó Luciano, ¿cómo habia yo de figurarme que para un destierro que necesariamente ha de ser corto, no eligié-

seis el pueblo de vuestro marido en la Península, que lo es igualmente de vuestro cuñado, donde está establecido con vuestra hermana?

—No habia de elegir para mi residencia un pueblo de campo, porque vivan en él oscuros parientes de mi marido, á los cuales no conozco, y de los que quizás apenas se acuerde Campos; ni habia de querer habitar un mal pueblo á causa de estar condenada á vivir en él una hermana descastada, con la que no me trato por haber casado á disgusto mio.

—Voy á ver á mi tio para que rectifique la instancia, dijo Luciano tomando su sombrero.

—De modo alguno, exclamó el general.

—¿Por qué? preguntó impaciente Bibiana.

—Lo uno, porque nada quiero pedir, contestó su marido; lo otro, porque esta segunda peticion despues de la primera, seria ridícula; pero si tanta oposicion sientes á venir á Hinojosa, añadió con bondad, permanece en Madrid, hija mia. Mi destierro no puede ser largo, y levantado que sea, volveré á tu lado.

Bibiana vaciló un instante; pero creyendo notar una imperceptible sonrisa en los lábios de Luciano, contestó con solemnidad:

—Verdad es que mi permanencia aquí podria serte útil; pero no: ¡nada, ni nadie nos separará nunca, sino la muerte!

Dos dias después partieron el general y su señora, sin que hubiese consentido este que la herida en la pierna, que no estaba aún del todo curada, le sirviese, como era justo, de motivo para diferir el viaje.

## CAPÍTULO VII.

Hinojosa es un pueblo de Extremadura, grande, tranquilo y triste, asentado en una llanura; sus horizontes los forman montes que lo encierran en su llano y hacen dificiles todas las comunicaciones. Apartado de las pocas carreteras que cruzan á España, puede que deba su sosiego á su aislamiento.

Al salir de una dehesa de encinas, se atraviesa un llano ó prado, en el que en verano se disponen las eras, y se llega á una gran cruz de piedra que sobre su frente lleva el pueblo en señal de cristiano: álzase sobre gradas, que sirven de asiento á los paseantes. A la entrada del pueblo se vé el *pilar* (1)

(1) Asi se denominan las fuentes allí.

de la abundante fuente, á la que van las mujeres por agua: ocupacion que dá siempre un aire patriarcal á los pueblos que escapan del sacudimiento de lo que llaman *adelantos*.

En una de las calles del pueblo, nombrada Corredera de San Diego, se veia una casa de poca apariencia, y de un solo piso como lo son todas. Sobre la puerta tenia unas grandes armas, toscamente esculpidas, y que cubria por partes una capa de ese verdin ó musgo negro y amarillo, que crean unidos el tiempo y la intemperie.

Entrábase en esta casa por un vasto zaguan, el cual á ambos lados tenia grandes puertas que comunicaban á dos salas, las que no se abrian sino en las grandes solemnidades de la vida humana, esto es, cuando acontecia un nacimiento, una boda ó un entierro: — tres divisiones de la vida del hombre, principio, objeto y fin, que tan solemnes son, y en las que llama éste á la religion para que las presida, aun cuando en otras ocasiones la olvide.

Al frente del zaguan habia otra puerta, por la que se entraba en una gran pieza de-

nominada *cuerpo de casa*, que al frente tenia otra que daba á una rústica galería ó techadizo, el cual precedia á un espacioso corral en que estaban las cuadras, la tahona, el horno, los pajares: en fin, las oficinas todas de la labor, con entrada separada.

A ambos lados de esta puerta, en el cuerpo de casa, habia dos grandés piezas; era una la cocina de los señores, y la otra la de los criados. En la primera, en la que no se guisaba, y que más propiamente se hubiera podido llamar comedor, habia una enorme chimenea, cuya campana ocupaba todo el testero; ardia en ella de contínuo en invierno un fuego magno, en el que se echaban árboles enteros.—A ambos lados habia, arrimadas á las paredes laterales, tarimas cubiertas de cojines de lana, que serian tan admitidas y elegantes como lo son en las ciudades modernizadas las banquetas, si en lugar de la de *tarimas*, llevasen aquella *elegante* denominacion. En huecos practicados en la pared, nombrados *vasares*, habia colocados en simetría grandes cántaros llenos de agua, con exquisito aseo; sobre estos, en tablas, se os-

tentaba bien dispuesta una coleccion de búcaros de Salvatierra, de diferentes tamaños y hechuras.

En la embaldosada cocina de los criados estaba el tráfago de la casa, y una escalera de piedra que subia á los *doblados*, esto es, á los graneros y desvanes, que se hallaban entre el tejado y los techos de las habitaciones. A ambos lados del cuerpo de casa daban las puertas de las salas y alcobas, que tenian ventanas, unas á un jardin, las otras á un huertecito, en los que se criaban flores, yerbas medicinales y las legumbres mas precisas. Estas habitaciones interiores que comunicaban con las salas, tenian en sus ventanas cristales, mientras que las de las salas que daban á la calle tenian encerados. Consistia esto en que las mal inclinadas *esperanzas de la Patria*, esto es, la generacion que ha de suceder á la actual, habia jurado odio mortal y exterminio á los cristales; la muchachería, pues, que ha sido soberana antes de ahora, se habia amotinado contra los cristales, y habia triunfado sin barricadas con su acostumbrado proyectil.

En la cocina de los señores, que hemos descrito, se veia una tarde sentada cómodamente ante el fuego en una excelente butaca americana, á una mujer jóven, primorosa, pero sencillamente vestida. Tenia en brazos un hermoso niño al cual criaba; una negra, sentada en el suelo, se ocupaba en arreglar los preciosos rizos de una niña de tres años, y un muchacho de cinco corria hácia la puerta al encuentro de un hombre jóven. Vestia éste un traje de fino atezado de ciervo, que consistia en una chaqueta y unas calzonas que caian sobre unas polainas de lo mismo.

—Táita, Táita (1), ¿y Cimarron?

—¿Pues qué, no ha entrado? respondió el cazador, que dió un silbido, precipitándose en seguida en la cocina un hermoso perro de caza, hácia el cual, despues de besar la mano á su padre corrió el niño, poniéndose ambos, el perro y el niño, á acariciarse mútuamente. La niña de los rizos se desprendió de las negras manos que la retenian, y corrió hácia

(1) Así denominan los niños en América á su padre.

el cazador, que la recibió en sus brazos, y la criatura que mamaba soltó el pecho para sonreirle.

—Una liebre y dos perdices te traigo, Feliciana, dijo el cazador, dirigiéndose á la jóven sentada en la butaca.

—Y yo en cambio te aguardo para darte una noticia tan grande y sorprendente como inesperada.

—Si es de política, guárdala y échale llave.

—¿Me ocupo yo de política? Es una noticia de familia, muy grata.

—¿Que han salido bien hechos los chorizos?

—Nada de cosas de comida, gloton; es cosa de más monta; es que vienen aquí mi hermana Bibiana y el general.

—¡Qué me cuentas!... ¿Te lo ha escrito ella?

—No: ella se acuerda poco de mí, y no ha contestado á mi carta en que le preguntaba por su marido cuando lo hirieron. Lo ha dicho el primo del general, el tio Miguel, á quien se lo ha escrito encargándole casa.

—¡Tu hermana la parisiense, la capitana

generala de la corte... en Hinojosa! ¿Cómo es eso?

—Parece que al general no sólo le han depuesto, sino desterrado.

—¿Al general Campos?

—Al mismo.

—No puede ser.

—Puede ser, puesto que es. ¡Ay, Pepe, qué de gracias tenemos que dar á Dios mis hijos y yo, de que te retirases del servicio!

—Tú lo quisiste; tú deseaste que se asegurase en fincas tu caudal.

—No el mio, Pepe: el nuestro, el de nuestros hijos. No te habrá pesado, pues has tenido tan buena mano, que has aumentado el patrimonio de tus hijos, y que vives aquí en tu pueblo, entre los tuyos, feliz, contento y tranquilo.

—No me ha pesado, no, y tú has contribuido á ello, haciéndome grata nuestra posicion porque á tí te lo era. ¡Cuánto mejor es esto que no invertir uno su patrimonio en vana pompa, como lo ha hecho tu hermana, que tánto se preciaba de razon y de superioridad!

—Como no tiene hijos... dijo disculpando á la acusada, su hermana.

—Tampoco los deseaba.

—Eso lo diria para ocultar su desconsuelo á su buen marido.

—Te engañas, Feliciana. El egoismo en su apogeo no quiere sino á su propio individuo; no ama á padres, marido ni hijos.

—No seas injusto: Bibiana queria á Campos.

—Queria al general que la hacia generala.

—Amaba á padre.

—Amaba en él su dinero. Si hubiese quebrado, puede que ese decantado amor hubiese descendido á la mas completa indiferencia.

—¡Qué cosa tan fea estás diciendo! exclamó Feliciana en tono de reconvencion.

—Lo que no impide que sea una verdad como un Evangelio.

—Nunca has querido tú á Bibiana.

—Esa es una verdad como una Epístola: no he hecho mas que pagarla en la misma moneda.

—Niñada mia fué repetirte que se oponia á nuestro casamiento.

—Y ahora que eres mujer, ¿serias mas disimulada?

—No; pero seria mas prudente.

—Para recibir á tu gran señora de hermana, dijo Villareza recostado en la tarima y calentándose los piés en la hermosa candelada, espero que te quitarás ese vestido de percal catalan, y ese pañuelo de la India que llevas al cuello; pues aunque por cierto te sientan muy bien, es necesario que te pongas corsé, vestido de seda, cuello de encaje, adorno en la cabeza...

Feliciana interrumpió á su marido con una alegre carcajada, y exclamó:

—¿Te estás burlando? ¿Criando... corsé? ¿Para ver á mi hermana, sacar mis descoloridas y ajadas galas? Ya soy vieja para moños.

—Ya verás cómo se presentará ella, dijo el marido.

—Ella es esclava de su alta posicion y del gran mundo en que vive. Yo, hijo mio, soy libre en mi tranquilo círculo, independiente en mi dulce vida privada.

—¡Tanto clamar por la libertad! dijo alegre Villareza, y quien ménos la aclama, mas la disfruta. Pero ello es que cuando nos vea su excelencia pensará: «¡qué gansos!»

—Sí, repuso Feliciana; pero cuando nos trate pensará: «¡qué felices!»

La conversacion fué interrumpida por la madre de Villareza, que era viva, dispuesta, buena y algo gansa, y que entró diciendo:

—Vamos á merendar, hijos: tú, Feliciana, que es necesario te alimentes para satisfacer las agallas de ese robusto extremeño. Tú, hijo, que has estado cazando, y traerás la comida en los talones: y estos niños, que tienen movimiento y apetito perpétuo.

—Madre abuela, dijo el niño, Cimarron tambien tiene hambre.

—Pues comerá, hijo mio, repuso la abuela. En la casa que Dios bendice, hay para todos: para sus dueños, sus allegados, sus criados, para los pobres y para los animales de Dios.

## CAPÍTULO VIII.

Poco tiempo después llegaron el general y su mujer á Hinojosa. Esta última venia tan en extremo displicente, que ni aun deseos demostró de disimular su displicencia. No notó ni quiso notar el completo cambio de su hermana, aquella niña mal criada y voluntariosa; cambio que habian producido, sobre un buen fondo, los años, la suave y buena direccion de un marido de talento y buen juicio, y el amor á sus hijos. Así sucedió que la cordial acogida que recibió de Feliciana, fué friamente rechazada. En cuanto á los parientes de su marido, á los que el excelente hombre recibió con los brazos abiertos, tuvo el dolor de verlos recibi-

dos por ella con tal desvío y altivez, que siendo el pundonor tan susceptible y arrogante en el pueblo español, ninguno de ellos volvió á pisar la casa de la parienta, que parecia menospreciar su trato. El general reconvino con su natural bondad á su mujer; pero no solo fueron desatendidas sus observaciones, sino ágriamente combatidas, opinando ella que los deberes de la mujer podian obligar á la que cumplia extrictamente con ellos á seguir á su marido á un villorro, pero que no se extendian á obligarla á vivir en la intimidad de toda una soez parentela.

El general extrañó la proposicion, y aun mas el tono perentorio, seco y arbitrario con que fué emitida. Sus respectivas posiciones se habian trocado de repente, y sin transicion. Del hombre tan encumbrado por su mujer, no quedaba ya sino un inválido, apartado del mando; un desterrado, sin salud, nervio, medios ni voluntad para reconquistar su posicion; una hoja de servicios brillante, pero inútil, y una excelencia sin pedestal. Sucedia, pues, que el hombre inútil para su ambicion y su enaltecimiento,

habia caido de un golpe de la cumbre de la adulacion á la sima del desprecio. El egoismo, que no se abrigaba ya bajo el manto del amor conyugal, aparecia en su acerba y brutal desnudez. El general, á pesar de su falta de mundo, y de su carácter sencillo y bondadoso, entrevió la verdad que tan patente y ostensiblemente se le mostraba; pero cerró los ojos para no ver.

Bibiana se dignó, pasado algun tiempo, devolver las visitas á las pocas personas notables del pueblo que la habian ido á ver, y en esta ocasion se hacia indispensable ir á casa de su hermana. Ataviose, pues, como lo hubiera hecho en la corte en igual ocasion de hacer visitas. Vestia sobre su emballenado corsé un rico traje de seda, hecho en París y guarnecido desde el cuello hasta el fin de la falda de riquisimos adornos de pasamanería y graciosos caireles; cuello y mangas de un precio fabuloso, y velo de encaje; y sólo habia omitido las joyas, que en aquellas circunstancias la hubiesen puesto en ridículo. El general, que andaba con suma dificultad, la acompañó, nó apoyado en el

brazo de ella, sino en el de su asistente.

Cuando llegaron á casa de Villareza, la madre de éste quiso llevarlos á la sala; pero su hijo y su nuera, que estaban, como solian, en la pieza llamada cocina, rodeados de sus hijos, quisieron recibirlos allí.

Bibiana entró con su consabido aire de reina. Feliciana se levantó para ofrecerle su butaca; pero ella no quiso admitirla, y se sentó en una silla, despues de haberla sacudido con su rico pañuelo de olán y de encaje.

—Señora, le dijo picada la madre de Villareza, que era una extremeña muy viva y aseada; aquí todo podrá ser tosco, pero todo está limpio.

—Difícil es eso en una *cocina*, repuso Bibiana: y si no, ved, añadió señalando con el pié unas cáscaras de castaña que sobre la silla habia puesto el niño.

—Villareza, dijo el general para cortar la contienda, no recordaba bien vuestra casa, pero por las armas la conocí.

Esta observacion que ponia en relieve la nobleza del marido de su hermana, en oca-

sion en que se veia rodeada de la plebeya parentela de su marido, mortificó en sumo grado el orgullo de Bibiana, que dijo en desquite:

—Esas armas tan grandes al frente de esta casa tan chica y mezquina, me recuerdan un letrero que pusieron en la grandiosa portada erigida por su dueño en una pequeñísima finca, y fué este: *compra huerta ó vende puerta.*

—Las armas no aluden á la casa, señora, dijo Villareza; aluden á la familia.

—Y esa merece todo lo grande, intervino el general; aún recuerdo el refranete que corria en boca del pueblo:

Los señores de Villareza,
Chico caudal y grande nobleza.

—La nobleza la tienen ellos mas aún en el corazon que en la sangre, que es lo que importa, añadió Feliciana.

Un fuerte grito de Bibiana, que fué el de ¡*aparta*! sobrecogió á todos, pero principalmente al niño, que admirado de la guarnicion, y en particular de los caireles que adornaban el vestido de su tia, habia ido poco á

poco acercándose á ella, hasta tomar con la mano, en que poco antes tenia la castaña, uno de los caireles: lo que notado por su dueña le habia arrancado aquel grito de indignacion.

El angelito dió una huida atrás, se puso muy encendido, y puesta su manita sobre el lado izquierdo del pecho, se refugió al lado de su madre, á la que dijo:

—Jesus... Madre! ¡Qué *aparta! Hasta el corazon me se menea.*

Su madre lo cogió en sus brazos riendo, besándolo y chillándolo.

—¡Chillar una travesura á un niño! dijo con amarga sonrisa Bibiana; educacion modelo!... como de y para Hinojosa.

—No es la travesura, es la gracia, repuso su abuela.

—¿Y no sabe otras? preguntó con la misma sonrisa Bibiana.

—Sí sabe, contestó su madre; sabe cantar. Canta, hijo mio, para que te oigan tus tios.

El niño se encogió de hombros, y sin dejar de apoyarse en la butaca, pasó á un lado, en el que mirando á la lumbre permaneció callado.

—Déjenle ustedes, dijo el general; los pájaros y los niños cantan solo cuando quieren, no comprenden el canto, sino con la alegría que lo inspira.

—No solo el cantar, sino todo, lo hacen los niños consentidos, por su voluntad, y nó por obediencia, opinó Bibiana.

—Canta, Paco, le dijo su padre, en tono suave, pero decidido.

El angelito miró á su madre con cara triste; esta se sonrió con cariño, lo cogió de un brazo, lo trajo al frente de ella y le dijo:

—Canta, hijo mio, que lo manda padre.

El niño con la cara enfurruñada, cantó con bien entonada vocecita:

La mañana de San Juan
Llevé mi caballo al mar;
Mientras mi caballo bebe
Echó mi niña un cantar.
Dicen la aves del campo
Que se ponen á escuchar
Mientras que canta la niña:
«¡Qué serenito está el mar!»

—¡Qué preciosa vocecita tiene! dijo el general; ¡qué gracioso, y, lo que vale aún mas, qué obediente es!—Ven, ángel mio, que te

acaricie; voy á mandar por un sablecito para regalártelo.

—Ahora, dijo la madre, que estaba tan hueca y satisfecha como lo hubiese podido estar la madre de Rubini oyendo cantar á su hijo, ahora dirá con Mariquita la relacion que ha aprendido en la amiga, para que vean que ella tambien es obediente.

La niña, que no era corta, y sí dócil, se puso en pié delante de su madre, que hacia de apuntador, y dijo sin acabar de pronunciar algunas palabras, y desfigurando otras con esa dulce algarabía de los niños, que comprenden las personas que los aman:

¿Quién era aquella Señora
Que por la sierra venia?
Era la Vírgen María
Que traia un niño en brazos;
Abierto por los costados,
Agua y sangre le corria.
¿Con qué lo limpia María?
Con su pañuelo bordado.
En llegando San Miguel
Con su espada y su broquel,
Su plumero de colores,
Pregunta por los pastores:
Estos van de romería.

Santa Ana parió á María,
Y María parió á Dios:
Diga usté, ¿cual de las dos
Parió con más alegría?
Unos dicen que Santa Ana,
Y otros dicen que María.

Con la última palabra de la relacion se puso Bibiana en pié.

—Vámonos, Campos, dijo. No tenemos tiempo de entretenernos oyendo relaciones de niños, tenemos que ir á otras casas, y aquí se come elegantemente á la una en todas partes.

—En cada país hay sus usos, replicó el general; á mí me gusta comer temprano. Las cenas que ahora se llaman comidas, no me caen bien; pero á Bibiana le gustan!...

Apenas se hubieron ido, exclamó la madre de Villareza:

—¡Jesus, y qué manojo de abulagas! Feliciana, ¡mentira parece que sean ustedes hermanas!

—Las desgracias agrian... repuso esta.

—A los soberbios, añadió su marido; vé cómo no está agriado el general.

—Ese es angelical, repuso Feliciana.

—Sí, sí, opinó su suegra; se conoce que á él se le caen los calzones de hombre de bien; pero... ella!... ella, hija mia, está con un pié aquí y otro en el infierno.

## CAPÍTULO IX.

---

Varios meses habian pasado. Volvia la primavera, Hebe de la naturaleza, con todas sus alegrías, que encantan, resplandecen, embalsaman y vivifican los dias, y que quitan á las noches su lobreguez. El cielo sacudia sus nubes como la pura fé sus dudas; el viento trocaba sus tristes amenazas en suaves arrullos, y el hombre veia brotar, verdes como la esperanza, las mieses que sembrara repitiendo la oracion que su mismo Criador le enseñó: —Dános, señor, el pan nuestro de cada dia.

Era una noche callada y de calma: la luna, en su lleno, no resplandecia, pero alumbraba,

como lo hace en nuestra mente el buen sentido. Esparcíase su modesta luz perpendicularmente sobre el llano en que se extiende Hinojosa, que aparecia como el rodezno de una enorme rueda en el centro del llano.

Dirigíase hácia ella un viajero jóven con su guia. Este viajero era Luciano Encina, en cuyo semblante resplandecia uno de esos goces que buscan su complemento en que otros participen de ellos.

Apenas hubo llegado al meson, y entregado su caballería, cuando tomó las señas y se dirigió á la casa del general.

Sentada estaba Bibiana á una mesa de tresillo, en la que la acompañaban con el debido respeto algunos individuos de la numerosa falange de administradores que pululan en toda la Península, donde no hay pueblo, por insignificante que sea, en que no se encuentren. Dignábase censurar ásperamente una jugada del más torpe de ellos, cuando con sorpresa vió entrar al antiguo ayudante del general.—Nunca su tedio hácia el consagrado amigo de su marido fué mas violento en su corazon ni mas patente en su semblan-

te; nunca exaltó más el despecho que contra él sentia su mala conciencia.

—Usted por acá?—Con esta frase, desabridamente pronunciada, correspondió la dueña de la casa al saludo de Luciano.

—Sí, señora, contestó este, y es porque tengo que hablar con el general; pero no le veo.

—No es extraño, repuso mezclando los naipes Bibiana; mi sociedad no le agrada tanto como la de mi hermana, en cuya casa pasa su vida.

Luciano disimuló una desdeñosa y amarga sonrisa, y salió para inquirir de los criados las señas de la casa de Feliciana; pero lo que supo fué que el general ya hacia mucho tiempo que habia vuelto de allí, y que se hallaba en su aposento.

Luciano corrió apresuradamente hácia la habitacion que le indicaron; abrió la puerta, y se precipitó en ella; pero al entrar se quedó inmóbil al ver el cuadro que se le presentaba. Sentado el general en aquel desnudo y desabrigado albergue sobre una tosca silla, desprovisto hasta de la más sencilla y usual

comodidad, tenia extendida sobre un banquillo una pierna horrorosamente hinchada y cubierta de llagas, sobre las que, con buena voluntad y torpe mano, aplicaba parches y ceñia vendajes su fiel asistente. Habia adelgazado el anciano en tales términos, que su pierna abultaba más que su cuerpo; su semblante estaba de tal manera caido, marchito y doliente, que Luciano creyó ver en estos estragos los precursores de una cercana muerte. Su corazon se oprimió; su sobresalto le impidió moverse ni pronunciar una palabra.

—Luciano! hijo! exclamó con alborozo el general abriendo los brazos.

Luciano se echó en ellos, y permaneció con el rostro oculto sobre el hombro de aquel que amaba como á padre, dando libre curso á sus lágrimas.

—Porqué lloras, hijo mio? dijo con paternal y bondadosa voz el anciano.

—De alegría, señor, repuso Luciano incorporándose y haciendo por sonreir; vengo á deciros que está levantado vuestro destierro, y que podeis volver á Madrid.

—Se lo has dicho á Bibiana?

Esta pregunta fué la expresion del efecto que produjo en el general la inesperada nueva que le traia Luciano.

—No, señor, respondió el interrogado; no he hecho mas que llegar y buscaros.

—Avisa á la señora que deseo verla, para comunicarle una noticia que le será grata, mandó el general al asistente, que salió á cumplir su cometido.

—Señor, dijo Luciano cuando estuvieron solos, ¿cómo se ha exacerbado vuestra herida hasta el punto de poneros en el estado en que os encuentro?

—Los frios, hijo mio; la vida sedentaria á que no estoy acostumbrado.

—Unidos á la falta de cuidados y de asistencia para prevenir estos malos efectos, le interrumpió con dolor Luciano. Quién os asiste?

—El cirujano de aquí, respondió el general, y creo que no es muy diestro.

—Y qué! ¿no se ha mandado á la próxima capital por un profesor consumado en su ciencia? exclamó Luciano.

—No ha querido, dijo al entrar en el cuarto

Bibiana, que habia oido la pregunta de Luciano: los señores de la edad de Campos, se hacen tercos, y no escuchan consejos.

El *mi* habia quedado suprimido, lo cual, despues de lo que habia visto, no pudo sorprender á Luciano, que exclamó con amargo dolor:

—Señora, estas cosas se hacen sin el consentimiento del paciente.

—Nunca he hecho yo nada sin consentimiento de mi marido, repuso en tono de severa dignidad Bibiana; un celo exagerado solo sirve para contrariar á un enfermo.

Luciano, cuya sangre hervia de indignacion, iba á contestar; pero el excelente general le previno diciendo:

—Dice bien Bibiana, hijo mio; no he querido dar mas importancia á mi dolencia de la que realmente tiene. Sabes que no soy aprensivo, y que por el contrario soy enemigo de andar con médicos y botica; y mira que si tanta importancia das á este mi padecer, que la sola primavera con su suave aliento curará, me vas á infundir aprension.

—No me pesará, si esto contribuye á que

os pongais formalmente en cura, repuso Luciano.

—Me alegraré que consigais vos lo que no he podido conseguir yo, dijo Bibiana; pero á todo esto, ¿cuál es el motivo porque se me ha obligado á dejar mi partida? ¿Es para oir al señor censurar sin datos, y solo movido por el afan de ostentar un celo y un interés por tu salud, superior á todos los demás, oirle, digo, condenar el método curativo del cirujano que te asiste?

—No, hija mia, no, repuso el general; es para decirte que, gracias sin duda á las activas gestiones de Luciano, está levantado mi destierro y obtenida la licencia para volver á Madrid.

—Al fin te hicieron justicia, repuso friamente Bibiana, que supo disimular la inmensa alegría que le causó esta noticia; nos pondremos, pues, añadió, inmediatamente en camino.

—Cuando tú dispongas, respondió su marido.

—Y si el facultativo os halla capaz de em-

prender tan largo y molesto viaje, opinó Luciano.

—El cirujano de aquí, que no tiene la ventaja de merecer vuestra confianza, no puede ser voto en la materia, repuso Bibiana.

Luciano no contestó, pero sin decir á dónde iba, partió á la madrugada; y á la noche del dia siguiente estaba de vuelta, trayendo consigo al mejor facultativo de Córdoba, que está á catorce leguas de Hinojosa.

El profesor, despues de examinar al paciente, declaró la cura completamente errada; opinó que falta de tono la naturaleza del paciente por la dieta, las evacuaciones de sangre y la vida sedentaria, habian perdido los humores su natural equilibrio, habíanse hecho sus llagas crónicas, y, lo que era aún peor, causado un principio de hidropesía de humores. Como único medio de salvacion propuso los cercanos baños de *Aguas-Calientes*.

Esta perentoria ordenanza, que destruia de un todo los planes de Bibiana, fué muy mal acogida por ella, que no creia á su marido de tanta gravedad, y que se figuró ver al médico cohibido por las alharacas de Luciano; así que,

sin atreverse á desecharla positivamente, la combatió con cuantas objeciones pudo formular, las que cayeron todas ante los claros y patentes argumentos del facultativo.

Luciano, que conocia cuanto pasaba por la fria y egoista mente de aquella mujer, callaba indignado. El general, que comprendió que lo que deseaba su mujer era volver á la capital, dijo al cirujano, con aquella abnegacion de sí mismo y aquel sincero cariño hácia su mujer que le eran propios:

—Señor, yo no tengo ninguna fé en esos baños; los tomaria con suma repugnancia, y estoy persuadido de que un remedio que se toma sin fé, no aprovecha.

—Esa es la suerte de los charlatanes, repuso el profesor, el inspirar mas fé y confianza que nosotros. Por mí no puedo ni debo sino insistir en mi dictámen, y suplicaros encarecidamente que lo sigais, aun sin tener confianza en él. El axioma moral de que la fé salva, no lo es físico, y solemos salvar á enfermos por medios que les repugnan y que combaten.

—Mi presencia sería conveniente y nece-

saria en Madrid donde se me destina, objetó el general.

—Pero teneis para no ir la más válida de las disculpas, repuso el médico.

—Disculpa? ¡Si supiéseis qué mal se aviene la palabra disculpa con la de disciplina! dijo el veterano; en toda mi vida he hallado una para interponer entre mi deber y mi conducta.

—Lo que decís, señor, exclamó el cirujano, es ó una exageracion ó un pretexto.

—Lo que dice mi marido no es lo uno ni lo otro, dijo sentenciosamente Bibiana; obra en esta ocasion como lo ha hecho toda su vida, acertadamente.

—El general yerra, exclamó sin poder contenerse por más tiempo Luciano; yerra llamando deber á lo que no lo es; yerra llamando disculpa á lo que no lo es tampoco. Señor, prosiguió dirigiéndose al general, tomareis los baños que os han de devolver la salud. Doloroso es decirlo, pero estais mas malo de lo que pensais, é insensato sería no poner en práctica los medios de curacion indicados por la ciencia. ¡Qué escándalo sería, añadió con creciente exaltacion, el que las personas que

os aman, no os hiciesen cariñosa violencia para que trateis de conservar vuestra preciosa vida! En cuanto á mí, no tendré nunca que reprocharme el no haber contribuido á ello con todas las fuerzas de mi razon, de mi corazon y de mi alma.

—Siendo así, está decidido el viaje á los baños, porque sabemos la influencia que sobre mi marido teneis, dijo con aparente calma Bibiana. Si no le sentasen bien, yo me lavo las manos.

—Es que yo no respondo de la cura, dijo exasperado el facultativo; de lo que sí respondo, señora, es de que si hace el general el proyectado viaje á Madrid, si llegase en vida, será para perderla á los pocos dias. Forzoso es, en vista de la oposicion que haceis á mi dictámen, que hable con esta claridad, que poco conmoverá al general, porque es un valiente.

—Padre! os opondreis aún? exclamó Luciano estrechando con vehemente súplica la demacrada mano del general entre las suyas.

—No, hijo mio, no, repuso el general: la propia conservacion es el deber del cristiano.

Iré á los baños, estaré un mes. Tú, Bibiana, partirás para Madrid; me disculparás con la autoridad y con mis amigos, y cuidarás de establecerte convenientemente y á tu gusto, para que cuando, mediante Dios, vuelva á tu lado, te halle ya sosegada y fuera de todos los embarazos de la instalacion.

—Pero quién te acompañará á los baños? dijo con dulcificada voz Bibiana.

—Juan mi asistente, que está hecho á mis mañas.

—Os acompañaré yo, señor, exclamó Luciano.

—Tú, hijo? preguntó enternecido el general.

—Sí, yo, vuestro hijo; que un hijo no desampara á un Padre, respondió Luciano.

## CAPITULO X.

---

Quince dias después hallábase instalada Bibiana en el lucido estrado de la casa que habia tomado y montado con todo lujo en Madrid.

El lujo, cual la luz á las mariposas, habia atraido allí á un crecido círculo de gentes ociosas; y el buen recuerdo del general, que tenia muchos amigos, habia reunido al rededor de su mujer militares de graduacion y de categoría; por lo cual Bibiana vió con indecible satisfaccion á su tertulia mencionada en las gacetillas de los periódicos.

Estaba intrigando y esperaba conseguir el ser convidada á un banquete que debia darse en Palacio; así, pues, habia llegado esta

mujer al apogeo de su constante afan de figurar, y de su anhelo por la pompa vana. En la embriaguez que le causaban sus satisfacciones y sus lauros, leia con distraccion las cartas que recibia de su marido, y con impaciencia las postdatas que solia añadir Luciano, al que encargaba el general que cerrase las cartas. En ellas le decia que el estado del general empeoraba por dias, y que éste, solo por lo sufrido que era, y por no alarmarla, se lo ocultaba en sus cartas.

—Quiere asustarme, pensaba Bibiana; estará aburrido y querrá venirse, y que le releve yo; pero se engaña: él que con tanta bambolla de cariño se ofreció á acompañarle, que cumpla lo ofrecido.

Entre tanto veia Luciano con dolor que los baños, que meses ántes hubieran podido restablecer al general, ya no alcanzaban á salvarle. Inseparable del paciente, ponia en juego en lo material todos los recursos de su entendimiento, y en lo moral todos los de su corazon, para endulzar al noble y excelente anciano los últimos dias de su vida.

Mucho sufria Luciano, porque, triste es de-

cirlo, pero ello era que la postracion de las fuerzas físicas habia traido consigo, á pesar de la varonil serenidad del general, un gran decaimiento de ánimo. Una profunda melancolía al presentir la muerte se habia apoderado de aquel que tantas veces la habia mirado cara á cara sin pestañear; y lo que mas contribuia á aumentarla, era la ausencia de aquella compañera á la que Dios dió por mision ocupar con el Angel de la guarda la cabecera del compañero moribundo.

La cercanía de la muerte estrecha los lazos de nuestras afecciones, esperando quizá por ambas partes que no se atreverá la cruel á desatarlos. ¡Vana ilusion!—¡Lugar á los venideros! dice la implacable aposentadora:—á vos la mansion eterna y sin límites, en la que hay sitio para todos.

—Vendrá? decia una noche que mas postrado que otras se hallaba el general.

Luciano, que desde luego comprendió que una vez lanzada en las grandezas y honores aquella mujer de corazon vano y seco, no vendria, contestó:

—Señor, como siempre le escribís que se-

guís sin novedad, es de creer que no piense en hacer este penoso viaje, y que os aguarde allí.

—Verdad es que no he querido alarmar su cariño, pero me siento hoy muy grave, y tanto que no me es posible escribirle; hazlo tú en mi nombre, hijo mio, y dile que antes de morir quiero verla.

Luciano quiso contestar; pero no pudo, porque las lágrimas ahogaron su voz, y se levantó para cumplir los deseos del general.

Pasaron algunos dias sin que llegase respuesta de Bibiana.

Una tarde le dijo el médico al general:

—Teneis una buena esposa, señor; hoy he recibido una carta suya, en la que, llena de interés y de cuidado, me pregunta por el estado en que os hallais, queriendo, si no hubiese mejoría, trasladarse á vuestro lado. Por lo visto le habeis ocultado que desgraciadamente estas aguas no han surtido el deseado efecto.

—No he querido darle esa pena, contestó el excelente hombre.

—Luciano, dijo el general cuando el facultativo se hubo ido; toma este reloj, que fué

de tu padre, y que me legó á su muerte. Él ha señalado una por una muchas de las horas de nuestra vida, y entre estas horas no hay una cuyo recuerdo haya podido despertar un remordimiento, ni hacer sonrojar nuestra serena frente. Sean las horas de tu vida que señale de aquí en adelante, como las anteriores, puras, honradas y felices; y cuando hagas la eleccion de la compañera de tu vida, deja á la aguja dar muchas vueltas antes de fijarla.

—Por fin conoceis... exclamó involuntamente Luciano.

—Que eres el mejor de los amigos y el mas tierno de los hijos, le interrumpió el general; por lo cual te dejo mi último y secreto encargo.

—Decid, señor, exclamó Luciano.

—Dile que la perdono!—y ahora, hijo mio, manda llamar al padre Cura.

—Señor!... repuso consternado Luciano.

—Compláceme, hijo. Las disposiciones religiosas no apresuran la muerte y tranquilizan el espíritu.

Algunos dias despues de esta escena, estaba

Bibiana enagenada de placer y radiante de orgullo satisfecho. Habia sido convidada al banquete régio.

Ostentando un trage magnífico, aunque, segun su costumbre, sério, estaba delante de su tocador colocándose las últimas joyas de su rico joyero, cuando le fué entregada una carta.

—No me puedo detener á leerla, dijo contrariada. La marquesa de F., con la que voy á Palacio, me está aguardando.

—Es que viene de Aguas-Calientes, repuso la doncella.

—Cómo! si no es la hora de la llegada del correo.

—La trae un propio.

Bibiana se detuvo y quedó un momento pensativa.

—Alguna nueva alarma de Luciano, pensó; pero sea lo que fuere... ¿qué puedo yo hacer á esta hora? Nada. Si acaso contiene la carta alguna cosa grave, lo que no creo, que necesitase tomar disposiciones, sean de la clase que sean, hasta mañana nada se podria hacer: un instante despues que hubiese llegado, me

habria encontrado fuera de casa. ¿Qué hago con leerla? Dado caso que traiga alguna mala noticia, que pida alguna consulta ó algun medicamento, nada se podria hacer á estas horas. Leerla sería, pues, proporcionarme inútilmente una mala noche, que me impidiese corresponder á la honra que me ha hecho la reina.

Bibiana guardó la carta sin leerla, se puso su abrigo, y partió.

Cuando entró á la madrugada siguiente, abrió la carta y la leyó.

Era la respuesta del cirujano, que Luciano enviaba con un propio, añadiendo dos renglones en que le decia que su marido iba á ser administrado.

Al leer esta carta Bibiana, sintió uno de esos terribles sacudimientos con que á veces se ablandan los corazones mas empedernidos; porque el sentimiento del deber, sofocado, desoido, menospreciado, combatido y al parecer vencido por los sofismas del amor propio, existe en todo aquel que haya oido la palabra de Dios, ó siquiera haya sentido la influencia de la cultura moral.

—Morir! Morir!... Jesus! repitió con creciente angustia; morir! yo ausente! Qué se dirá!!

Bibiana mandó apresuradamente por una silla de postas. Escribió á un facultativo de fama para que la acompañase: se vistió, lo arregló todo con admirable tino y precision, de manera que pocas horas después todo estaba pronto, y ella lista para partir;... cuando al dirigirse á la puerta para verificarlo, abrióse ésta de repente, y en ella se presentó Luciano.

—Es tarde, señora, dijo con voz solemne.

—Tarde? Cómo!... ¿Y Campos?

—Ya no os aguarda.

—Es decir que ha muerto!!

—Como os lo previne.

—Llegó tarde la carta.

—Y las anteriores?

—Dios mio! No os creí!

—Como yo nunca os he creido á vos.

—Venís á insultarme?

—No, señora, vengo á entregaros esta llave.

—Qué llave?

—Con esta llave encerré en su féretro, despues de haberle cerrado los ojos, al abandonado esposo, al desatendido compañero.

Bibiana cayó sobre un sofá, convulsa y deshecha en lágrimas.

—¡Sabeis llorar? ¡Sabeis llorar? dijo con amarga ironía Luciano. Preciso era que de la tumba se alzase el remordimiento, cual la vara de Moisés, para hacer brotar fuentes de las rocas.

—Advertid, repuso Bibiana levantándose erguida, que me habeis visto atribulada, pero no arrepentida. ¿De qué pudiera yo estarlo?

—De haber merecido el perdon que os traigo: ese último suspiro de aquel que no quiso creerme cuando en su dia le dije: «creo que nadie, pero menos que nadie vos, puede hallar la felicidad unido á una persona fria, orgullosa y egoista.» Ahora, señora, añadió con amargo desden Luciano, cubríos con vuestro luto, ostentad vuestras tocas de viuda; no os las volvais á quitar; persuadid al mundo que sois la perfecta viuda, como le persuadísteis de que érais la perfecta ca-

sada, engañándole con vuestro dolor como le habeis engañado con vuestro cariño

—Ahora, como ántes, apareceré y me tendrá el mundo por lo que he sido y soy, repuso Bibiana disimulando con un aire altanero su furor y su humillacion.

—A veces, replicó Luciano, se asientan los juicios del mundo, y aun descansa nuestra propia percepcion, sobre un colchon de viento, cuyo vacío asombraria al que llegase á palparlo.

—No turbará vuestra constante é incalificable malignidad mi conciencia, dijo Bibiana con altivez.

—No lo dudo, contestó alejándose Luciano; cuando el egoismo paraliza el corazon... la conciencia está inerte!

FIN.

# EPÍLOGO.

La casa de la viuda del general Campos es reputada como el santuario de la austeridad digna, ejemplar y piadosa; como el santuario de los recuerdos, y la mansion del luto eternal. El orgullo puede tomar todas las formas, y hasta fingir los bellos sentimientos del corazon para obtener el lauro que estos alcanzan.

En la sala de la viuda se ostentaba un magnífico retrato de cuerpo entero del general, de grande uniforme, en un suntuoso marco. Sobre la chimenea, en un cajon de terciopelo cubierto con un fanal, estaba su espada. Sobre el sofá estaba colgado un hermoso cuadro en el que se representaba el cementerio de Aguas-Calientes, y en él el suntuoso mausoleo de mármol levantado allí por la Semíramis, que en no interrumpido luto presidia la grave

reunion de personas que simpatizaban, las unas con sus recuerdos, las otras con sus virtudes, otras con su gravedad.

Un dia que salia de aquella casa el tio de Luciano, que hemos mencionado en otra ocasion, encontró á su sobrino, y le dijo:

—Luciano, ¿sabes que á pesar de aquel disonante y ridículo *mi*, y de aquellas recalcadas celebraciones que tanto me chocaban antes, me he convencido de los nobles sentimientos de la generala Campos, así como del profundísimo cariño que tuvo á su excelente marido?

El interpelado no contestó.

—Me parece, Luciano, añadió su tio con alguna extrañeza, que hay poca consecuencia de tu parte en el extraordinario cariño que tuviste á Campos y en el ostentible desvío que tienes á su mujer.

Luciano abrió los lábios para contestar, pero se retuvo, y permaneció callado.

—No hallo, prosiguió el tio, razon alguna que motive ó disculpe esta inconsecuencia, que llama mucho la atencion. No podrás negar lo, que es notorio y está á la vista de todos,

esto es, que la generala es un dechado de virtudes y de méritos.

—Hay virtudes que solo tienen de tales la corteza, esto es, lo exterior, repuso Luciano.

—Hijo, esa es una sutileza que no alcanzo, aplicada á una mujer como Bibiana, que es austera...

—Sin virtud, repuso impaciente Luciano.

—Devota...

—Sin religiosidad.

—Limosnera. .

—Sin caridad...

—Dadivosa...

—Sin generosidad...

—Perfecta viuda.

—Sin haber sido buena casada.

—De manera que la generala es á tus ojos un ente anómalo, un tipo nuevo, dijo sonriendo su tio.

—No señor, es muy antiguo.

—Y cómo lo denominas?

—La Fariseа, señor, contestó Luciano.

---

# LAS
# DOS GRACIAS
ó
# LA EXPIACION.

## CAPÍTULO PRIMERO.

A la caida de una tarde de invierno, apenas hubieron concluido de tocar la oracion las campanas de la hermosa iglesia de la ciudad de Carmona, cuando trocando la gravedad de los sonidos que llaman á la oracion, en gozoso repique, anunciaron el bautismo de un recien nacido.

Poco después salió del templo una numerosa comparsa de bien acomodados menestrales, echando el que iba al lado de la madrina, que llevaba la criatura, monedas de cobre con gran profusion á una turba de chiquillos que á grandes gritos pedian el pelon.

Al cabo de media hora salió igualmente de la iglesia una mujer que llevaba tambien

una criatura en brazos, sin mas acompañamiento que un anciano al parecer, que vestia un uniforme raido, un sacerdote, y un niño. —Entre tanto, el cura de la parroquia inscribia en sus libros: «Hoy 4 de Febrero de 184... bauticé á María de Gracia, hija de Josefa Martinez, y de Mateo Lopez, maestro carpintero de esta ciudad.» —Y en seguida con igual fecha:

«Bauticé en el mismo dia á María de Gracia, hija de doña Teresa Espinosa de los Monteros, y de D. Ramon Vargas de Toledo, Caballero de Alcántara, coronel que ha sido de infantería.»

La comparsa que fué acompañada por la bulliciosa turba hasta su casa, al entrar en ella se dirigió á la alcoba de la parida, á la que puso la madrina la criatura en los brazos diciéndole:

—Aquí tienes á tu hija cristiana, Dios te dé á tí salud para criarla, y á ella el salero y gracia de su madre, para que le venga bien el nombre de Gracia que se le ha puesto.

La parida recibió á su niña, que era hermosa y robusta, con una alegría que aumentó

la de los demás, los cuales, reunidos por el padre de la recien bautizada al rededor de una mesa cubierta de bizcochos, dulces y botellas de licor, empezaron á beber con ruidosa algazara á la salud de la madre y de la hija. La casa, aunque compuesta solo de un piso bajo, era desahogada y bañada de sol: su gran patio estaba, como suelen estarlo casi todos en Carmona, hecho un jardin de flores y escogidas plantas.

Al lado de esta casa se hallaba otra pequeña, igualmente compuesta de un solo piso; su patio, largo y angosto, era triste y sombrío por interponerse entre este y el sol de mediodía las altas paredes de un convento. Estaba la casa descuidada y no ostentaba, cual suelen hacerlo todas las de aquella poblacion, el blanco incesantemente renovado de la cal. De este abandono se habia aprovechado una yedra, afecta á la sombra por no tener flores que cual hijas alegres la saquen al sol; allí se habia establecido y arraigado, como un amigo grave, pero constante y fiel de la casa triste y sombría, multiplicando sus frescas hojas como el amigo sus consue-

los, y adhiriéndose más y más á medida que mas descuidada y abandonada la veia.

Al tiempo de entrar en ella el sacerdote y el militar que salieron con la otra recien bautizada de la iglesia, atravesó el zaguan un hombre cargado con un pequeño féretro blanco; aquel féretro de ángel no llevaba flores, porque no habia habido quien se las pusiera. El sacerdote que acompañaba al anciano habia cuidado de que fuese sacado al tiempo que ellos entrasen en la habitacion, para que la parida no advirtiese el momento, quizás mas destrozador que el de la misma muerte, en que se cumple por completo la eterna separacion.

El sacerdote, que era un jóven, tomó de los brazos de la mujer que la traia, á una criatura pequeña y delgada, y entrando en la alcobita á la que daba paso la sala, la puso en los brazos de una señora, á cuyo doliente estado se unia el destrozo que habian producido en ella las vigilias y el dolor, causados por la enfermedad y muerte de la niña que acababan de llevarse en el féretro blanco.

—Señora, le dijo, aquí tiene usted á su

hija, por la gracia de Dios cristiana; como padrino, he elegido para ella el nombre de nuestra santa patrona la Vírgen de Gracia, y he suplicado al Señor que las dispensa, que colme de ellas á este angelito, que ha enviado á usted como compensacion al llevarse el otro á su gloria.

—¡Ay, señor D. Manuel! repuso la pobre madre ¿y cómo hallarla si aquella niña que he perdido era todo mi consuelo, y el encanto de mi vida?

—Esta lo será, repuso D. Manuel.

—Esta muerte arranca de mi corazon un amor que era toda su vida.

—El amor que tenga usted á esta lo ocupará y vivificará pronto.

—En el corazon de una madre hay lugar para el amor de cada uno de sus hijos; ninguno estorba, pero ninguno reemplaza al que arranca la muerte. ¡Por Dios, señor D. Manuel, que me la traigan! que quiero verla, que me quiero despedir de ella!

—Señora, esa exigencia es contra la razon, y está poco conforme con la resignacion que me ha prometido usted.

—¡Ay Dios, que ya no la veré mas! exclamó la madre prorrumpiendo en sollozos.

—Sí señora, sí señora, volverá usted á verla en la gloriosa patria comun, en la que todos los amores puros se confundirán en uno.

La desconsolada madre, estrechando contra su pecho la niña recien nacida, exclamó: pobre hija mia, bajo qué tristes auspicios entras en la vida! Y dejando caer su cabeza sobre la almohada, siguió un rato de silencio en que no se oyeron más que sus sollozos y gemidos.

De repente, mezclándose con estos, resonaron las alegres voces, cantos y vítores con que en la casa inmediata se celebraba el bautismo de la hija que habia nacido á sus dueños.

—¡Pues no es esto insultar el dolor? exclamó el coronel, cuyo carácter, agriado por largos infortunios y reveses, se habia hecho tétrico é intolerante.

—Así es la vida, D. Ramon, dijo el sacerdote. La alegría de los felices sin embargo no tiene ni puede tener intencion de insultar al

dolor de los desgraciados; así como las lágrimas de estos, no tienen ni pueden tener intencion de motejar ni disminuir el contento de aquellos.

—Dice bien D. Manuel, suspiró la afligida madre; á mí me sirve, si no de consuelo, de lenitivo en mi pena, el saber que hay otras personas felices y contentas.

—Bien sentido, doña Teresa, opinó el sacerdote; sentir los males y gozarse en las venturas ajenas, es el cumplimiento de uno de aquellos santos preceptos en que se concreta toda la ley de Dios: amar al prójimo como á sí mismo.

A poco, y despues de haber prodigado á los afligidos padres todos los consuelos que le inspiraron su fé y su corazon, se despidió el sacerdote, y en seguida entró la criada Josefa, que llena de satisfacion, participó á su señora que el padrino de la niña le habia enviado dos jamones, una docena de gallinas, una fanega de garbanzos, una arroba de chocolate y una bandeja de bizcochos.

—¡Ay Dios mio! exclamó en el mayor apuro doña Teresa; ¿ves Ramon? eso es por ha-

ber aceptado que fuese el señor D. Manuel padrino de la niña cuando á ello se brindó!

—Y si no lo hubiese aceptado, ¿quién lo habria sido? respondió con amarga y dolorosa sonrisa el coronel.

## CAPÍTULO II.

---

Y ciertamente era difícil hallar una situacion mas aislada que aquella en que se encontraba el coronel. Hay desamparos é infortunios que pasan ignorados porque cuidan de no ser vistos, porque tienen el pudor de la pobreza noble, que consiste, no en avergonzarse de ella, sino en sufrirla con valor y sin el bochorno del socorro ajeno. En España hay además dos motivos muy poderosos para sobrellevar bien la pobreza; es el uno la escasa suma de necesidades y la sobriedad de sus habitantes, de lo cual nace la independencia que los distingue; y el otro es, que en esta católica nacion está desde siglos arraigado el respeto á la pobreza. Puede que andando

el tiempo se llegue á menospreciar, como sucede en otros países; pero por suerte aun está lejos ese dia, sobre todo en provincias donde lo *rancio* no se desarraiga fácilmente.

El coronel era el tipo de la honradez llana, sencilla, sin énfasis ni presuncion. Miope moral, veia bien lo que tenia cerca, pero no distinguia á larga distancia, por lo cual se vió en su azarosa vida pública muchas veces envuelto en situaciones críticas y comprometidas, que con mas prevision hubiera podido evitar. Sin entusiasmo por su causa, como no lo tenia por ninguna; porque su carácter no era vano ni ambicioso para calcular, ni era sensible y apasionado para sentir, siguió la del *Pretendiente,* y al terminar la lucha se expatrió sin querer acogerse al indulto, por la razon (á su parecer) de que quien no habia obrado mal, no debia por conveniencia implorar indulto; y sin tener presente que cuando una causa se adhiere á su contraria, llevando ambas la bandera del país, y dando por resultado la paz y la cesacion del derrame de sangre, esta adhesion la exige el pa-

triotismo, la sanciona la honra, y la aplaude la humanidad (1).

Refugióse en Francia, donde en breve se vió sin recurso alguno, y se decidió en su desvalimiento á dar lecciones de idioma español.

Para que enseñase á sus hijos fué llamado por una señora legitimista muy acaudalada. Interrogado por esta, le refirió en su primera entrevista con la mayor sencillez tales hazañas y tales sufrimientos, hechos y sufridos por ambas partes en la infausta guerra civil, dando como buen español tan poco valor á estos, y poniendo tan poco precio á aquellas, que se quedó asombrado y completamente cortado cuando vió á la señora, que tenia un corazon muy compasivo y mucho entusiasmo, prorrumpir en copioso llanto. Su delicadeza se alarmó considerando que pudiese ella sospechar, si al hacer estas referencias abrigaba intencion de moverla á lástima; y cierto era que sin haberlo intentado lo habia

(1) No estampamos sobre esta materia nuestro insignificante parecer como fallo ó como axioma, sino como expresion de nuestra opinion individual.

conseguido; pero en vano se esforzó la señora en procurar aliviar su situacion: todas sus ofertas fueron rechazadas con una frialdad que denotaba que en vez de halagar herian, y solo admitió al cabo de algun tiempo, muy sencillamente, el préstamo que le hizo su favorecedora para poder regresar á su patria.

Cuando llegó á Carmona, pueblo de su naturaleza, se encontró con que su padre y el único hermano que tenia habian muerto, y la viuda de éste habia regresado con sus hijos al pueblo de su nacimiento. Habiendo su hermano heredado el mayorazgo, no encontró mas herencia que una casita, en que se estableció con su familia, y dos suertecitas de olivar. Apresuróse á vender lo mejor de ellas para satisfacer su deuda, y quedó así reducido á una pobreza cercana á la miseria.

Habíale sucedido, pues, que con la mejor brújula, cual era su conciencia, pero con piloto poco experto y sagaz para navegar en el borrascoso mar de la presente era, como barco mal traido habia venido á zozobrar en las mismas playas de donde salió con

mar bonancible. ¡Ay! decia á veces, cuando él mismo hacia la referida comparacion, hoy dia está la brújula de más; lo que se necesita es buen piloto, y no lo he tenido yo en mi hoja de Toledo!

Habia casado el coronel hacía años con una señora pobre, de una noble y distinguida familia de marinos, que le llevó la mejor de las dotes, la de las virtudes, un corazon amante y un carácter angelical. No tenia ni la propension ni el talento suficiente para guiar á su marido; pero su completo y voluntario anonadamiento no nacia como en otras de una necia y afectada sumision, sino de la sencilla y ciega fé en la infalibidad de aquel.

El coronel, como todos los que han roto violenta y radicalmente con la vida activa, se habia, digámoslo así, acostado en su huesa anticipadamente, y caido por lo tanto en una apatía moral completa. Era esta tal, que no se habria cuidado de la suerte de su hijo Ramon, si con esa prevision maternal siempre activa en el corazon femenino, no hubiese escrito doña Teresa, sin que lo supiese su marido, á parientes cercanos suyos, que

ocupaban altos puestos en el Almirantazgo, á fin de que obtuviesen para el nieto de uno de los héroes de Trafalgar una plaza de guardia marina; y como hay mas personas de lo que generalmente se cree que se interesan por otras y se ocupan en hacer bien, esto se habia alcanzado.

Por suerte, como lo habia previsto la buena madre al hacer aquellas gestiones, que su marido no habria consentido, sucedió que el coronel al tocar las ventajas, sin los inconvenientes de un desaire que habria dado por seguro, llevó á bien lo hecho, no pudiendo menos de conceder al buen sentido de su mujer, que si la propia abnegacion, sea cual fuere la causa que la motive, es noble y grandiosa, no se puede sin faltar á los deberes de padre extenderla á los hijos.

Pero era el caso que Ramon, que tenia mas talento, pero un carácter opuesto al de su padre, no queria seguir la carrera militar en ninguno de sus ramos, sino que embaucado por compañeros de escuela mayores que él, se obstinaba en ir á cursar á la Universidad

y hacer la alegre vida de estudiante en Sevilla, que es el bello ideal de la juventud de los pueblos: inclinacion por otra parte motivada en él, pues debia arrastrarle su instinto hácia la via para la cual su talento natural le daba indisputable aptitud.

Como fruto prematuro de esta aptitud, puesto que á la sazon solo contaba Ramon trece años, referiremos una escena que habia pasado entre el padre y el hijo, y que hacia exclamar á aquel:—No hay niñez, no hay juventud en este siglo ardiente, azorado y especulador, en que nacen los niños hombres! Nuestro pueblo, creador de imágenes, expresaba lo mismo cuando el primer Imperio, diciendo que en Francia nacian los niños vestidos de coraceros.

Sucedió que un dia entró Ramon alborozado en la sala donde se hallaba el coronel entretenido con su niña Gracia, que empezaba ya á responder á las primeras preguntas del catecismo, y á distinguir las letras; traia Ramon unos cuantos papeles en la mano.

—Padre, exclamó, aquí tiene usted su rehabilitacion, su suerte, su fortuna; ¿cómo,

señor, poseyendo tales documentos, ha permanecido usted fuera del lugar que le corresponde, renunciando á las ventajas y sueldo de su grado que estos papeles le pueden proporcionar? Y puso ante los ojos del coronel unas cuantas cartas, proclamas y órdenes secretas que comprometian en sumo grado á algunos jefes que en aquella época estaban en altos puestos.

—¿Quién ha autorizado á tu atrevida mano á registrar mis papeles? respondió el coronel levantándose bruscamente de su asiento.

—Con solo que sepan los que los han escrito, prosiguió afanado el muchacho, que usted posee estos documentos, estará usted seguro de obtener cuanto quiera.

—¿Y á semejante medio, exclamó el padre arrebatando á su hijo los papeles, quieres que deba mi rehabilitacion y mi adelanto? ¿Y piensas que por cobrar sueldo añada esta última página á mi honrosa hoja de servicios?

Y con reconcentrada indignacion y amarga ironía, añadió:

—Eres de tu siglo, eres *travieso*, y sabes

calcular; pero mi vida pública á fé mia que no acabará con una infamia.

Y saliendo al patio encendió un fósforo y pegó fuego á los papeles que en la mano llevaba.

—Padre, exclamó Roman, lo que va usted á hacer es una tontería; lo ignorado, ni agradecido ni pagado.

—Sé, repuso el coronel, que se ha dicho que no tengo talento, pero estaba reservado á mi hijo el decírmelo en mi cara. Cultiva tú ese talento, esa *travesura*, escalera de mano, con que hoy se escalan los puestos y riquezas, pero no esperes que sea yo quien te proporcione el primer peldaño.

—Padre! padre! gritó Ramon queriendo apoderarse de los documentos que ya ardian, su vida de usted acaba; pero la mia empieza.

Mas su padre lo apartó con un gesto tan imperioso y lleno de majestad paternal, que le hizo retroceder intimidado, diciéndole:

—Todos los sacrificios pueden pedir los hijos á sus padres, menos el de su honra.

Y el coronel echó al viento las negras cenizas de aquellos documentos.

—Ideas quijotescas que están fuera de uso! murmuró el muchacho exasperado, entrando en la sala y tirándose sobre una silla.

—Pues qué ¿tales son los usos, que se llame quijotismo á la sencilla honradez? le dijo su buena madre.

—No sé, señora, la interpretacion que usted y mi padre dan á la honradez, respondió el muchacho; pero tener en su mano los medios de ocupar un puesto, de asegurar á usted una viudedad y á sus hijos un porvenir sin perjuicio de nadie, y utilizarse de ellos, no creo que pueda ser contra la honradez; pero por lo visto, para mi padre es muy honroso, despues de quemar sus naves, el quemar hasta su tabla de salvacion.

—Tu padre ha hecho, como hace siempre, lo que ha debido; si no te deja bienes ni posicion, adquirirlos podrás; pero si no te dejase un nombre honroso y respetado, esa hermosa prerogativa de que podrás vanagloriarte, no te la podrías tú mismo proporcionar. Camina siempre derecho, hijo mio. Tu padre siempre ha dicho que el ser hombre de bien es el mejor de los cálculos.

—Sí, para venir á parar adonde ha venido á parar mi padre, murmuró el muchacho.

—No siempre son las circunstancias adversas, objetó la buena madre.

La oposicion de Ramon á la carrera que le habian proporcionado, acabó en abierta lucha entre el padre, que era obstinado y queria ingertar la cruz de Alcántara en un uniforme de la marina real, y el hijo, que era temerario, decidido, y grandemente amigo de hacer su voluntad.

En vano se esforzaba la buena esposa con su genio conciliador por avenir á ambas partes, haciendo presente á su hijo que en su situacion, rechazar el enorme beneficio alcanzado que le proporcionaba una brillante carrera, que habia sido la de sus ilustres abuelos maternos, era harto peor que haber quemado aquellos documentos, que de un modo tan vil le hubiesen proporcionado su porvenir.

El niño contestaba que abominaba la mar, que si se mareaba en una carreta qué no sucederia en un buque, y que antes araria la tierra que surcar los mares.

Cuando repetia la buena madre estas ra-

zones á su marido, reforzándolas con suaves observaciones sobre que los padres no debian violentar las vocaciones de sus hijos, el coronel cortaba con pocas palabras la discusion, diciendo: que á esa edad no podian aun existir esas decididas vocaciones, que lo que habia era, que á su hijo le halagaba más la libertad de la vida estudiantil, que nó la rigidez y disciplina de un colegio militar; y sobre todo, que no teniendo medios para costear sus estudios, careciendo la necesidad de ley, y la precision de alvedrío, éstas podrian más que la en el dia tan desatendida potestad paterna.

De esta suerte, en este combate diariamente renovado, que privaba á la paz de su mas dulce y preferido asilo, el hogar doméstico, pasó un año; al cabo del cual llegó la que corta y acaba todas las contiendas de los hombres, la muerte, y el coronel bajó al sepulcro tranquilo, como el que al echar la última mirada sobre su vida, no halla en ella cosa que le inquiete, le punce ó le ruborice; tan confiado en la misericordia divina como en su providencia;—de manera que no se acordó de su familia sino para bende-

cirla y decir estas últimas palabras á su desconsolada mujer:

—No llores tan corta ausencia, Teresa, cria á nuestra hija á tu semejanza, y habrás cumplido en todas sus partes la dulce y noble mision de la esposa.

D. Manuel arrancó de la cabecera del moribundo á la anonadada Teresa, que para mas desconsuelo se hallaba en cinta, y ocupó su lugar, que no abandonó hasta despues de haber encomendado el alma y cerrado los ojos á aquel hombre honrado.

El desconsuelo de la viuda fué desgarrador; en su noble corazon se habia hecho mas profundo y más tierno el cariño á su marido á medida que mas desgraciado, abatido y triste, por sufrimientos morales y físicos, lo habia visto.

Algun tiempo después dijo D. Manuel á la afligida viuda (siguiendo las instrucciones que le dió un rico y caritativo marqués, que se interesaba de corazon por la virtuosa y noble señora), que el difunto padre de este señor habia dejado en su testamento una manda pía que consistia en sufragar los es-

tudios en Sevilla á un jóven que tuviese las circunstancias que reunia Ramon, esto es, pertenecer á una familia distinguida y desgraciada, y ser hijo de viuda.

Quien no sabe mentir es crédulo, y doña Teresa nunca sospechó que fuese á la caridad de un vivo, y nó á una manda pia, á quien iba á deber su hijo su carrera. La caridad es tambien ingeniosa para hacer el bien sin dar la cara, y á veces pasa por encima de su amiga la verdad, sonriéndole y poniendo el dedo sobre sus labios.

## CAPÍTULO III.

Preciso es antes de proseguir que conozca el lector al padrino que habia sido de la niña, persona que sin tener parte individual en ninguno de los eventos de que se compone la relacion que vamos á hacer, figura en ellos, ya para bien, ya para mal de esta familia: suave y oficioso instrumento para lo primero, completamente extraño é ignorante en lo segundo.

D. Manuel, hijo del mayordomo del marqués de San Adrian, fué tan bien inclinado en su infancia, que desde aquella época le habia elegido el marqués para constante compañero de su hijo, niño triste y apocado, y ciego de nacimiento.

Manuel, pues, recibió la misma educacion y enseñanza que recibió el heredero de su señor. Como sus buenas inclinaciones no se desmintieron nunca, á la edad competente eligió la carrera eclesiástica, cuyos estudios siguió en Sevilla, y le fueron costeados por el marqués.

Su padre le envió á parar durante este tiempo en casa de un amigo suyo, que era cura de una de las parroquias menos céntricas de Sevilla.

Este anciano vivia con una hermana y una criada, ancianas tambien, que formaban el interior mas pacífico y reconcentrado que imaginarse puede. Su universo era su parroquia; los eventos de su vida eran las funciones y cultos que en ella se celebraban; sus ocupaciones el cuidado material de la iglesia y de los pobres.

El cura, que era estudioso, habia reunido á fuerza de tiempo y de buscar ocasiones, una librería bastante numerosa y escogida, en que, como es de pensar, vestian los libros su poco elegante trage antiguo de pergamino, cubierto del cual un Mariana y un pron-

tuario de teología moral del padre Lárraga, se miraban y encogian de hombros al ver sobre la mesa del cura un regalo que le habia hecho un librero amigo suyo, que era un almanaque encuadernado en *moiré* y con los cantos dorados. Como esta recoleccion formaba las delicias de su poseedor, y esta era casi la sola persona que trataba, el escolar se fué embebiendo en su lectura, de manera que todo el tiempo que no empleaba en sus estudios, lo dedicaba á instruirse de su contenido, y llegó á sobrepujar al cura en conocimientos literarios, históricos y arqueológicos.

De esta suerte, siempre ocupado su tiempo y llena siempre su imaginacion, aumentó su saber, se desarrollaron sus alcances, sin que nada perdiesen su candor ni su pureza de costumbres, no solo por inclinacion y sentimiento del deber, sino por hábito.

Los hombres que viven en el mundo, no creen en estas puras existencias, las cuales atraviesan el revuelto mar de esta vida con su espantoso oleage de malas pasiones, como cubiertas de un manto impermeable que nin-

guna de sus olas llega á traspasar; dándolas los menos materialistas y menos aferrados en oponerse á la evidencia, por posibles tan solo en el aislamiento y retiro de los cláustros, con la exaltacion de una devocion ascética, fruto de una enérgica reaccion ; y por enteramente imposibles en el mundo, en contacto con todas las seducciones que ofrece.

El cansancio de oir sostener este triste y torpe tema, hace mayor nuestro entusiasmo cada vez que observamos una de esas existencias inmaculadas, en las que no es la total ausencia de los vicios y de las malas pasiones debida á sacrificios, ni á heroismo, ni á desengaños, sino muy sencillamente á falta de arrastre ó á ignorancia de aquellas, y á la dulce y nunca desmentida costumbre de regirse por la ley de Dios. Este es el mayor comprobante de uno de los puntos mas controvertidos de la doctrina cristiana: el lugar preferente dado al hijo pródigo; pues quien conoce la seduccion del mal y la resiste, el que camina por una suave pendiente y retrocede, tiene mas mérito que aquel que no sigue un arrastre que desconoce, y camina

por una senda llana y derecha que le lleva, sin que en ella pueda perderse, al fin hácia el cual camina.

Despues de ordenado de sacerdote, regresó á su pueblo con la cabeza enriquecida y sin haber empobrecido su corazon. Nombróle su antiguo compañero (marqués ya por la muerte de su padre), capellan de su casa, en la que éste vivia retirado de todo trato.

De esta suerte varió poco su vida sencilla y tranquila: estudiaba con placer, cuidaba y complacia con gusto al desvalido marqués, cumplia sus deberes de sacerdote con una dignidad sostenida y escrupulosa, no inspirada por sentimiento alguno personal, sino por las mismas funciones que ejercia. No bebia ni fumaba, por la sencilla razon de que ni el vino ni el cigarro le gustaban. En cuanto á la cerveza, contaba alegremente que habiéndosela prescrito por un padecimiento de estómago el médico á la hermana del cura, se le encargó al sacristan que buscase y comprase una botella. Cuando la hubo traido, le dió el cura un poco de aquel líquido para que lo probase, y viendo que ponia mal gesto, le

preguntó:—¿qué te parece, hombre?—Señor, contestó el interrogado, me parece que si cerveza hubiese habido en el Calvario, al Señor no le dan la hiel.

No conocia los naipes, porque nunca habia visto juegos de baraja. Era sobrio por la razon de no haber comido sino en pobres mesas, ó en la del marqués, que estando á régimen, nunca comia sino puchero; y solo se emancipaba D. Manuel de esta uniforme frugalidad para tomar á los postres mucha fruta, manjar favorito de los frugales españoles.

En cada mujer veia la pura vírgen, la casta esposa ó la aùstera viuda de que hablan las Escrituras y los Santos Padres; de estas á la odiosa ramera, no habia para él gradacion; así como no la habia entre el respeto y el repulsivo desprecio que le inspiraban.

Estamos ciertos que hay hombres de mundo que de muy buena fé calificarán por este bosquejo copiado del natural á D. Manuel de *mandria*: de tal suerte la *costumbre* del mal trastorna las nociones. Pero es lo cierto que D. Manuel, sin acudir al heroismo de la

santidad, por su buena inclinacion, buenos principios y buenos lados y ejemplos, habia constituido su vida en la *costumbre* del bien, lo que le hacia llevarla perfecta, muy ageno de que por tal la tuviesen ni Dios ni los hombres; pues sin ser santamente humilde (porque no era santo), creia su vida ni mala ni buena, ni el cumplir con sus deberes le parecia cosa digna de elogiarse.

No obstante, para ser verídicos biógrafos y probar que no hay interior humano bastante puro ni bastante atrincherado para que no penetre en él el mal espíritu, referiremos una circunstancia de su vida, en que puso el pié sobre la mas resbaladiza de las malas pendientes.

Levantábase desde su llegada D. Manuel á las cinco é iba á la iglesia á decir misa y ayudar en sus funciones al anciano cura, que desde su infancia amaba y respetaba mucho; volvia despues á su casa, entregándose al estudio y lectura hasta que le llamaban para desayunarse con el marqués, cuyo mismo desayuno de un huevo fresco y chocolate tomaba cuando no se lo impedia

el ayuno. Eran sus estudios preferentes sobre la predicacion, ramo de su carrera eclesiástica por el que sentia una marcada vocacion.

Sabido esto, sucedió que le fueron encomendados los sermones de un septenario. Cumplió tan admirablemente su mision, que todo el auditorio, incluso en él su pobre anciano padre, quedaron admirados y vertiendo lágrimas de dulce enternecimiento. Las autoridades civiles y eclesiásticas, las personas principales del pueblo, acudian concluidos los sermones á la sacristia á felicitarle y saludar en él á un nuevo padre Juan de Avila, llamado por los buenos efectos de su predicacion el Apóstol de Andalucía.

D. Manuel, lo hemos dicho, era bueno, era sano; pero no era santo y no tenia la humildad de tal. Estos elogios empezaron por halagarle, despues le embriagaron, é iban quizás por sus grados contados á engreirle, cuando el anciano cura, que todo lo observaba con la vista perspicaz de la esperiencia, le llamó una mañana al entrar en la sacristía.

—Oye, Manuel, le dijo; voy á referirte

un lance que se cuenta de la vida del venerable Fray Diego de Cádiz. En una ocasion predicó un sermon, pero de tal suerte, que convencidas las cabezas, enternecidos los corazones, elevadas las almas de cuantos componian el auditorio, recibió una ovacion entusiasta y fué llevado entre aplausos exaltados y tiernas bendiciones á su casa. Llegado á ella, confuso, pero enagenado, se fué á su retiro, en que habia una santa imágen del Crucificado, ante la cual se postró; entónces oyó una voz, puesta por Dios en los labios de su imágen, que le dijo: *Diego, qué bien he predicado hoy* (1).

El cura dicho esto, se alejó, dejando á su oyente con la cabeza baja y confuso. Poco necesita el que nace bien inclinado y ha sido bien guiado, para retroceder en la resbaladiza senda. La leccion no fué perdida. Se habla, hasta en lenguaje mundano y vulgar, aplicado á cosas menos espirituales, de ins-

(1) Fácil es colegir que esto significaba que habia predicado cual los primitivos apóstoles, por directa inspiracion divina.

piraciones; ¡dichosos los que las reciben de Dios!

En otra parte hemos tenido ocasion de manifestar que el rasgo que mas distingue á los ricos habitantes de Carmona, es la caridad. Vicios y virtudes se generalizan y hacen endémicos en los pueblos á medida que se practican estas y se tienen aquellos; por lo tanto la caridad en grande escala ha dejado de ser loable excepcion en aquella ciudad, por haber llegado á ser honrosa y admirable costumbre.

Cuando hubo faltado el marqués, su hijo, tanto por sus buenas inclinaciones naturales como por la fuerza de la costumbre, y tambien por verse sin heredero, destinó gran parte de sus rentas á socorrer necesitados y ayudar á indigentes. Como es de suponer, estos beneficios fueron repartidos por mano de su amigo y capellan, con la decidida prohibicion de que á nadie dijese cuál era la mano que los socorria.

D. Manuel, por las tardes, y mientras el marqués, provisto de unas gafas verdes, salia con un pariente á pasear en coche, se iba

á la parroquia á buscar al cura, con el que daba un paseo por el arrecife.

Desde su llegada conoció en aquellos paseos al coronel y su hijo Ramoncito, que acompañaban igualmente al cura; desde luego le habia apreciado mucho, así como su triste y angustiosa situacion le habian conmovido profundamente.

Habia hallado manera por medio de su criada de aliviarla algun tanto, sin que el coronel ni su mujer se hubiesen apercibido de ello; habia hecho que el colono de la suerte de olivar pasase por una alza notable en su arriendo, abonándole él por órden del marqués la cantidad de la subida; y últimamente, por sugestion de éste, que en las obras de caridad hallaba placer, y hasta en combinarlas un entretenimiento, habia insistido en ser padrino de la criatura que naciera, por tal de tener un plausible motivo para sufragar todos los gastos que este aumento de familia acarrea. ¡Cuántos socorridos existen! ¡cuántos amparados en sus quebrantos materiales ó morales! El mundo es un valle de lágrimas, pero no un árido de-

sierto; en él hay muchas encinas que extienden su sombra sobre la maleza. Pájaros que cantamos en él, no lo hagamos siempre posados sobre ruinas en voz plañidera; hagámoslo tambien al amparo de esas santas y nobles encinas que tan altas y encumbradas descuellan en los bosques de Aranjuez, la Granja y San Telmo, con la suave voz que expresa el elogio y las bendiciones!

## CAPÍTULO IV.

Ocho años habian pasado y Ramon estaba en vísperas de concluir su carrera. Todos los veranos habia venido á pasar las vacaciones con su madre y hermana, las que suspiraban por esta época, la sola animada y variada en su monótona existencia. Con Ramon, que era alegre, entraba la vida y el movimiento en aquella casa, en la que se le aparecia la suave imágen de su hermana Gracia, entre el lecho de una madre doliente y postrada, y la cuna de un niño enfermo y débil, como una vestal que á un tiempo reanimase el fuego próximo á extinguirse en la ceniza, y amontonase combustible para avivar una chispa que no tuviese fuerza para arder.

Así habia pasado Gracia su corta vida, por

haber quedado su madre desde la muerte de su marido y su último parto baldada. Gracia no era hermosa, porque el cuidado moral y material de enfermos y un perpétuo encierro, no embellecen la persona aunque santifiquen el alma; Gracia no era hermosa, pero no se habria podido hallar un ser mas poético, interesante y simpático. Era una mezcla singular en tan corta edad (pues solo contaba entonces trece años) de madurez é inocencia, de reflexion y de sinceridad, de docilidad y de iniciativa, de finura y de naturalidad: dotes debidas á las inspiraciones de su corazon, bien guiadas por su excelente madre y el único amigo que tenian, su siempre cuidadoso, atento y cariñoso padrino.

Su *hermanita de la caridad*, como la apellidaba siempre Ramon, era, segun este decia, la lámpara de alabastro que alumbraba aquella casa; pero poco habia de poder él si no llegaba á ser la llama de gas que le diese luz y esplendor.—¡Qué esplendor! contestaba la modesta Gracia; trae salud y fuerzas á la madre y al hermano de mi alma, y deja los esplendores para el sol

Manolito, que tenia cerca de ocho años, solo aparentaba cinco ó seis; tal era la delgadez y debilidad de su naturaleza; tímido, asombradizo y melancólico, no conocia de la niñez sino su desvalimiento. Toda la energía nerviosa de su ser estaba concentrada en el apego apasionado á su hermana, que apenas salida de la primera infancia, cuando guiada por su madre, que no se podia mover, empezó á hacer sus veces con el pobre niño. Alguna vez, cargada con él en brazos, le habia dado por distraerle algunos paseos por delante de la puerta de su casa. Solia entonces pasar por allí Gracia Lopez, la hermosa y robusta hija del carpintero, que volvia de algun paseo cargada de flores.

—Adios, solia decirle, adios, ama seca: ¡ya podria mi madre decirme á mí que cargase con mis hermanos! ¡Que si quieres! para eso tiene á la hija de la tia Blasa por niñera; bien que mis hermanos pesan mas que el tuyo. ¡Qué hermoso está! ¡parece la guadaña de la muerte; ni para alfiler sirve! Vaya, que en tu casa no medran ni flores, ni gentes, ¡y es mas triste! parece un cementerio de vivos!

—Mi hermano Ramon, bien fuerte y sano que es, contestaba Gracia sencillamente.

Pues ¿y tú, que cabes holgada en una paja de centeno? ¿porqué no te compra tu madre un miriñaque?

—Porque ni tiene dinero, ni yo salgo á la calle.

Cuando las vecinas oian estos y parecidos diálogos, su recto juicio y buen sentido salian á la defensa de Gracia Vargas, y solian decir duras verdades á Gracia Lopez, deshaciéndose en elogios de la pobre niña á quien ésta tan gratuitamente hostilizaba; de manera que habian acabado por denominarlas para distinguirlas: *buena Gracia* y *mala Gracia*. Esto habia exasperado á la última y arraigado en ella uno de esos odios inveterados que suelen germinar en las almas duras, como la higuera del diablo nace espontáneamente entre piedras, y que si son reforzados por la envidia, se hacen implacables, acerados é inextinguibles.

No sucedia lo que á su hermana á Ramon Vargas, que se habia hecho un hombre alto, fuerte y hermoso. Era parecido á

su padre, pero le faltaba el aire noble y de caballero que la nobleza de su alma y la apostura militar unidas habian dado á aquel. Sus maneras eran descompuestas; nunca se sentaba, sino que se tiraba sobre una silla, deplorando que en su casa no hubiese butacas, y asegurando que el primer dinero que ganara seria para comprar cigarros habanos, y el segundo para una butaca.

Cruzaba las piernas, y doblando el cuerpo, se sujetaba la de encima con ambas manos, teniendo así su persona una posicion tan garbosa, que la hubiese aprovechado Fidias para modelar por ella alguna de esas estátuas en que brilla en toda su perfeccion física y moral (pues las actitudes expresan) la hermosura y la nobleza humana.

En medio de la total despreocupacion que era la base del ser moral de Ramon, conservaba un recuerdo de la cruz de Alcántara, que, como una mosca que se ahuyenta, volvia á zumbarle incesantemente en el oido. Esto hacia que se hubiese apegado con preferencia, entre sus amigos de Universidad, á un jóven, hijo del marqués de Benalí, rico

título de un pueblo de la provincia de Córdoba, que habia casado con la hija de un grande de España. Alfonso, tal era su nombre, habia pasado muchas temporadas en Madrid con su madre, y habia adquirido, ingertadas en su carácter naturalmente fino y delicado, elegancia y suavidad de maneras.

Este giro grave y distinguido que jamás se desmentia en Alfonso, era, á pesar que de él se burlaba el campechano Ramon, lo que le habia atraido irresistiblemente hácia él.

El último año le suplicó que viniese á pasar con él las vacaciones á Carmona; y Alfonso, cuyos padres habian ido á París por ver si hallaba el marqués alivio á un arraigado padecer, consintió en acompañarle.

—Chico, le dijo un dia Ramon, bien podias venirte, no á desenfrailar, sino á enfrailar conmigo á Carmona estas vacaciones.

—No me digas chico, ni uses esa voz grosera y chavacana, nó hija de la confianza de la amistad, sino del mal tono en el trato: voz comun y vulgar; dime Alfonso, como yo te digo Ramon.

—Noble marqués futuro, contestó Ramon

haciéndole un saludo, ven á ver el *finis*, que si bien no es el *coronat opus* de mi estirpe, es su mortaja; pero no temas que por entrar en nuestro panteon te prostituyas, que sobre esa tumba verás una cruz de Alcántara vinculada desde hace muchas generaciones de padres á hijos, pero que no se verá en mi pecho, pues aunque es bien ancho, no quiero por lo mismo colgajos en él. ¡Preocupaciones! cada cual es hijo de sus obras; dinero es lo que debia haberme dejado mi padre, pero el buen señor se aferró en lo que, ni tiene galardon en esta vida, ni premio en la otra.

Lo que iba diciendo recordó á Ramon lo ocurrido con los documentos que habia quemado su padre. Se lo refirió á Alfonso, y concluyó diciendo: de manera que gracias al buen señor de mi padre, anciano de cortas luces echándola de heróico, y á una buena señora de luces cortas, sumisa y adherida á la opinion de su marido como un guante mojado á la mano, no me veo hoy que concluyo mis estudios, como fulano, mengano y zutano, *debutando* con un elevado puesto y un buen sueldo, sino que aquí me tienes con mi

carrera concluida, sin tener una proteccion, ni medio alguno para aprovecharla y poder ser útil á mi familia; y cata ahí el resultado del heroismo cena á oscuras de mi padre.

—¿Es posible, Ramon, repuso Alfonso, que califiques de accion heróica la de tu padre? ¿Qué diria la opinion pública, que al fin todo lo descubre, de los medios puestos en juego por tu padre, si para medrar se hubiera valido de ellos?

—Ya saliste tú con tu ídolo la opinion pública. Desde que los periódicos se han apoderado de ella y la han dividido entre sí, nadie le hace caso, pues solo entera y compacta, justa, recta y desapasionada, es la opinion pública aquella poderosa fuerza moral, aquella solemne voz que mereció ser encumbrada con el nombre de *voz de Dios*; pero hoy dia es una cotorra chillona, que no hace sino repetir lo que le hacen decir. ¿Crees tú, pulcro Alfonso, esquivar su mordacidad?

—Sí, no dando razon á que me *censure* y solo pueda *calumniarme*.

—Te harás esclavo, exclamó Ramon.

—Todos lo somos, y ya que lo sea, quiero serlo de un buen amo.

—¡Ay Alfonso! repuso Ramon cambiando de tono, si te oyera D. Manuel te diria que no hay mas buen amo que Dios, y que todos los demás son ídolos; pero hablando de tejas abajo, te diré, mi amigo, que ni el D. Quijote de Cervantes, ni el Quijote de mi padre, se han cuidado nunca de ella, y que tenian otro guia mas sólido y noble, aunque tan ilusorio como es el tuyo; este les llevaba ante todo á satisfacer su conciencia, y no á la opinion pública.

—Con dos guias se puede llegar al mismo punto, repuso Alfonso; alguien ha dicho que no basta ser bueno, sino que es preciso *parecerlo*.

—Sí, pero allí viene el *parecerlo* despues del ser *bueno*, mas tú truecas las primacías; bien advierto que te parezco poco escrupuloso, y que piensas de mí que por una ventaja real sacrificaria yo tu ídolo; puede, pues no es tu ídolo el mio, como tampoco lo es el que lo fué de mi padre, y no pienso por tonterías y exageraciones morirme de hambre.

Te repito que ese ídolo que es para tí la opinion pública, desde que ha trocado su tono grave y austero por el tono frívolo y sarcástico, desde que suenan sus cien trompetas discordantes en tonos destemplados, nadie le hace mayormente caso; vanos serán tus esfuerzos por dominarla. ¿Puedes acaso esperar que ande derecho por la senda de la verdad quien premeditadamente se aparta de ella? ¿Pedirás justicia al que se emancipa de la ley de la razon, que hace de la justicia una deuda de honor de hombre á hombre? Desde ahora te predigo que serás víctima de tu orgulloso empeño.

—Si orgullo fuese, repuso algo sentido Alfonso, seria un noble orgullo.

—Un pícaro, vestido de caballero, es tan pícaro como otro vestido de presidiario. El orgullo aristocrático, mató y reemplazó al orgullo feudal que yace en su cota de malla y yelmo. El orgullo popular mató y reemplazó al aristocrático, que yace en sus vestidos de terciopelo y pelucas empolvadas. Este á su vez será muerto por otra especie de orgullo, pues como añade el mismo D. Manuel,

solo un enemigo tiene el orgullo que le mata sin reemplazarle, y es la humildad cristiana.

—Me recuerdas, dijo sonriéndose Alfonso, por encumbrada que sea la comparacion aplicada á nosotros que somos estudiantes, á Diógenes, cuando pateando las alfombras de Platon, dijo: pisoteo el fausto de Platon; á lo que respondió este: sí, pero con otra clase de fausto.

—Y ambos, como diria D. Manuel, añadió Ramon riéndose, hijos del mismo mal padre.

—¿Quién es ese D. Manuel? preguntó Alfonso.

—Es, contestó Ramon, el ser benéfico que la Providencia envió á nuestra familia. En sus brazos han sido bautizados mis dos hermanitos; en sus brazos murió mi pobre padre; por su mediacion me fué aplicada la manda pia que ha sufragado los gastos de mis estudios; él ha proporcionado un honroso enterramiento al que me dió el ser. Si llego alguna vez á ser ministro, á fé mia que he de hacerle obispo.

—¿Es vuestro pariente?

—Por Adan y Eva.

—Tanto mas mérito contrae.

—Tanta mas gratitud y cariño le tenemos, añadió Ramon.

## CAPÍTULO V.

---

Al cabo de algunos dias de hallarse los amigos en Carmona, vino Alfonso á casa de Ramon para que diesen su acostumbrado paseo. A la vuelta hallaron los dos jóvenes á Gracia, que sentada en un poyete á la puerta de su casa, entretenia á su hermanito contándole cuentos.

—La sultana Scheherasada, dijo Ramon, que para entretener á este sultan Schachriar tiene un repertorio de cuentos interminable. Manolito, quieres que te cuente el de la buena pipa?

—Esos son los que tú sabes, de pipa y de cigarros, contestó el pobre niño entre mal

humorado y afligido; no quiero que tú me los cuentes, sino Gracia.

—Calla, Ramon, no le vayas á contar aquel cuento horrible del negro sin cabeza, que le tuvo impresionado é inquieto tantos dias y noches, sin poder dormir.

—Y no te dejaria ese niño mimoso dormir á tí.

—Eso no importaria nada; pero es el daño que á él le causa el no dormir, pobrecito mio!

En este momento volvia Gracia Lopez á su casa, y pasó delante de ellos con un aire tan altanero, suelto y provocativo, que apenas podia concebirse en sus pocos años. Vestida y peinada con esmero, adornado su gran rodete de flores, animado el color por haber venido de prisa, era una beldad tan notable, que ambos jóvenes se quedaron admirados.

—Gracia Lopez, así pasas de largo? no me has visto? le dijo Ramon.

—Pues no habia de verlo? tengo acaso los ojos en presidio? contestó ella.

—Gracia Lopez, sabes que apenas te re-

conozco? ¡Cómo has crecido y te has desarrollado de un año á esta parte! Estás hecha una mujer!

—Y usted un hombre, señorito, y por lo tanto, ya no está el tutearse de razon.

—¡Hola! esas tenemos? repuso Ramon acercándose á ella. ¿Y va usted á poner el dictado como un muro entre nosotros?

—Yo ni quito ni pongo.

—Pues entónces no me opongo al usted, y aunque sea al usía, porque podré decirle que está usía hermosa y desconocida, así de parecer como de trato. Más hermosura, pero más desabrimiento; váyase lo ganado por lo perdido.

—No: váyase lo perdido por lo ganado.

—Sea; á mí me gustan los potros por domar.

—A mí no, recalcó la muchacha con descaro.

Ramon que la seguia entró en casa del bien acomodado carpintero su vecino. La mujer de este, que estaba en el patio, le recibió con mucho agasajo, y al ver que su hija, cuya hermosura tenia vanagloria en

enseñar, seguia hácia las habitaciones, en que entró, se puso á llamarla; pero Gracia Lopez, la mal criada y engreida niña, la oyó sin que acudiese y sin responder siquiera á la llamada.

—Qué desabrida es! murmuró su madre; pero qué quiere usted, las bonitas se engrien; eso quién lo remedia?

El caso era que Gracia Lopez, estaba picada de que Alfonso, que era el que entre los dos jóvenes le habia llamado más la atencion, no hubiese hecho caso alguno de su belleza, y por esa ansia de dominacion propia de las malas almas, se habia sentido herida en su amor propio al notar la preferencia que aquel habia hecho permaneciendo al lado de la hermana de Ramon. Alfonso, á quien habia chocado el precedente coloquio descocado y grosero, así como el aire altivo de la niña, se habia sentado efectivamente en el poyete al lado de Gracia Vargas, que sostenia en su falda la cabeza de su hermanito.

—Quién es esa muchacha? preguntó.

—Es nuestra vecina; nacimos el mismo dia.

—Es tu amiga?

—No, yo no tengo amigas.

—Y no deseas tenerlas?

—Qué mas amiga que mi madre de mi alma.

—Es la mejor y la primera, pero yo hablo de amigas de tu edad.

—Pues qué, en la amistad hay edades?

—Ninguna distraccion tienes?

—Muchas; cuidar á mi madre y hermanito.

—Qué, está enfermo?

—Sí, señor. Vino al mundo algun tiempo despues de la muerte y enfermedad de mi padre, que tanto afligieron y destruyeron á mi pobre madre, por lo que nació Manolito, el hijo mio, con ictericia y con unas alferecías de que nunca le han podido curar. Tengo además las visitas de mi padrino, que me da lecciones y me manda libros entretenidos para leer, lo que al mismo tiempo entretiene á mi madre.

—Y qué libros son?

—Variados, de historia, de moral, de historia natural... y ahora me ha traido una novela.

—Una novela?

—Sí, señor; lo extraña usted? ¿acaso son malas las novelas?

—No tienen fama de ser buena lectura para las niñas.

—Segun sean; Gracia Lopez me dice que lee muchas muy divertidas que le trae su padre del casinillo. Una habia que tenia yo muchos deseos de leer, porque trata del Judío errante, y á mí me gusta mucho esa historia; pero D. Manuel no quiso, y por eso me ha enviado la que estoy leyendo, que es una cosa preciosa, y se llama Fabiola.

Alfonso se sonrió dulcemente, con la satisfaccion de un alma noble en quien la realidad desvanece una maliciosa sospecha.

En este momento sonó el toque de oracion, y la niña con la mayor naturalidad, porque en su retiro no sabia que aunque no sea obligatoria esta oracion hubiese quien dejase de hacerla, se levantó y se puso á rezarla en voz alta.

Mientras rezaba habia levantado sus ojos con una expresion plácida, recogida y me-

lancólica, hácia el cielo, que iba trocando el divino color á que ha dado nombre, en ese tinte blanquecino que parece servir de mortaja al dia hasta que se sepulta en la noche.

Gracia, cuyo rostro de frente era demasiado demacrado para constituir una verdadera hermosura, tenia en cambio la belleza poco comun de un perfil perfecto formado por sus finas facciones y por la postura y corte de su cuello y cabeza, de manera, que vista de lado en la posicion que habia tomado, y con la expresion tan sencillamente dulce, pura y reflexiva que tenia, era ciertamente el ideal del poeta, del pintor, y del hombre que piensa y siente.

Nosotros entendemos por ideal, nó un nombre vano de una cosa que no existe, sino el último grado de la estética de las cosas humanas, que la realidad no llega á alcanzar.

Cuando hubo concluido se volvió á sentar, puso la cabeza de su hermanito sobre su falda, pero sin dejar de fijar sus ojos en el cielo.

—Qué miras, Gracia? qué buscas en el cielo? le preguntó Alfonso, que al tutearla aun la trataba de niña sin que ella lo extrañase.

—El descubrir la primera estrella, respondió Gracia.

—Es algun agüero? crees ver en ella la tuya?

—Oh, no! bien ha dicho usted que esos son agüeros, aunque son bonitos y poéticos: pero yo no soy poeta, por lo que no podria explicar la atraccion que sobre mí ejercen las estrellas; pero mas que nada es una idea religiosa, porque entre las obras de Dios, son una de las mas hermosas las estrellas. Así en la que á las demás se anticipa, me parece ver la primera palabra del Credo, y por un impulso de glorificacion á Dios, apenas la descubro, cuando alzo al Señor mi espíritu con el símbolo de la fé.

—¿Quieres, Gracia, que te recite unos versos que he compuesto á las estrellas?

—Ay, sí, sí, cuánto lo agradeceré: seré como el pajarito que no sabe cantar y escucha enajenado al ruiseñor.

Apenas empezaba Alfonso á recitar su composicion, que oia Gracia embelesada, cuando se oyó la débil voz de su madre que la llamaba.

—Mi madre me llama, exclamó interrumpiéndole Gracia; y tomando á su hermanito dormido en sus brazos, desapareció sin pensar en despedirse de Alfonso.

—Si ángeles hay en la tierra, pensó este cuando estuvo solo, esta niña es uno de ellos.

## CAPÍTULO VI.

Mientras Ramon, á pesar del sincero cariño que tenia á su madre, mortificaba el ya tan abatido espíritu de esta señora con las recriminaciones que hacia á su padre, pasaba una escena de distinta índole en casa del marqués de San Adrian. Sentado éste sobre un sofá, reclinado en sus cojines, oia complacido lo que su capellan le referia de la manera brillante con que habia concluido Ramon su carrera, y de lo bella y vigorosamente que se habia desarrollado su físico.

—Pero ahora, añadió D. Manuel, á quien los años que habian pasado suavemente en la mas dulce de las vidas, la monótona, habian dado mucha madurez y reflexion sin

cambiar en nada lo apacible y benévolo de su carácter, ahora ¿qué va á ser de él?

El marqués apoyó sobre los cojines del sofá su cabeza, calva y cana ya por sus padecimientos, á pesar de ser poco mayor que su capellan, el cual parecia, con alguna corpulencia más, casi el mismo que era cuando regresó de Sevilla; y levantándola después con alguna animacion,

—Manuel, le dijo, he recordado lo que olvidado tenia. El hermano de mi padre es ayudante del rey: jamás le he molestado con empeño alguno; aunque es mi tio, está llamado á ser mi heredero: en vista de esto, y de que una desatencion de su parte podria ser perjudicial á sus intereses, creo que me atenderá. Le vas, pues, á escribir una carta de recomendacion para Ramon, en los términos mas apremiantes y expresivos. En cuanto á los gastos del viaje y estada en Madrid, fácil será hacerles creer que son parte de la manda.

Con la sinceridad y con el calor propios de un corazon nacido para el bien, y que del bien habia hecho todo el interés y ocupacion

de su vida, acogió D. Manuel y dió gracias al marqués por este nuevo beneficio, que costándole á él poco, acababa de cimentar el porvenir de un jóven de mérito y de amparar á su desvalida familia; y concluyó opinando que era llegado el caso de que supiesen á quién eran debidas tantas y tan trascendentales mercedes.

—Eso nó, exclamó el marqués apurado, no lo pienses; querrán venir á verme y darme gracias, y solo el pensarlo me agita. No, Manuel: ¿crees que pongo precio ni doy valor á la gratitud de los hombres? Ninguno; y si supiese que el ayudar á los necesitados era darles ocasion de que interrumpiesen mi sosiego, dejaria de hacerlo en vida para que despues de muerto se hiciese en mi nombre. La carta, que lacrarás, puedes decir que es una sencilla carta de recomendacion que me has pedido, lo que no vale la pena de agradecerse. Y despues añadió:

—¿Y tu pobre ahijadito, que es el que mas me interesa?

—A fuerza de cuidados va saliendo adelante. Encanta ver aquella niña, su hermana,

hecha, como la llama su hermano Ramon, una hermanita de la caridad: ¡ay, señor marqués, qué buena escuela es la desgracia! ¡qué buena preceptora la necesidad! Si á estas lecciones se juntan los ejemplos de una madre justa y cristiana, con resignacion de mártir, conformidad y dulzura de santa, dan por fruto criaturas que bien pueden, envueltas en su humildad, pasar inadvertidas de los hombres en su modesta senda, pero que Dios mira con predileccion y complacencia.

—Manuel, dijo el marqués, si quieres á tu ahijada, pide á Dios para ella que así siga su vida, y que nunca la perciban las miradas de los hombres.

Segun lo habia dispuesto el marqués, arregló D. Manuel todo este asunto, y como lo habia previsto tambien aquel, creyeron en la ampliacion de la obra pia. Ramon tomó la carta con entusiasmo, creyendo en su poca experiencia que llevaba una llave de oro que le abriria desde luego un seguro y brillante porvenir.

Alfonso, que tenia mas mundo, sin desilusionar á su amigo, se sonrió al ver su fé

en esa carta de un oscuro y valetudinario marqués de provincia á un cortesano, porque estaba muy lejos de sospechar, ni el apremiante contenido de la carta, ni las circunstancias, que mediaban y la hacian una carta de crédito pagadera á la vista.

Los amigos partieron, pues, juntos para Madrid. Grande fué el desconsuelo en casa de Ramon. Su pobre madre lloraba su separacion como eterna, porque no pensaba volver á verle. Ramon, que queria mucho á su madre y á sus hermanos, no obstante la íntima satisfaccion que le causaba ese viaje que hacia en las suaves alas de la esperanza, se afligia del dolor de los seres que amaba.— Madre, decia, me voy, pero es para prepararnos allá un dulce interior en que nos reunamos todos: ¡no se aflija usted, madre, que poco ha de vivir quien no me vea en buena posicion adquirida por mí!

—¡Hijo de mi alma! respondia su madre, recuerdo que tu excelente padre, que santa gloria haya, decia que eras listo y *travieso*; pero te suplico, te encargo y te mando, que tengas presente que desaprobaba esa *travesura*, como

guia de la vida y comportamiento del hombre. No olvides el refran que dice: quien va despacio, anda bien; quien anda bien, anda mucho. Nada hagas ahora lo que al fin de tu vida no quisieras haber hecho, para que tengas la muerte del justo, y puedan poner sobre tu sepultura el sencillo, pero honroso epitafio, que han puesto sobre la de tu padre:

«Aquí yace un hombre honrado.»

—Y tú, Gracia mia, dijo Ramon mezclando en un abrazo sus lágrimas con las abundantísimas que derramaba su hermana, ¿qué me encargas?

—Que pidas á Dios, contestó ésta, que dé vida á nuestra madre, y salud á nuestro hermanito.

—Sí que lo haré, hermana mia, pues no podré pensar en vosotros sin pensar en Dios y los ángeles. ¡No llores! vamos á ser todos felices; el primer dinero que gane, no lo gastaré en cigarros, no, que será en un vestido para mi hermanita de la caridad.

—¡No, Ramon, no; cómprale juguetes á Manolito, que es el pobrecito mio tan triste y tan apocado, y que cuando se distrae está mejor!

—¿Y á mí qué me encargas, Gracia? dijo Alfonso enternecido al presenciar el amor y la consagracion de aquella dulce criatura á los suyos.

—Que no me olvide usted, dijo Gracia, la cual se habia apegado con tierna simpatía á aquel jóven bello, fino y delicado, que era el solo ser que fuera de su padrino le hubiese demostrado interés.

Eso nunca! respondió Alfonso con cariñoso y convencido acento; la memoria olvida, el corazon no. Pero yo te hago igual encargo: no me olvides.

—No olvidaré á usted: el recuerdo es como las cuentas del rosario, siempre dicen lo mismo, y siempre se reza con la misma devocion.

—Y cuándo pensarás en mí?

La niña bajó un momento su cabeza, sus lágrimas cayeron sobre sus manos que tenia cruzadas sobre su pecho, como para comprimir su dolor, y no aumentar con él el de su madre, y dijo en voz queda:

—Cada tarde, cuando vea asomar la primera estrella.



## CAPÍTULO VII.

---

No es nuestro propósito seguir en todas las fases y pormenores de la vida pública á las personas que hemos presentado, sino en aquellas de la vida íntima y privada que se enlazan con el asunto que bosquejamos. Basta saber que Ramon habia llegado á Madrid, y que habia sido recomendado de una manera especial y activa á un ministro por el personaje á quien habia escrito el marqués de San Adrian; que éste le dió un modesto empleo, al que renunció por mezquino poco después.

Dejando pues á Ramon por dos años, que empleó en Madrid con bastante provecho, gracias á su *travesura*, volvamos á encon-

trarle en ocasion de haber venido á Sevilla y pasado á Carmona á ver á su familia. Aunque su viaje no habia tenido esta visita por objeto (pues cuando la cabeza lo absorbe todo el corazon queda muy postergado), sintió el mas intenso placer al hallarse entre los suyos; pero se mezclaba á este placer una dolorosa compasion al hallar á su madre siempre inmóbil y postrada, envejecida de muchos años en los dos que habian trascurrido, delgada á un punto que parecia incompatible con la vida, y tan pálida, que cuando cerraba sus dulces y serenos ojos se la habria creido cadáver. Su hermano Manolito seguia macilento y enfermizo, y entre ambos estaba Gracia, formada, embellecida, como un sereno y despejado mediodía entre una débil y nebulosa aurora, y un triste y nublado ocaso.

Al cabo de algunos dias, le dijo su madre:

—¡Cuán poco has escrito, hijo mio, y los cortos renglones que de tarde en tarde hemos recibido de tí, nada nos han dicho de tu suerte! Dime, hijo, ¿qué haces en Madrid?

—Un poco de todo, madre, contestó Ramon: versos satíricos, artículos de fondo,

ejerzo la abogacía, defiendo malas causas, como suelen hacer usted y otras buenas señoras; escribo correspondencias, invento noticias, juego en la bolsa por otros y algo por mí, vendo proteccion, ahueco la voz y aguzo la pluma y el ingenio; en fin, me busco la vida, y un porvenir como Dios me da á entender.

—Dios? preguntó con tierna solicitud su buena madre.

—O la fortuna, que es la que mas directamente interviene en estas cosas, contestó su hijo. Madre, no meta usted el nombre de Dios en todo. ¿Le irá usted acaso á decir á la cocinera que en nombre de Dios no eche demasiada sal, y que no deje pegarse la olla?

—No se trata en lo que vamos hablando de sazonar una comida, hijo mio; se trata de consultar y guiarse por la conciencia en todos nuestros pasos, pero con mas particularidad en los primeros y mas trascendentales de la vida.

—Madre, repuso Ramon, la conciencia tiene una vara de medir distinta de la que sirve para el comercio, que es universal, y

la misma para todos. Si usted, que es una santa, fuese á medir con la de su conciencia las acciones de los hombres que se mueven en la vida activa, y tienen que seguir usos y costumbres que existen sin ellos haberlos creado, eso seria querer hacer pasar un torrente por un angosto tubo de puro y delicado cristal. Lo que ahora hago es preparar el terreno para ser elegido diputado en cuanto cumpla la edad.

—Tú!!

—Yo: pues qué le sorprende á usted? Qué me falta para diputado?

—Hijo, tantas cosas!

—Madre, solo el voto de usted, que por suerte no es elector.

—¿Sabes, hermana, añadió Ramon dirigiéndose á ésta, que Gracia Lopez está hecha un sol?

—Sí que está bien parecida, contestó la interpelada, siempre lo ha sido.

—¿Y porqué no son ustedes amigas?

—Yo no salgo nunca, Ramon.

—Pero ella podria venir aquí.

—Eso poco le divertiria.

—Pues vendria por amistad y no por divertirse. Ella lo desea, pero dice que tú nunca se lo has dicho; yo se lo diré de tu parte.

—Me harás el favor de no hacer tal, le dijo su madre.

—Y porqué, señora?

—Porque mi hija no tendrá mas amigas que las que le elija su madre, que por lo tanto serán las que le convienen.

—Se acuerda usted todavía quizás, dijo Ramon sonriéndose, de la cruz de Alcántara y de la cruz de Isabel la Católica de su abuelo el almirante?

—No miro los pergaminos de las personas, sino sus cualidades, para permitir á mi hija el intimar con ellas.

—¿Y qué cualidades faltan á Gracia Lopez para ser amiga de mi hermana?

—Todas las buenas, contestó su madre.

—Señora, un fallo tan acerbo se me hace extraño en los benévolos labios de usted, repuso con mal disimulado disgusto Ramon.

—Si la benevolencia sirviese para medir á todo el mundo por un mismo rasero, y ha-

cerse indistintamente amigo de los buenos y de los malos, esa benevolencia causaria mas daño que la misma malevolencia.

—Ramon, preguntó Gracia á su hermano para cortar entre la madre y el hijo aquel debate, que parecia excitarlos á impulso de algun sentimiento ó presentimiento oculto, ¿y tu amigo Alfonso?

—El marqués de Benalí, respondió Ramon, se ha dedicado á la diplomacia, que le viene de molde.

—Porqué?

—Porque en la corte de Inglaterra se ha perfeccionado en la altivez y la reserva, en la de Francia en la elegancia y quisquilla, y en la de Austria en la preocupacion y susceptibilidad. Hace tiempo que no le veo; la última vez me preguntó por tí, Gracia, y me dijo que habia visto en un álbum inglés una imágen de la inocencia velando sobre la infancia, que se parecia á tí.

Un sonrosado suave se extendió sobre las megillas de Gracia, que iluminó su semblante como una débil luz ilumina y colora una lámpara de alabastro.

—Quiero y aborrezco á ese hombre con igual intensidad, prosiguió Ramon; me atrae y me desvía con la misma fuerza.

—Pero porqué le aborreces? preguntó su madre.

—Porque sabiendo que le quiero se separa de mí.

—Y tú, no te has separado de él? tornó á preguntar su madre.

Ramon calló un momento, y dijo después:

—Puede; nuestras sendas son tan diversas!

—Lo siento, Ramon.

—Él debe á sus padres, repuso éste, hallar su carrera hecha; al paso que yo...

—Ese es, no obstante, el amigo que te conviene, Ramon, replicó su madre. La preocupacion de que le tildas, y la despreocupacion de que sin deberlo haces gala, se modificarian quizás ambas en vuestro amistoso trato.

—Esta Sibila, es decir, adivinadora, repuso Ramon acercándose á su madre, y tomando entre sus vigorosas manos las finas, blancas y casi yertas manos de su madre, todo lo quiere saber, predecir y juzgar, desde

su apartado retiro. Sabe cuál es la amiga que no conviene á su hija, y el amigo que conviene á su hijo.

—Las Sibilas iluminadas por su amor de madre, rara vez se equivocarán, hijo mio.

—Pues ya que acierta, indíqueme mi Sibila dónde hallar un tesoro.

—Hijo mio, no se hallan tesoros ni alhajas en la vida real, como en los cuentos de hadas; ni es necesario al hombre mas tesoro que su honradez y trabajo, ni á la mujer mas alhaja que su juicio y su modestia.

—Sistema de caldo de pollo y dieta de Broussais: muy sano, pero muy poco sustancioso, dijo alejándose Ramon.

## CAPÍTULO VIII.

---

Pocos dias después estaba Ramon en casa del maestro Lopez. Este, como ya se ha dicho, habia prosperado, y en ese desnivel general y rápido, hijo de nuestra era, y que seria inconcebible en tiempos normales, habíasele visto subir sin divisar en qué escalones asentaba sus piés; de la misma manera que á otros se les ve bajar sin que se descubra la rápida pendiente por la que se despeñan. En ambos casos, tienen por lo general mas parte las circunstancias de la vida pública, y la marcha de la época que los empuja, que la accion de los individuos; pero por lo regular se ensalza al que medra y prospera, y se le adjudica el galardon de

buena cabeza, así como al que decae y tiene mala suerte, se le culpa, porque no se toma para juzgar mas regulador que el éxito. Falta tiempo y falta equidad al mundo para formular sus fallos; los fabrica al vapor, que es el método por el cual se va haciendo todo en este siglo de las luces, como modestamente se califica á sí mismo.

El maestro Lopez habia empezado por comprar la casa que vivia. Después habia levantado sobre el bajo un cuerpo alto, en el que dispuso una sala de estrado, para la que compró en Sevilla buenos muebles, entre los cuales sobresalian dos butacas talladas y con muelles, que le habian costado cien duros cada una; un espejo diminuto, que costó solo media onza, y el retrato suyo y de su mujer, al óleo: dos estupendos mamarrachos dignos de los originales, pero colocados en soberbios marcos tallados y dorados.

Por de contado, aquel *estrado* estaba herméticamente cerrado, y no se abria sino para hacerlo admirar de los conocidos de sus dueños.

Lo que el maestro Lopez, á pesar de ser

un buen carpintero, no habia podido pulir, era á su hijo, que ántes y después de rico era un leño. Pero eso no impedia, como solia decir el maestro Lopez á Ramon, que se viese de sacarle un destino.

Ramon, que para lo sucesivo queria tener propicio al maestro Lopez, hombre de influencia, prometia y aseguraba que su primer cuidado al ser nombrado padre de la patria, seria colocarle, aunque dejase cesante á algun matusalen de oficinas; porque los empleados, como los gobiernos y las botas, se gastan pronto, y es necesario reemplazarlos con novatos, que son muy preferibles á los rutinarios.

—Lo que sabe esta gente nueva! decia entonces admirado el maestro Lopez á su mujer.
—Y muy bien que dice, añadia sentenciosamente; los hombres no son como las maderas, que para que no se rajen y tuerzan, y puedan servir, es preciso dejar pasar el tiempo dando lugar á que se sequen y consoliden; los hombres han de ser nuevos y mozos, que mientras mas sean lo uno y lo otro, mejor.

Ramon por de contado, no pensaba todo lo que decia; pero tenia que contentar al maestro Lopez, y tambien á su hija Gracia, de la que estaba enamorado.

A pesar de que estos amores eran sabidos y muy celebrados por los padres, que bien conocian que el mozo era llamado á hacer carrera y á figurar, Gracia y Ramon, siguiendo la costumbre del pueblo, cuando en casa del maestro estaban reunidos, nunca se hablaban.

Esta universal é inveterada costumbre del pueblo tiene varios orígenes; es el primero el respeto á los mayores, en particular al padre; el segundo es una mezcla de pudor y orgullo que hace al amor huir de entremetidas y curiosas miradas y ocultarse como una joya en su estuche, como una esencia que en un bote se lacra, como las mas bellas flores en un jardin reservado; y por estas y otras causas, en un círculo que bien puede formar una *reunion*, pero no una *sociedad*, en un pueblo morigerado como el español, nunca se acercan los muchachos á las muchachas, en las que la *conversacion* con los *mozos* está mal vista.

Establecida esta costumbre, no pueden, ni les placeria á los que son novios, infringirla llamando la atencion y exponiéndose á la crítica. Por esta razon hablan los novios por las rejas, si bien con menos comodidad, con mas franqueza y menos embarazo que delante de gente.

El maestro Lopez estaba aquel dia furioso. —Ese indigno hijo mio, exclamaba, me va á quitar la vida. D. Ramon, cuando sea usted diputado, no le saque usted empleo; sáqueme como en los odiosos tiempos del despotismo una órden para mandarlo á las islas Marianas, y que se pudra allí entre las ratas. ¿No es allí, D. Ramon, donde hay tantas ratas? me parece que así lo dice el *periódico.*

—Y qué ha hecho su hijo de usted? preguntó Ramon.

—Pues no quiere el muy bárbaro casarse con la hija de un gañan!

—La hija del tio Escambron? Está loco? exclamó la madre.

—Buena cuñada quiere darme! dijo con desprecio y altivez Gracia.

—Yo creí, añadió el maestro Lopez, que

era un zoquete ni del campo ni de la ciudad, y sin mas aficion que su maldecida escopeta; pero el niño está saliendo un ciento-piés. Casarse con la hija de un gañan! Podrá darse mayor necedad?

—Ya veremos de impedirlo, opinó Ramon.

—No ha de poder impedirse, le ha dado palabra. D. Ramon, ello es que un tonto echa una piedra en un pozo y cien discretos no la pueden sacar.

—Y tan fea es la niña, añadió Gracia con burla, que el verla quita el hipo, y él tan torpe, que para hacer una O necesita un canutero. ¡Vaya una pareja!

Pocos momentos despues de emitir esta opinion, decia Gracia Lopez en la reja á Ramon, que se hallaba al lado de afuera:

—¿Con que las vanas de tu madre y hermana no quieren que yo vaya á su casa?

—No he dicho eso, Gracia, repuso Ramon; te he dicho las propias palabras que mi hermana me contestó; yo no miento nunca.

—Ya! si tú eres muy caballero! los caballeros no mienten, ¿no es eso? Lo que te digo es que porque tu padre tenia sangre azul,

galones y cruces, no quieren que te cases conmigo, porque se las come la vanidad.

Anda diciendo tu madre
que la Reina es para tí,
anda vé, dile á tu madre
que la Reina está en Madrid.

—No es eso, Gracia...

—Pues qué habia de ser?

—Que mi pobre madre está tan mala, tan triste y huraña, que no quiere ver á nadie. Bien sabes que fuera de D. Manuel, la hermana del cura, que es amiga antigua de madre, y el médico, no entra nadie en casa.

—Digas lo que digas, bien se me advierte que estás supeditado por ellas, y ellas por su gran orgullo. ¿Qué hombre con barbas tiene que contemplar voluntades ajenas para disponer de su suerte!

—Ay, Gracia! hace media hora que de muy otra opinion eras, cuando se trataba de tu hermano.

—Eso es distinto, contestó Gracia, que tenia salida á todo; mi hermano tiene padre, y mi padre dinero; y mi hermano es

un zopenco que nada es ni nada puede sin mi padre y su dinero (ya vemos las bases sobre que fundaba Gracia Lopez la obediencia y sumision á la potestad paterna). Pero tú no tienes padre, y no recibes, sino que das á los tuyos, por lo cual, lejos de contrariarte, deberian contemplarte; mas ello no es así, y lo mejor será que esto se acabe y que yo me case con el hijo del boticario, que es rico y buen mozo, y que sabes que me pretende.

—Luego dirás que me quieres, exclamó con despecho Ramon.

—Si no te quisiera, ya le habria dado el sí al hijo del boticario; pero necia seria la que dejase lo cierto por lo dudoso.

—Dudas de que te quiero?

—Obras son amores y nó buenas razones.

Siguió la conversacion aquella y otras noches, con largos y parecidos argumentos, empleando Gracia todos los medios que su mal instinto le sugeria, y consiguiendo al fin reducir á Ramon á que se casase; si bien él exigió, por varias razones, que el casamiento fuese secreto y no se verificase allí. Dispuso que él se iria y que ella le siguiese á Se-

villa, donde deberia efectuarse la boda, y después seguirian los recien casados á Madrid.

La víspera de marchar, pasó Gracia Lopez poco antes de la oracion por delante de la puerta de Gracia Vargas.

Estaba esta sentada con su hermanito en el poyete donde solia situarse, y segun su costumbre, miraba á las estrellas, por lo cual no notó que se le acercaba su vecina hasta que esta le dijo bruscamente:

—¿Estás contando las estrellas? ¿no sabes acaso que á la que cuenta las estrellas le salen verrugas en la cara? (1)

—No las contaba, contestó Gracia, porque dice D. Manuel que nadie las ha podido contar.

—Pues á que D. Manuel, ya que es tan *sabijondo* y nada ignora, no te ha dicho, porque no la sabe, cierta cosa.

—No sé á que puedas aludir.

—Pues yo te lo diré, y es que me caso.

(1) Ignoramos del todo la causa que, ya en sentido material ó moral, pueda haber dado orígen á este aserto popular.

—Sea enhorabuena; deseo que seas feliz, Gracia.

—Muy jóven soy, prosiguió esta, pero tengo dos pretendientes, y me he decidido por uno de ellos nada más que por hacerle tragar quina á su madre y hermana, que no querian que se casase conmigo. Ya lo sabes, adios; algun dia conocerán qué necedad es enturbiar el agua que se ha de beber.

Gracia, herida como lo estaba cada vez que le dirigia la palabra su vecina, y además sobrecogida por un triste presentimiento, entró en la alcoba de su madre, á la que refirió todo lo que habia dicho Gracia Lopez.

—Hija mia, le contestó su madre, debemos celebrar este suceso, que, como es de esperar, aleja á esa mala Gracia de nuestra vecindad, y quizá del pueblo.

La hija, que vió cuán lejos estaba la madre de sospechar lo que ella temia, calló, dejando al tiempo la triste mision de desengañarla.

Pero pocos dias después entró la criada muy afanada, y con esa ansia que tienen las gentes vulgares por comunicar malas nuevas,

refirió á su señora el casamiento de Ramon con todas sus circunstancias, que con suma complacencia le habia referido la madre de la novia, añadiendo con soez y provocativa insolencia, que Ramon para casarse no habia necesitado ni del beneplácito ni de la presencia de su madre.

Al oir tal noticia, sazonada con tal veneno, permaneció la enferma unos segundos muda é inerte de espanto. Dió luego un gemido y perdió el sentido.

Su hija fuera de sí mandó llamar á su padrino y al médico. Cuando despues de varias horas de desmayo volvió doña Teresa á la vida, fué con una violenta calentura, en cuyo delirio no cesaba de repetir:

—Mis hijos! mis pobres hijos!

—La calentura la sostiene, dijo el médico á D. Manuel, pero no hay vida; la tranquilidad de que antes gozaba impedia al mal hacer rápidos progresos; pero esta sacudida la acaba.

Al dia siguiente la calentura bajó, y lentamente volvió á despejarse la enferma. La desconsolada Gracia estaba de rodillas, no lejos de la ventana, dirigiendo al cielo sus

fervientes oraciones. Al tiempo que, cual una dulce respuesta de arriba, asomaba la primera estrella, se oyó el sonoro y solemne toque de la campanilla que anunciaba la venida de su Dios y de su Padre á la postrada criatura, al amante mortal que por unirse á él clamaba.

Concluida la santa ceremonia, quedó inerte, con los ojos cerrados y ensimismada la favorecida.

—Madre no me mira! dijo con tristeza Manolito á Gracia, la que hecha á dominarse desde niña, sofocaba con heróico esfuerzo sus sollozos, y seguia orando.

—Hermano mio, contestó Gracia al niño, alza tu vista y mira aquella estrella que desde allá nos está mirando á tí y á mí, y nos seguirá mirando cuando madre cierre sus ojos.

Al cabo de algun tiempo, la enferma llamó con débil voz á sus hijos para bendecirlos.

—Mis pobres hijos! mis pobres hijos! suspiró alzando sus ya quebrados ojos hácia don Manuel, como pidiendo amparo para ellos.

—Prometo á usted, señora, le dijo este,

velar sobre ellos, y recibo el sagrado depósito.

—Y yo, D. Manuel, admito el beneficio, y llevaré al cielo, para que Dios la satisfaga por mí, tamaña deuda de gratitud que solo Dios puede pagar. Gracia, el señor D. Manuel es vuestro tutor. Nada hagas jamás sin su beneplácito Si me lo prometes, moriré tranquila; y luego añadió: D. Manuel, evite usted á toda costa que estos inocentes caigan en poder de la mujer de su hermano, el que deberia haber sido su padre, y que para nada ha tenido en cuenta ni á ellos ni á mí. Dios le perdone como yo lo hago. Mi perdon para el hijo ingrato; todas las bendiciones de mi alma y corazon, para tí, Gracia. Angel de mi vida! sélo, como lo has sido mio, de ese húerfano infeliz y desvalido.

—D. Manuel! D. Manuel!... pierdo la vista... ¡ay Dios, ya no los veo!... mis pobres hijos! mis pobres hijos!... Dios los ampare y ampare mi alma!...

Al cabo de unos dias, D. Manuel escribió á Ramon á Madrid, con laconismo y sin por-

menores, la muerte de su madre. Ramon estuvo algunos dias muy afectado, al cabo de los cuales la aglomeracion de sus negocios le distrajo de su pesar. Escribió que sus hermanos podrian reunirse á él, pero sin mostrar empeño.

D. Manuel le contestó que el estado de salud de su hermano no les permitia ponerse en camino.

Ramon les envió el corto socorro que solia remitir á su madre (porque Ramon era al uso del dia, pródigo en cosas personales y de fausto, pero en sumo grado económico en los demás dispendios), y las cosas quedaron cual estaban, con gran satisfaccion de Gracia Lopez, que deseaba poco vivir con sus cuñados, ni que se enterase Gracia de que Ramon, con varios pretextos, no la habia llevado á su casa, sino que la habia instalado en una habitacion aparte, en un barrio extraviado, donde vivia sola y oscuramente.

## CAPÍTULO IX.

Cinco años después estaba Ramon un dia en su despacho, cuando se abrió la puerta y dió entrada á una persona que con pausa, pero con cordialidad, se adelantó á saludarle. Realzaba la bella presencia del introducido una elegancia de porte y de maneras que unida á una dignidad sencilla y á una afabilidad natural, pero reservada, infundian tanto agrado como consideracion. Puede que en otras circunstancias se hubiese hallado en el sugeto que presentamos algun retraimiento, debido mucho más á la desconfianza en el trato que á orgullo personal; pero en este momento se franqueaba abiertamente, y

cuando Ramon se levantó para ir á su encuentro exclamando: Alfonso! tú en mi casa! le contestó estrechando su mano:

—Y mas afortunado que he sido en la mia, te encuentro en ella, cuando tú á mí no me has hallado.

—Tres veces he ido á verte desde que supe que habias vuelto de la Embajada de París, de que formabas parte.

—Yo tambien tengo contadas tus visitas para agradecértelas; pero desde mi vuelta, originada por la falta de salud de mi madre, no queriendo ya separarme de ella, renuncié á mi destino. La asistencia de mi enferma me ocupa la mayor parte de las horas del dia; esta es la causa de no haberme hallado. Gracias al cielo, se encuentra aliviada; y ahora hablemos de tí. Pocas veces podré verte, así como á mis demás amigos, y quiero aprovechar el tiempo para que me pongas al cabo de cuanto te concierne. Sé que has perdido á tu buena madre, que fuiste elegido diputado, que ejerces la abogacía, que has tenido empleos, que has hecho pingües negocios, y que hoy cuentas ya en el número de los ca-

pitalistas. Me congratulo, sin envidiarte.—Y una imperceptible sonrisa acompañó estas últimas palabras: una sonrisa parecida á esos soplos del Guadarrama que, sin que los marque la veleta, penetran el mas impermeable y tupido abrigo.—En fin, que has dado razon á tu buen padre que te designaba como *travieso* y listo. Tienes buena cabeza: lo has probado.

—No debo mi fortuna á mi buena cabeza, sino á mi buena suerte, contestó Ramon, y en particular á la subida fabulosa que han tenido las acciones que yo poseia, de... (aquí enumeró varias grandes empresas de que era accionista), y prosiguió después: ¿quieres que te ceda alguna?

—Gracias, respondió Alfonso, no me gustan acciones, y se me ocurre lo que en una ocasion dijo Mr. de Brancas al avariento duque de Bourbon Condé, que le enseñaba lleno de entusiasmo un paquete de acciones del Misisipí, creadas y puestas en circulacion por Law.—Monseñor, una sola de las *acciones* de vuestro abuelo vale más que todas estas. Pero, añadió Alfonso para dar otro giro

á la conversacion: díme, ¿qué es de tu hermana, la suave, la *linda*, la *buena Gracia?*

—Está en Carmona con mi hermano menor, que es una débil, enferma y pusilánime criatura, al que tiene un cariño apasionado y exclusivo.

—Extraño es, Ramon, que no la traigas á tu lado no teniendo ella mas amparo que tú.

—Se lo he propuesto y no quiere, replicó Ramon, y es por lo que te decia que su cariño á Manolito era exclusivo.

Al marqués de Benalí pareció sorprender esta respuesta.

—Por cierto que es extraño, dijo, y tú debes sentirlo, pues soltero y solo como vives, ella podria llevar aquí una vida regalada, y tú tendrias quien estuviese al frente de tu casa.

En este momento se abrió la puerta, y dos hermosos niños, de cinco á seis años de edad, se precipitaron en el cuarto gritando:

—Papá, hemos salido bien de los exámenes.

—He ganado en premio esta medalla de plata.

—Y yo, añadió el mas pequeño, esta hermosa banda.

—¿Y quién os ha dado licencia para venir á mi estudio, lo que tengo prohibido? dijo con voz áspera su padre.

La alegría de los niños se trocó al punto en consternacion.

—Mamá nos dijo que viniésemos para enseñar á usted los premios, contestó en voz queda el mayor.

—Cuando mamá mande lo que yo prohibo, no la debeis obedecer, repuso su padre; salid al punto, y no conteis ya con la recompensa con que habia pensado celebrar vuestros premios.

Los niños, con la cabeza baja y con las lágrimas en los ojos, se encaminaron hácia la puerta.

—Y no saludais á este caballero? les gritó el padre con mal reprimido encono al notar la impresion que en el marqués habia causado la precedente escena.

Los pobres niños se volvieron, y sin mirar al marqués dijeron simultáneamente:

—Que usted lo pase bien, quede usted con Dios: y desaparecieron.

—Y qué, eres casado? preguntó el marqués á su amigo.

—Sí, contestó este con sequedady visiblemente contrariado.

—No será, supongo, con Gracia Lopez, la calificada por la voz pública de *mala Gracia*, de la que cuando muchachos te enamoraste.

—Con ella precisamente, contestó mortificado Ramon.

Hubo un momento de silencio penoso, al cabo del cual preguntó con resolucion el marqués:

—Y porqué no vive contigo?

—Tú que la conoces, contestó Ramon, convendrás conmigo en que...

—Lo que conozco, Ramon, le interrumpió el marqués, es que el hombre que comete un desacierto debe confesarlo y someterse con valor y dignidad á sus consecuencias, que ese es el modo de hacérselo perdonar.

—Someterse, bien; pero ostentarlo no, y esto hago.

—Yerras. Tener á tu lado á la que has

hecho madre de tus hijos y mujer tuya, no es ostentar tu desacierto, sino dar honor y dignidad á tu matrimonio. Al contrario, tenerla oculta y lejos de tí, es quitarle, así como á tus hijos, su sello de legitimidad; es dar justo pábulo á que te crean peor de lo que eres; es ser tú el primero en menospreciar á la madre de tus hijos, en robarle su decoro, en negarle el respeto, en arrostrar la opinion pública, que, severo juez, sabe harto bien que el misterio es un velo muy trasparente que pocas veces oculta lo que no honra. La manera de que á su puesto alces á tu mujer, es que en él la coloques, y nó que la rebajes.

—Si tú, pulcro marqués, te hubieses casado con una Gracia Lopez, ¿la traerias á tu lado?

—Yo, dijo el marqués con algun calor, jamás hubiese amado á una Gracia Lopez; si la hubiese amado, habria huido de ella en vez de procurar su fácil seduccion.

—¡Ya! si tú tienes el corazon revestido de amianto.

—Ni de amianto, ni de yesca, Ramon; com-

párame mas bien á las fieras que á ningun peligro temen, pero huyen del fuego; mas supuestos estos dos imposibles, la madre de mis hijos habria sido mi mujer ante Dios y ante los hombres.

—Eres un Caton.

—No es necesario ser un Caton para ser un hombre de juicio y de moralidad.

—Tu moral es evangélica, la mia es mas bíblica, repuso Ramon acudiendo á la chanza, auxiliar de las malas causas.

—En las opiniones que he expresado tiene mas parte el honor que el Evangelio, contestó el marqués.

—Concedo; cierto es que el verdadero honor enaltece al hombre, repuso Ramon, pero cuida no tome el orgullo su nombre, pues hoy dia ya sabes que andan los nombres trocados.

—Este es un ardid de la fraseología. Pero dejemos á un lado ardides, y hablemos de buena fé, repuso el marqués de Benalí. La vanidad es la necedad del egoismo, y el orgullo es la insolencia de la vanidad, y ambas cosas ajenas del asunto de que tratamos.

—Pues si no es una ni otra cosa la base de tus principios, lo serán las preocupaciones; pero sábete que el hombre que se emancipa de su freno opresor, hace lo que le conviene y quiere, sin cuidarse de ellas.

—No, Ramon, el hombre ante todo tiene que hacer lo que debe.

—Estando su conciencia de hombre honrado en lo esencial tranquila ¿qué le importa lo que piensen los demás? Pues qué, á tí te ofenden las habladurías?

—Te lo he dicho ya en otras ocasiones, distingo; desprecio completamente aquellas, hoy tan frecuentes, debidas á la malevolencia gratuita, á la calumnia infame, falsa moneda de la verdad, que gentes sin honor ni conciencia fabrican y expenden, y que están destituidas de todo fundamento y verdad; pero no así las censuras que tienen una base cierta, ó siquiera una suposicion probable.

—Y yo tambien te he dicho ya, repuso Ramon, que la opinion del mundo, de la que te haces esclavo, se vengará de tí; créeme, la exageracion, aun en lo bueno, saca las cosas de quicio, y daña.

## CAPÍTULO X.

En Ramon, que tenia un buen fondo, aunque como el buen trigo á veces, sofocado por esa mala yerba que hoy dia crece y se mece erguida sin que mano alguna escarde los campos, no habian caido en balde las reflexiones del marqués de Benalí. De allí á poco, habiéndole encontrado en un teatro, le participó como habia traido su mujer á su casa y hecho público su casamiento. Benalí le felicitó cordialmente, y añadió que ahora pensaba que no se negaria su hermana á venir á su lado.

Al dia siguiente fué el marqués á ver á la mujer de su amigo, que con una elegancia de trage exagerada, le recibió con la misma exageracion de halagos. Para esto tenia ella

muchos motivos, los unos ostensibles, los otros secretos. Sabia que él era el que habia influido en su marido para que hiciese público su casamiento, blanco de todas sus aspiraciones; era además el marqués uno de los hombres mas distinguidos y pulcros de la aristocracia de Madrid, por lo cual daba gran prestigio y honra á la sociedad poco selecta que recibia su marido; y por último, era el hombre que desde niña habia llenado todas las ilusiones de su vano y ambicioso corazon. Sus provocaciones, como de una mujer grosera y que no habia nunca conocido ninguna clase de sujecion, fueron demasiado marcadas para que no chocasen al marqués, el cual se mostró mas frio y acompasado que nunca, y no volvió.

Ramon, que en el fondo queria bien á sus hermanos, les participó su casamiento, lo que antes no habia hecho, renovando sus instancias para que se reuniesen con él.

—Ya no tienes motivo para no irte con tu hermano que te llama, decia por entonces D. Manuel á Gracia Vargas.

—Lo conozco, respondió ésta, que contaba ya veintiun años; pero cuánto temo el salir, y sobre todo el sacar á mi pobre hermanito de esta vida sosegada y tranquila que es la sola que nos conviene; y qué temor y repugnancia me causa el ir á vivir con Gracia Lopez, que siempre tan mal nos ha mirado á ambos. ¡Ay! acuérdese usted, padrino, de los leales avisos que me da mi corazon; á su lado hallaremos la desgracia ambos.

—No creo tal, repuso D. Manuel; casada con tu hermano, mirará Gracia á los suyos con cariño y como cosa propia; tu hermano es bueno, y sabrá daros el lado que os corresponde.

—Obedezco los consejos de usted, padrino, como me lo encargó mi santa madre; mi hermano es bueno, es cierto, pero usted sabe que Gracia es mala.

Algun tiempo después mandó Ramon á sus hermanos un dependiente de su confianza, que los acompañó á Madrid.

Grande fué la alegría de Ramon al estrecharlos en sus brazos, y tanto mas contraste

formó con ella la seca frialdad que les demostró su cuñada.

Pero esta alegría primera de Ramon pronto se disipó, no por falta de cariño, sino porque abstraido del todo y ocupados su tiempo, su atencion, y casi siempre sus afectos, en el cúmulo de negocios árduos, excitantes, peligrosos, comprometidos, secretos unos, públicos otros, que habia abarcado; los goces y solaces tan dulces del hogar doméstico, de la familia, de la amistad íntima, no hallaban tiempo ni cabida en su vida, ni espacio en su corazon. Además, las influencias de su mujer eran una lima sorda que, si no llegaba al tronco, iba despojando al frondoso árbol de sus hojas y de sus ramas.

Los niños, que por desgracia son inclinados á la malevolencia, no necesitaron de las insinuaciones de su madre para ponerse en pugna y en abierta oposicion con el infeliz é inofensivo Manolito, que aunque mucho mayor que ellos, era por su estenuacion un niño ruin y apocado, y que criado como entre algodones al lado de su cariñosa y dulce hermana Gracia, sufria como un recien na-

cido echado sobre abrojos. Gracia padecia de una manera destrozadora por la hostilidad de que era objeto, no ella, sino su hermano, á quien queria ahora mas que nunca, pues el amor y la lástima son dos llamas que al unirse forman una intensa y flamante hoguera; pero como de tan suave y prudente carácter, maduro antes de tiempo por la gravedad de la desgracia y el fructífero rocío de los buenos ejemplos y buena enseñanza, conoció que con quejarse á su hermano Ramon nada conseguiria, sino agriar y empeorar su situacion.

El único consuelo que tenia era desahogar su corazon escribiendo á su padrino, que en sus cariñosas respuestas la exhortaba á sufrir con resignacion y conformidad las pruebas que Dios envía á sus escogidos, que son cual el lastre que se pone en los barcos para que naveguen en la mar con aplomo y sin rendirse obedeciendo al timon que los guia.

Largo, penoso, monótono y poco grato seria para el lector el referirle todas las crueles escenas que de contínuo se renovaban, y cómo fueron influyendo en Manolito,

á quien, por lo débil y nervioso, la menor emocion de temor ó de sorpresa causaba ataques epilépticos.

El estado de sobrexcitacion en que las hostilidades y burlas de su cuñada y de sus hijos le ponian, habia recrudecido en él los insomnios, uno de los padecimientos mas crueles de la infancia. Su hermana pasaba las noches á la cabecera de su cama entreteniéndole y alejando de su imaginacion las ideas lúgubres con suaves imágenes de floridos cuentos de hadas. Todo esto era materia para un escarnio cruel que, cuando no estaba presente Ramon, se hacia hasta delante de personas extrañas, las que desconociendo la realidad de las circunstancias, admitian como positivo todo el ridículo que se sabia prestarle. Un niño zarangullon que no quiere dormir solo porque tiene miedo, tan mimoso que es preciso contarle cuentos cuando está en la cama; este tema en bocas vulgares y malévolas, era una mina inagotable de desdeñosa burla.

Deseosa de hacerse olvidar todo lo posible, habia escogido Gracia Vargas para situarse

el lado de una ventana detrás de las cortinas, ocultándose con su hermano casi del todo á los ojos de las personas que se hallaban en la sala. Allí llevaba su labor y algunos libros con estampas para entretener á su pobre hermanito, y á veces llegaba á conseguir el anhelado olvido; pero una mañana en que estaban solos la madre y sus mal criados niños, estos, no teniendo gentes con quien entretenerse, se propusieron hacerlo con el infeliz enfermo. Muchas fueron las bromas insolentes y los epítetos groseros que le dirigieron.

El niño empezó á angustiarse.

—Si son chanzas, hijo mio, le decia Gracia, en viendo que no haces caso de ellas, dejarán de gastarlas.

Pero no fué así, porque acercándose al pobre niño le dijeron que saliese de allí para jugar. El infeliz, en la mayor angustia, se asió del vestido de su hermana.

—Déjenle ustedes, ¿no ven que está enfermo, y que ni sabe, ni quiere jugar? les dijo Gracia en tono suplicatorio.

—Nosotros le enseñaremos, replicaron los

niños; lo que tiene es que es un mandria, un terco, y ha de jugar. Y tirando cada cual de uno de sus brazos, lo arrancaron del lado de su hermana.

El niño empezó á hacer desesperados esfuerzos para zafarse de las manos de sus verdugos.

—¡Ay, madre! gritó uno de ellos: ¡este pícaro me ha arañado!

Al oir esto su madre, que como de costumbre estaba impaciente y hostil, se levantó con la mano alzada para descargarla sobre Manolito; pero en este instante la suave, la sumisa Gracia, se arrojó entre ambos, y estrechando con una mano á su hermanito contra su pecho, y extendiendo la otra con toda la energía de su tanto tiempo contenida indignacion,—Eso nó, exclamó, no pondrás tú la mano sobre este inocente: ¡guárdate! Pobres somos, pero el mundo es ancho, y tengo manos para trabajar y procurar al hermano de mi alma el trato dulce y la vida tranquila que su doliente estado necesitan. Mañana saldré de tu casa.

La sorpresa, la rabia, y mas que nada el

temor, habian sellado los labios á la mujer de Ramon. Conoció que habia abusado, que habia traspasado los límites, y vió ante sus ojos la figura amenazadora de su marido. Ya buscaba su perspicacia la manera de disipar la tormenta cuando su cuñada llegase á hablar, haciéndola pasar por calumniadora, asegurando que á quienes habia tenido intencion de castigar habia sido á sus hijos y no á Manolito; pero no fué necesario. Gracia se habia llevado en sus brazos á su pobre hermano con una espantosa alferecía, de la que no volvió.

Al siguiente dia estaba de cuerpo presente.



## CAPÍTULO XI.

---

A qué pintar el dolor de Gracia? ¿Quién ha podido sondar el mar, quién contar las estrellas del cielo, ni las lágrimas que unidos pueden verter la mas destrozadora lástima, el mas cruel dolor, y el mas profundo desconsuelo?

Ya lo que Gracia pudiese decir á su hermano mayor, de ningun alivio podia servir al que yacía frio é inerte en su huesa, y Gracia calló.

Este generoso proceder, lejos de amansar el encono de su cuñada, lo avivó, porque se habia preparado á una lucha de que esperaba salir vencedora.

Gracia escribió á su padrino lo que habia

pasado, acabando así su carta: «Siempre me llamó Ramon *hermana de caridad*, y puesto que ya cumplí mi mision con los mios, dulce mision que ha llenado toda mi vida porque amaba con tanta ternura á los que asistia, estoy decidida á proseguirla en los hospitales. Si no fuese mi vocacion, si no fuese el camino del cielo, si no fuese en mí ya costumbre, la elegiria solo por salir de la vida que llevo, que es una vida harto peor, y sin provecho para mí ni para nadie.»

D. Manuel le contestó que nada tenia que oponer á su santa determinacion, y sí solo que parecia haberla tomado en un momento de agudo dolor; que las determinaciones necesitaban mucho tiempo para adquirir madurez, y que su opinion, así como la del señor cura, era que aguardase algun tiempo antes de efectuar su propósito.

La dócil jóven siguió el dictámen para ella sagrado del consejero que le habia señalado su madre, y vestida de rigoroso y sencillo luto, volvió á ocupar su puesto en la sala detrás de la cortina que la ocultaba á la vista de todos.

Una tarde fria y desabrida estaban Ramon y su mujer sentados, cada cual ocupando una butaca, al lado de la chimenea. Gracia Vargas ocupaba su acostumbrado puesto cerca de la ventana, detrás de la cortina, donde permanecia tan oculta á las miradas como lejos de la memoria de todos. Además, como era tan silenciosa, su cuñada no cuidaba de hablar delante de ella aun de las cosas mas secretas.

—Sabes, Ramon, dijo á su marido, que hoy ha estado aquí doña Rosa, y me ha vuelto á hablar para que influya contigo á fin de que te hagas cargo del pleito de la marquesa de Oropeles, la millonaria señorona.

—Es un pleito repugnante, mujer, respondió Ramon, cuyo buen fondo y noble sangre hablaban siempre que su interés, su ambicion, ó la pésima influencia de su mujer no ahogaban su voz. Su hermano ha muerto sin hacer testamento, y valida de eso, aunque sabe el cariño que él tenía á su pobre mujer, que ha perdido su salud por un acto de heroismo al salvarle la vida, no solo la quiere

despojar de cuanto posee, sino impedir que señalen á la infeliz enferma una triste pension con que pueda vivir.

—Eso no es cuenta tuya: los abogados no se eligen como jueces, sino como combatientes; los abogados deben dejarse el corazon en casa y no llevar al tribunal sino el Código. Si no aceptas, la marquesa no nos convidará al gran baile que va á dar, donde estará la flor y nata de la alta sociedad de Madrid.

—Y si acepto la defensa, como deseas, ¿acaso te ha dicho que te convidará?

—Terminantemente. ¡Podrias ahora salir con las ideas de tu padre! Si aquellas te han costado tu posicion y suerte, ahora te costarian perder el lustre que á tu mujer le falta, el ser introducido en la intimidad de personajes altos é influyentes que todo lo pueden, empezando por la marquesa de Oropeles, que asegura que el buen éxito de su pleito lo pagará con el nombramiento de secretario honorario de S. M.

—Promesas al aire, repuso Ramon; pero sea como fuese, dices bien, el abogado no juzga, defiende. Sea, pues, y si ese marido

desprevenido no hizo testamento, él es, y no sus naturales herederos, quien tendrá la culpa de lo que á su mujer sobrevenga.

—Gracias á Dios, Ramon, que te veo razonable; si por tu quijotismo me hubiese quedado sin ir al baile, no sé qué me hubiera sucedido; por la parte mas corta, me cuesta una enfermedad; y en tí el renunciar por melindres á todas las ventajas que esa defensa te va á proporcionar, hubiese sido una necedad.

—Pero es el caso que si al fin parece un testamento...

—Qué ha de parecer!

—Dícese que lo tenia hecho.

—Cómo se ha de saber eso?

—Por varios testigos que se lo oyeron decir, entre ellos Benalí, amigo íntimo del difunto.

—Mienten! y así se les dice en buenas palabras, y que lo hacen por compasion, y esa que la ejerza cada cual con su bolsillo, y no para que por ella se menoscaben las leyes. Ramon, este pleito es una fortuna que se

nos entra por las puertas; pero calla, oigo pasos... en la antesala.

Efectivamente, en aquel instante se abrió la puerta, y dió paso á la hermosa y noble persona del marqués de Benalí, en cuyo rostro se advirtió un ligero tinte de inquietud y tristeza.

Gracia Lopez, agradablemente sorprendida, se deshizo en agasajos y amables quejas por el olvido en que los tenia el mejor de sus amigos; pero el marqués, con glacial cortesía, puso término á la afectada afluencia de Gracia Lopez, diciendo á Ramon que venia á hablarle sobre un asunto de interés.

—Quieres que vayamos á mi despacho? preguntó Ramon.

—Yo me ausentaré si estorbo, dijo su mujer.

—No, señora, no os incomodeis, respondió el marqués visiblemente contrariado; urge el tiempo, y solo vengo á preguntar á Ramon si puede encargarse de defender un pleito.

Ramon se sobrecogió sospechando que pu-

diese ser el mismo de que su mujer le habia hablado.

—Qué pleito es? preguntó.

—El de la infeliz viuda del mejor de mis amigos, de la noble y generosa mujer que le salvó la vida á costa de exponer la suya, y que él amaba con el mas tierno cariño. La perversa marquesa de Oropeles, al saber la muerte de su hermano, la quiere despojar de todo el gran caudal que posee, por no hallarse el testamento que á ella le consta tenia aquel hecho. Hízolo en Cádiz antes de embarcarse para Méjico, donde le llamaban cuantiosos intereses; para mas seguridad, entregóselo para que me lo confiase á mí al mas fiel de sus criados. La eficacia de éste, que no quiso desprenderse de la cartera que lo contenia, fué la causa del contratiempo; porque habiéndose dormido en la galera en que venia desde Cádiz á Madrid, se le escurrió la cartera del bolsillo y se le perdió en el tramo de Sevilla á Ecija. Todas sus gestiones por volverla á hallar han sido infructuosas. La pérdida de ese documento

sume en la mas espantosa miseria á la mejor y mas desgraciada de las mujeres.

Ramon callaba.

—¿Está usted seguro, preguntó Gracia Lopez, de que esa cartera con su contenido haya existido? ¿No podría ser que ese fiel criado hubiese mentido por fidelidad á su señora? Las personas que no son capaces de mentir no sospechan que otros puedan hacerlo; esto pudiera sucederle á usted.

El marqués miró con asombro á su interlocutora, y estuvo por contestarle que las personas que sabian mentir sospechaban la mentira aun en los mas verídicos; pero se contentó con responder:

—Señora, de la veracidad de ese hombre respondo yo.

—Buena garantía es, pero podria ser burlada la buena fé que la ofrece, repuso ella; por mí estoy persuadida de que á usted le engañan, marqués, y de que no existe tal testamento. Por lo que yo, en lugar de Ramon, no tomaria la defensa de lo que aparece claramente una superchería. Un testamento que se entrega á un criado, que no parece ni pa-

recerá nunca, porque no existe; una cartera que de puro guardada se pierde, sin que pueda darse con ella...

—Esa cartera existe y la tengo yo en mi poder, dijo Gracia Vargas levantándose y apareciendo de repente á los ojos de Alfonso como el hermoso genio del bien para hacerle triunfar de sus enemigos.

El marqués asombrado fijó sus ojos en aquella inesperada aparicion, y exclamó: —Gracia! Gracia Vargas! Ella es!

—¿Que tú tienes esa cartera? preguntó su hermano: ¿cómo puede ser eso?

—En mal hora entró en mi casa una cuñada, murmuró Gracia Lopez con reconcentrada ira.

—Hermano, contestó la interrogada, todo se explica fácilmente. El médico habia prescrito á nuestro infeliz hermano que hiciese ejercicio, y todas las tardes lo sacaba yo por el arrecife...

Dos gruesas lágrimas, atraidas por el recuerdo de su hermano, bajaron lentamente por las mejillas de Gracia, que prosiguió:

Una tarde nos habíamos sentado sobre la

yerba á la orilla del camino, cuando de repente el hermano de mi alma exclamó:—Gracia, mira lo que me he encontrado,—y me entregó una cartera. La llevé á casa y enseñé á mi padrino, que viendo que contenia papeles de interés, me encargó la guardase con cuidado, mientras él trataba de averiguar el dueño; pero tanto sus investigaciones como los avisos que se insertaron en el Diario de Carmona y en los de Sevilla, fueron inútiles: nadie reclamó la cartera, y yo seguí conservándola con el cuidado que me habia encargado mi padrino.

—Tráela, dijo su hermano.

—Qué prisa hay? murmuró su mujer fijando en su marido una mirada de reconvencion.

Gracia Vargas con su paso mesurado y su continente natural, digno y modesto, atravesó la sala, mientras los ojos del marqués fijos en ella la seguian por una atraccion tan dulce como irresistible, y con tal embeleso, que le hizo no acordarse de expresar su satisfaccion por el hallazgo que salvaba de un despojo infame á la viuda de su amigo.

En aquel momento todo lo habia olvidado Alfonso al ver aquella niña que tanto le habia interesado, convertida en la hermosa y modesta jóven que se le aparecia como la enviada de la verdad y de la justicia.

Poco después volvió Gracia con la cartera, y el marqués procuró hacerse dueño de la turbacion en que se hallaba para examinar los papeles que contenia.

—Es el testamento! exclamó. Loado sea Dios, Gracia! proseguís vuestra mision de *hermana de la caridad* contribuyendo en este instante á salvar á la desamparada viuda.

Al decir esto sorprendió el marqués en los ojos grandes, negros y expresivos de Gracia Lopez, una mirada de odio y encono dirigida á su cuñada, que le reveló súbitamente la situacion de la pobre huérfana en aquella casa.

Esta habia vuelto á ocupar su puesto; Ramon y su mujer se habian echado con avidez sobre los documentos. Entonces Alfonso se acercó á Gracia, la que fijaba sus ojos llenos de lágrimas en el Cielo. La cartera le habia recordado viva y dolorosamente á su infeliz y amado hermano.

—Gracia, le dijo con su queda y melodiosa voz; mira usted al Cielo buscando la primera estrella?

—Sí, respondió Gracia con ahogado acento.

—Recuerda usted la promesa que me hizo de acordarse del amigo de su niñez, cuando descubriese en el firmamento esa estrella, exacta imágen de un recuerdo, porque su luz es un reflejo?

—Recordaba al verla, respondió Gracia inmutada, y aun mas que inmutada conmovida por la solemnidad de la presente escena y el recuerdo de su hermano; recordaba que mi pobre hermano decia cuando aparecia á nuestra vista, que era la mirada de nuestra madre que velaba sobre nosotros.

—Pobres huérfanos! dijo con profundo interés Alfonso. Gracia, no será ya la inerte estrella la que velará: de aquí en adelante será un amigo.

## CAPÍTULO XII.

---

Cosas muy comunes son en la vida los amores, á los que hace la sabia providencia que creó el universo tanto mas poderosos y atractivos, cuanto que no los pone al nacer en los corazones, pero los inspira distantes del círculo de los propios para unir así á las familias y hombres entre sí. Porque son los amores y sus peripecias cosas tan repetidas en las novelas que cuentan la vida del hombre, omitiremos los pormenores de los de Gracia y Alfonso. Tambien quedan muy analizados y repetidos los sentimientos que inspiran y los efectos que causan, ya la envidia, ya los celos; y si ambas cosas se unen, envidia y celos, en una naturaleza como la de Gracia

Lopez, se podrá conjeturar el estado de exasperacion y despecho á que por grados la conduciria el amor respetuoso, pero franco y abierto que el marqués desde luego empezó á demostrar á Gracia, y el ver que este amor, dulce y exclusivamente admitido y correspondido por su cuñada, no solo la iba á encumbrar á una grande altura, sino que la hacia tan dichosa, que la iba hermoseando como el sol á un dia en tempranas horas empañado y oscurecido por neblinas. Gracia, que despues de errar tanto tiempo por áridos desiertos de arena, hallaba un oasis en el cariño que inspiraba y sentia, en el dulce amparo que hallaba su vida, habia perdido el aire abatido, triste y temeroso que le hacia ensimismarse y bajar su pálida frente; habia embarnecido, sus mejillas se habian cubierto del suave sonrosado de la juventud; su boca sonreía, como sonríe la inocencia á la felicidad, y sus ojos, que no habian olvidado la sentida costumbre de alzarse al cielo, la conservaban; pero ahora era dándole acciones de gracias y confiando á su madre su felicidad.

A Ramon llenaba de contento la buena

suerte de su hermana (buena suerte que por lo regular no logran aquellas que la merecen), y siempre calculador, consideraba con alegría y afan todas las ventajas que le proporcionaria á él su cercano parentesco con un hombre como el marqués; así fué que el dia en que su hermana le comunicó que Benalí la habia elegido por compañera, necesitó su talento poner un freno á su excesiva alegría para que no apareciese ridícula, y se deshizo en demostraciones de cariño con ella, parte por amor á ella misma, parte por amor á sí propio.

Gracia Lopez siempre se habia burlado de esos amores, asegurando á su marido que su hermana, que era una criatura sin mundo, sin saber y sin trato, se las prometia felices sin causa sólida; que tomaba por dinero contado cuatro cumplidos que le hacia un hombre fino y galante, y que ya veria cómo el dia menos pensado, por cualquiera asunto que ocupase más su atencion, dejaria el marqués de venir, sin acordarse ya de lo que solo habria sido para él un mero pasatiempo.

Ramon oia todo esto con impaciencia y disgusto, sin poder combatir tales asertos con razones sólidas, y porque, como es sabido, en sus altercados siempre lleva la ventaja la malicia á la buena fé. Así fué que aquel dia entró Ramon en el cuarto de su mujer, cuyas burlas y falsas profecías se complació en anonadar con la misma sorna y acritud que ella habia gastado hácia su hermana, participándole que Gracia le habia confiado la intencion del marqués de unirse á ella.

Su mujer, pálida de envidia y despecho, le dejó concluir, y se contentó con decirle:

—No lo creo.

Esta sostenida incredulidad era tan ofensiva á su hermana, que Ramon volvió la espalda con un gesto de profundo desden, y salió del cuarto indignado.

## CAPÍTULO XIII.

---

Al dia siguiente, despues de comer, se hallaban reunidos delante de la chimenea, Ramon, que ocupaba una butaca, su mujer, que ocupaba la del lado opuesto, Gracia Vargas, que no lejos de su cuñada bordaba á la mano á la espléndida luz de un reverbero colocado sobre un velador, y junto á éste un convidado á quien Ramon trataba con una franqueza exagerada, que sabia refrenar cuando el amigo con quien la gastaba era persona de buen tono. El caballero que ocupaba este puesto, era rico.

Estamos en la era de la publicidad, parte por el *métomo en todo* del periodismo; parte

por el cinismo que la falta de dignidad de nuestra época tolera; parte por la malevolencia de los que descubren y publican, ponderándolas, las maldades ajenas, creyendo sin duda que por vituperarlas en otros se les tendrá por completamente exentos de ellas. No obstante, hay arcanos que no es dado descubrir del todo, y que el mismo cinismo, si bien no por vergüenza, oculta por temor. Tales son muchas fortunas salidas de repente como del fondo del mar, que con su pródiga y rica vegetacion se ostentan sobre su superficie como islas flotantes. A estas pertenecia la de D. Arturo Rico, hijo de un sacasillas y metemuertos de un teatrillo, cuyos antecedentes formaban un *quotlibet* de naipes, de agencias secretas, de desfalcos, jugadas de bolsa y falsificaciones, harto extraño y repugnante. Ramon le habia defendido hábilmente en alguno de sus lances elevado á los tribunales. D. Arturo le habia pagado espléndidamente su trabajo, y de ahí nacia la intimidad que entre ellos reinaba, y que D. Arturo queria asentar sobre mas sólidos cimientos, casándose con Gracia Vargas.

Para alcanzar su propósito contaba con un celoso auxiliar, y este era Gracia Lopez, que escudaba la dañina intencion de casar á su pobre cuñada con un hombre desacreditado, despreciable y antipático además á su noble y delicado ser, con la frase vulgar y moderna *es un buen partido*.

Pero Ramon, que aunque contaminado con los vicios de su época, era bondadoso y amaba á su hermana, se oponia decididamente á tan desigual union. D. Arturo, sentado en el espacio que habia entre la mesa de velador y la butaca en que estaba medio tendido y soñoliento Ramon, trataba de anudar una conversacion con aquella, cual la oruga que busca la senda para llegar á una alta y blanca azucena; pero no podia lograrlo, porque Gracia, sin altivez, pero con severa decision, sabia mantener íntegra la gran distancia que desde luego habia puesto entre ellos.

—¿Querrá usted creer, dijo Gracia Lopez, que mi cuñada pueda constantemente echar de menos y preferir á esta buena chimenea la mesa de nagüillas cubierta del hule que

tenia en Carmona, y á este espléndido reverbero su velon de pantalla verde?

—Muy poco creible es en efecto, contestó D. Arturo, y sólo si Gracia me lo afirmara le daria entero crédito.

—Puede usted dárselo, pues, dijo Gracia sin levantar la vista de su bordado.

—Extravagancias románticas, opinó Gracia Lopez.

—Puede que sea el encanto que tiene lo que es propio, repuso D. Arturo, y en tal caso si estos cómodos objetos fuesen de su propiedad, tendrian para ella el mismo encanto que conservan en su memoria aquellos otros de Carmona.

—No señor, repuso Gracia Vargas, que conoció que callando podria parecer que otorgaba; el encanto que tuvieron aquellos no lo pueden tener para mí ningunos otros, pues consistia en la presencia de la madre de mi alma, del hermano de mi corazon y de mi querido y buen padrino.

—Esos cariños se reponen con otros cuando una no es obstinada y no cuenta con un apoyo que puede faltar, dijo Gracia Lopez.

Su cuñada no contestó, pero inclinó aun más sobre su bordado su rostro pálido de indignacion; mas de repente brillaron sus ojos, sus mejillas se cubrieron del carmin del corazon, su rostro se iluminó como un aposento oscuro cuyas ventanas se abriesen súbitamente á la luz del sol, porque en este momento se abrió la puerta y apareció el marqués de Benalí. Apenas le vió D. Arturo, se puso de pié, y mientras Ramon hacia otro tanto para ir al encuentro de su amigo, se despidió aquel de Gracia Lopez, que en vano le instó para que permaneciese.

Cuando se hubo retirado dijo el marqués dirigiéndose á la dueña de la casa:

—Espero, señora, que no extrañará usted que anticipe hoy la hora en que suelo venir á su casa; supongo que Gracia le habrá dicho que ya no vengo á ella solo como una visita ni como un amigo, sino que vengo como un hermano.

Ramon dirigió á su mujer una mirada de triunfo, y no pudo menos de extrañar lo demudado de su semblante y la expresion

de encono y tédio que en él se dibujaba.

Benalí ocupó el sitio que habia dejado vacante D. Arturo, habiendo rehusado la butaca que le ofrecia Ramon, y decia á media voz á Gracia:

—Para cuándo has fijado la boda?

Gracia no contestó.

—No respondes ? tornó á preguntar Benalí; qué dispones?

—Yo no estoy acostumbrada á disponer ni sé hacerlo, respondió ella.

—Pues necesario es que te acostumbres, porque lo has de hacer siempre de aquí en adelante, repuso el marqués.

—¿Sabe y aprueba este enlace la marquesa, sin cuya aprobacion dice usted que no quiere hacer nada? le preguntó Gracia Lopez.

—La prevé y la desea, repuso Benalí, y cuando mañana vaya á Aranjuez, donde se halla, á participarle mi alegría por haber acogido Gracia mi peticion favorablemente, sé que será grande la suya.

—Como Gracia no tiene dote, ni herencia alguna en perspectiva,... objetó su cuñada.

—Señora, respondió con algun desden el

marqués, hasta hoy eran esas objeciones desconocidas en España, y mi madre pertenece á la generacion anterior á la nuestra. Mi madre, así como yo, buscamos el valer dela persona en su mérito y prendas personales, en sus antecedentes y los de sus padres, en el amor, simpatía y aprecio que sienta é inspire, en su virtud, en su dignidad y buenos principios: con cuyas cualidades pueda ser la honra de los hijos que tenga y el orgullo de su marido.

Gracia Lopez herida, sin que hubiese sido la intencion de Benalí herirla, iba á contestar, cuando Ramon, temiendo con razon que lo hiciese de una manera inconveniente, dijo riéndose á su amigo:

—Vamos, Alfonso, para que quedase tu pulcritud completamente satisfecha, seria necesario que naciese y se criase una mujer libre de toda culpa, hasta de la original, como María Santísima.

—No pretendo imposibles; pero te confieso que tu noble padre y tu santa madre forman una aureola admirable á tu incomparable y pura hermana, así como la cubre á los

ojos de todos cual de una nube de incienso el epíteto de *buena Gracia* con que la voz general la calificó.

El recuerdo de este epíteto que iba unido al de *mala Gracia* aplicado á la otra, cuyas mejillas se pusieron encendidas y cuyos ojos echaron chispas, no solo hirió á ésta, sino al mismo Ramon, que dijo con algun despique:

—Los epítetos que se dan á los niños no solo no pueden serles aplicados cuando grandes, sino que suelen estar basados en defectos ó calidades que luego el tiempo desmiente. Recuerda que en la escuela te pusieron por nombre *Alfonso mírame y no me toques*, á causa de tu susceptibilidad y entono, lo que ahora por cierto no te cuadraria.

—Puede, contestó Alfonso riendo, que algo de ello, modificado por la razon y la experiencia, me haya quedado; pero lo que sí es cierto y forma mi gloria y encanto, es que á tu hermana le cuadra ahora como antes, ó más que antes, el dulce sobrenombre que le pusieron cuando niña.

—Conozco, dijo gravemente Ramon, que

todo hombre honrado y digno debe dar un valor grande á la opinion pública, que forma la reputacion; pero asimismo estoy persuadido de que cuando esta veneracion á una cosa que se puede llamar noble y santa se exagera, se torna en culto ó en ídolo, y confesarás que en este exceso tiene mas parte el orgullo que el pundonor.

—Me resigno á tu fallo, contestó el marqués. Como hoy dia ha desaparecido el *orgullo señor*, y lo veo reemplazado por la grosera soberbia y la ridícula vanidad, elegiré el primero, que me apartará de los dos últimos.

—Y todo lo sacrificarias ciegamente á tu ídolo como tosco é inculto romano?

—Todo, recalcó el marqués.

—Jesús! exclamó Gracia Vargas, poco sé de las cosas del mundo, pero confieso, Alfonso, que èse *todo* que ha lanzado usted como un proyectil, cuyo alcance y cuyo estrago no puede graduar, me ha sobrecogido é impresionado mal, como lo haria un acorde falso en una bella sinfonía.

—Pues á mí me ha causado un efecto opuesto, dijo Gracia Lopez, en cuyos ojos

negros brilló un repentino júbilo como el relámpago de la tempestad, porque lo hallo lógico y consecuente con la manera noble y digna de ver las cosas, propia del marqués. El que como el señor se ha propuesto vivir en un palacio de cristal, no puede ni debe sufrir que nada lo empañe, porque entonces sus pretensiones serian ridículas. Las gentes despreocupadas no tienen tales pretensiones, y si las toleran en otros es en cuanto estos las puedan sostener con la frente muy erguida. Así es que dice bien el marqués: para no asemejarse á los que patullan en el barro, es necesario sacrificarlo todo á la invulnerabilidad de la buena opinion; y no puede menos de llamarme la atencion y de causarme extrañeza que tan mal te impresione á tí, Gracia, la noble declaracion del marqués; das pábulo á que se pueda falsamente imaginar que tienes motivos para negar su importancia al qué dirán.

Gracia Vargas habia escuchado cuanto habia dicho su cuñada con la instintiva repulsa con que las almas rectas, puras y sensatas, rechazan los sofismas (que son en el

raciocinio lo que los albinos en la humanidad, blancos, nacidos de padres negros), sintiendo y demostrando su semblante el disgusto que se experimenta cuando se ve inducir al que equivoca una senda á proseguir en ella; pero al oir las últimas palabras de su cuñada, levantó su serena frente y respondió:

—Dije mi opinion porque entendí, y entiendo, que esa frase *sacrificarlo todo* no se puede aplicar en toda su latitud sino al deber.

## CAPÍTULO XIV.

---

Benalí habia anunciado que iria al siguiente dia á Aranjuez, en donde se hallaba su madre, y fijado el dia de su regreso; pero este dia llegó y Benali no vino, y llegó el siguiente, y tampoco pareció.

La pobre Gracia empezó por extrañarlo é inquietarse, y acabó por afligirse, porque la felicidad era para la pobre huérfana demasiado nueva é inusitada para que pudiese confiar en ella.

Al tercer dia, cuando á la noche estuvieron reunidos, preguntó Ramon á su hermana:

—Te ha dado aviso Alfonso de la causa de su ausencia?

—No, hermano mio, contestó Gracia; y

darse ese enamorado de tu hermana ¿irias acaso á dar un escándalo, que además de no remediar nada, la dañaria á ella grandemente y te cubriria á tí de ridículo en la era presente, en la que los Quijotes no están de moda? Al saber sus allegados su intento (si es que lo ha tenido y se lo ha comunicado), le habrán disuadido de él, le habrán propuesto una novia millonaria que le tenga mas cuenta, y cátalo ahí. No existen papeles ni otras razones que le puedan comprometer, sino frases y palabras que se pueden negar ó atribuir á bromas.

—Verdad es, repuso indignado Ramon, que no liga al marqués á mi pura y sencilla hermana pacto alguno, sino meras palabras; de modo que si se casa con ella, como creo que sucederá, será por el aprecio que le merece, por el verdadero y profundo amor que la tiene, por la dulce certeza de que le hará feliz, no siendò, como á otros desgraciados acontece, por compromiso, ni tampoco por ventajas que le pueda traer.

—Como que no aspira á ser diputado ni tiene Gracia padre que se lo pueda propor-

cionar, repuso incisivamente su mujer. Tú crees que ese D. Infulas se ha de casar con tu hermana porque todo se lo merece esa *mosquita muerta?* Apostemos que nó? Apostemos.

—En breve lo hemos de ver. Con las mujeres honradas no juegan sino los malvados, y Alfonso no lo es. Cuando los veas casados quedará confundida tu malevolencia, y cuando además los veas felices podrás convencerte de cuánto más lo es el hombre que une su suerte á aquella que mereció el epíteto de *buena*, que no aquel que la unió á la que mereció el epíteto de *mala*; y Ramon salió cerrando con violencia tras sí la puerta.

Su mujer le siguió con sus ojos negros, en los que ardia, como arde una hoguera en la noche, la ira y el coraje, mientras que, formando extraño contraste, vagaba por sus labios una sonrisa de satisfaccion y triunfo.

La ausencia del marqués se prolongaba. Ramon fué á su casa á preguntar por él y se le contestó que no habia regresado; y á los pocos dias se supo de público que el marqués

de Benalí habia salido con una comision del gobierno para una corte extranjera.

Gracia Vargas, con el decoro y modestia de su noble ser, reprimió las muestras exteriores de su agudo dolor; no lloró, no se quejó, no estuvo ni pretextó estar enferma para entregarse á él. Solo se la vió mas callada y mas metida en sí que lo habia estado antes.

Su cuñada la observaba con malévola intencion, y aunque no se le ocultaba cuánto sufria, dijo un dia á su marido:

—Poco queria tu hermana al marqués, y así bien ves que no ha sentido gran cosa el fin de sus relaciones. Tu hermana es fria como una lechuga, y lo que queria era ser marquesa; y puesto que esas uvas están verdes, lo que debe hacer ahora es querer ser rica, y para eso que se case con D. Arturo, que acaba de tomar de una mala deuda una hermosa carretela con dos yeguas normandas, y se paseará en coche como una duquesa. Te he dicho ya antes de ahora que trates de persuadirla á que consienta en ese casamiento, que para ella es una buena suerte. Si antes

no queria porque le tenia el marqués trastornada la cabeza, puede que ahora se mire mejor en ello.

—Y yo, respondió Ramon, te tengo dicho antes de ahora, que no sólo no influiré en mi hermana para que se case con ese hombre, sino que si fuese capaz de pensar en ello, me opondria á su determinacion cuanto pudiese.

—¿Y si se aferra esa vana en aguardar á otro marqués, que no vendrá?

—Hará lo que quiera, mi hermana es libre en mi casa.

—Y si no le halla ¿tendremos toda la vida en casa esa pejiguera?

Nada pudo contestar Ramon, porque en este instante entró Gracia, á cuyos oidos llegaron las palabras de su cuñada; pero hizo como si no las hubiese oido, sonriendo con sincero cariño á su hermano.

## CAPÍTULO XV.

---

Algun tiempo después recibió D. Manuel la siguiente carta de Gracia:

«Mi querido padrino: muchas veces habia oido hablar de hombres que dicen á las mujeres que las quieren sin quererlas, y que hallan un placer en captarse su cariño para abandonarlas luego con la mayor indiferencia. Estas como otras cosas las habia oido sin poderme persuadir de que fuesen ciertas, ó á lo menos las creia excepcionales y propias de almas dañadas como las que cometen otras maldades. ¿Cómo habria podido yo sospechar cosa semejante en el marqués de Benalí, en ese modelo (que por tal está reputado) del buen caballero! Y sin embargo, querido pa-

drino, esto es lo que acaba de hacer aquel jóven en quien usted creyó descubrir durante su primera juventud tanta nobleza y tanta formalidad. Un dia, en cuya víspera me habia pedido á mi hermano con el mayor cariño, dejó de venir sin mandar una disculpa, sin dar una razon. Mi hermano fué á preguntar por él á su casa y se le dijo que no habia vuelto de su excursion; y á los tres dias partió para el extranjero. Mi cuñada, muy afanosa para que mi desaire no se trasluzca, me quiere casar con un señor rico, amigo de mi hermano, que es tan tosco como grosero. Mi hermano no quiere, por causa de sus malos antecedentes, lo que por fortuna me evita á mí dar una negativa á mi cuñada con mas indignacion de lo que convendria, pues hasta ahora he guardado con ella el silencio que usted me recomienda, y solo tengo que acusarme de que si bien en este silencio han entrado la obediencia á sus santos consejos y la prudencia, ha entrado tambien algun desden. Siempre ha de mezclarse con algo de malo lo poco bueno que hacemos!

Confesaré á usted con vergüenza, que en

los primeros dias me dejé dominar enteramente por la violencia de un acerbo dolor; pero ya me he hecho dueña de mí misma, como lo verá usted por el contenido de esta carta. Usted me decia en su última, al celebrar la noticia de mi casamiento (la que supo usted tarde por haberse perdido mi primera carta), que ya conoceria por qué razon me aconsejaba usted algun tiempo antes el diferir mi entrada en las Hermanas de la Caridad, pues visto estaba que Dios me habia querido para casada. Ahora digo á usted, padrino, que para lo que Dios me quiere es para su santo servicio en la persona de sus pobres y desvalidos, y que aseguro á usted con toda la energía de mi voluntad, que nunca me casaré, y usted sabe que en mí todo es constante. No puede mortal alguno ocupar en mi corazon el lugar que ocupó Alfonso, ni nadie, ni aun él mismo, podria curar la herida que he recibido. ¿No es cierto, mi querido padrino, que existe en la mujer una dignidad natural, que sin estar reñida con la modestia la aparta de toda debilidad y bajeza? Pues esa dignidad me aparta para

siempre del hombre que así pudo pagar un cariño que me inspiró con falsía, y me apartará igualmente de esta palestra cínica y misteriosa á un tiempo de las pasiones humanas, con la que hacen mala liga las personas sinceras, rectas y de buena fé.

No crea usted que hablo con acrimonía. No la tengo; lo que me ha sucedido es, como dice mi cuñada, demasiado cotidiano para que me pueda quejar. Así, si usted no se opone cruel y decididamente, entraré en breve en el Hospital, para lo cual he dado algunos pasos. Muchas razones hacen que no pueda permanecer por mas tiempo en esta casa, en la que sufro de un modo cruel sin que aproveche á mí ni á nadie. Por Dios, no se oponga usted á mi firme determinacion, ni me ponga en el caso extremo de faltar, desatendiendo su parecer, al respeto y obediencia que le debe esta su humilde ahijada y s.s.q.s.m.b.

Gracia Vargas de Toledo.

## CAPÍTULO XVI.

Dos años pasaron. Ninguno de los eventos que hemos referido, de tanta trascendencia en la vida de las personas que hemos presentado, habia llamado la atencion del público. La travesurilla del marqués de Benalí habia sido al principio motivo de risa y solaz en los cafés y casinos; luego habia caido, no en el Manzanares, sino en otro rio mayor que corre por el mundo entero, el Letéo.

Busquemos empero á nuestros personajes, aunque muy distantes unos de otros.

Al marqués le hallamos en una corte extranjera, fino, digno y elegante como siempre; pero á la sonrisa alegre y benévola que hermoseaba su rostro y que le daba un aire

juvenil que atraia, ha reemplazado una sonrisa escéptica y fria que le envejece. Es una rosa marchita que ha perdido su frescura y perfume, conservando solo las espinas. Las señoras de buen tono advierten con extrañeza que el tema favorito de su conversacion es la sátira contra las mujeres, en la que invierte todas las sales de su ingenio, y notan en él el vulgar afan de anatematizar la hipocresía, haciendo de ella el blanco de todos sus tiros, reforzados con la enorme falange de lugares comunes que desde hace un siglo se han aglomerado en pos de Tartufe intentando hacer á la religion su cómplice. Para los que le observan de cerca es seguro que el orgullo y algun otro sentimiento agarrotado, pero no muerto, luchan en su corazon y amargan su vida. Hay en él, dicen, un lleno que le oprime y un vacío que le desquicia.

De la casa de Ramon Vargas de Toledo habia huido, no solo el poco contento y la aparente paz que en ella hubo algun dia, sino hasta la esperanza. Su mujer yace en su lecho víctima de un horroroso cáncer. Varias crueles

operaciones ha sufrido sin que hayan logrado curar un mal que está en la masa de su sangre. Sus crueles é incesantes padecimientos han agriado su genio á tal punto que todas las criadas que sucesivamente han venido á asistirla se han despedido, no pudiendo soportar ni moral ni físicamente la asistencia que se les exige. El aseo extremado que necesita este mal está desatendido, lo que le agrava y emponzoña el ambiente. Su marido, víctima como los demás de la exasperacion de una mujer que ni ama ni respeta nada, y al que por otro lado sus negocios apremian, hace lo que debe en poco tiempo y con un interés en que entra más la humanidad que el cariño; dispone juntas, busca asistencia, derrama dinero, pero ansía por alejarse de aquella mujer que fué fresca y hermosa y es un espectro, que fué cariñosa y es una furia, que seducia y ahora rechaza y hace huir.

No sabiendo qué hacer ni de quién valerse, Ramon se decidió á mandar venir una hermana de la caridad, lo que no dijo á su mujer, seguro de que se hubiese opuesto.

Cuanto tenia carácter religioso le causaba desvío, aumentándose éste, como suele suceder, á medida que mas gravada sentia su conciencia. Veia desvanecerse cuanto el mundo seductor le habia brindado, cuantas satisfacciones la vanidad le habia ofrecido; y qué le quedaba? nada. Vacío al rededor de sí, vacío en su interior, en su alma, en su corazon...

Y no obstante, la fortuna habia favorecido á Gracia Lopez, á Ramon y á Alfonso, hasta que la enfermedad de aquella puso término á sus goces y prosperidades. Habian hecho los tres lo que habian querido y logrado lo que habian deseado; las circunstancias no habian influido en su suerte ni doblegado su voluntad; ellos habian sido los dueños de las circunstancias, ellos las habian creado.

Pero busquemos á la pobre criatura esclava y víctima de ellos. Gracia Vargas atiende plácida y sosegada á sus penosos quehaceres en el hospital. Ha embarnecido á pesar de ellos, y la inalterable serenidad de su precioso y distinguido rostro muestra á las claras que hay para la criatura una clase de felicidad

fuera de las condiciones en que los hombres la colocan y solo la creen posible, felicidad tranquila que olvida el recuerdo por la esperanza, lo presente por lo venidero, lo temporal por lo eterno. Pero esto el mundo lo niega, como el ciego niega la luz, ó lo que es peor, como el que vé y niega lo que vé.

Es una sencilla verdad (y asombra que sea contestada) que es necesario despojarse de las cosas que envenenan y martirizan nuestra existencia como una túnica de Dejanira, y vestir la túnica del sacrificio para poder devolver la paz al alma y curar las heridas del corazon.

Cuando Gracia se enteró de que era en casa de Ramon donde se requeria la asistencia de una de las hermanas, se apresuró á suplicar á la superiora que fuese á ella á quien se encargase esa mision: lo que le fué concedido.

Gracia Lopez estaba en uno de sus accesos de exasperacion. Se habia quejado á su marido de la mala asistencia que tenia y del abandono en que se hallaba. Ramon, cansado ya de repetirle que habia hecho

cuanto humanamente era dable para evitar el extremo de no tener quien la asistiese (lo que era debido á que á todas cuantas habian venido á asistirla las habia alejado su carácter violento y exigente), añadió que habia escrito á la superiora de las Hermanas de la Caridad, rogándole que enviase alguna hermana en las circunstancias apuradas en que se hallaban. Gracia Lopez, que era la oposicion personificada, y que á todo por regla general empezaba por oponerse con violencia, lo hizo á la determinacion de su marido con desesperado coraje.

—Pues qué, exclamó ¿es mi casa un hospital para que vengan esas desechadas á prestarme sus rutinarios cuidados y su fria asistencia? A lo que vendrán será á mandar en lugar de obedecer, y á predicar dormidas en vez de velar calladas. No, no quiero que se me acerquen. No quiero verlas; me oyes?

## CAPITULO XVII.

---

En este instante se abrió la puerta y se presentó Gracia Vargas á los ojos de Ramon y su mujer, con rostro sereno, en el que se dibujó al ver á su cuñada la mas tierna compasion. Ramon lanzó un grito de júbilo y corrió á abrazarla.

—Esto era lo único que me faltaba! exclamó Gracia Lopez. Vete! vete de mi casa! Te saliste de ella sin pedir licencia ni parecer á nadie, y tras la emancipada jóven se cerró mi puerta para no volver á abrirse viviendo yo! Aguarda á lo menos que muera para venir á engatusar á tu hermano con tus hipocresías y á tomar posesion de ella!

—Gracia, pobrecita, yo no vengo á tomar

posesion mas que de la cabecera de tu cama para asistirte, á lo que estoy obligada como hermana de tu marido y por el instituto de la órden á que tengo la dicha de pertenecer. Te prometo, Gracia, que si no acertase á contentarte, si mi asistencia no te satisficiese, regresaré al hospital en el momento que me lo indiques y hayan ustedes encontrado quien me reemplace; pero hasta tanto, te ruego, hermana, que no me despidas y tenga que alejarme de tí con el desconsuelo de dejarte sin asistencia.

Diciendo estas palabras Gracia Vargas, se habia quitado el velo de lana negro en que venia envuelta, lo habia doblado y colocado sobre una silla, y empezó á poner órden en aquella alcoba, en que estaba tan desatendido el órden como el aseo. Llamó á una criada de la casa, tosca y desabrida, la que guiada por ella con buenas y suaves maneras, fué prestándose cada vez con mejor voluntad á cuanto le fué indicado. Entre ambas, y con el mayor cuidado, arreglaron y renovaron el lecho en que yacía la enferma, á pesar de su resistencia y exasperacion.

—Vienes á coronar tu obra de hipocresía, exclamaba esta, ofreciéndote á prestarme asistencia, cuando en realidad solo vienes á gozarte en verme padecer.

—No hay, Gracia, hipocresía en prestarte los servicios que desde dos años presto á los pobres del hospital: es mi destino, y obligacion que con todos cumplo con gusto y celo; cuánto más no lo haré con la mujer de mi hermano. No soy una fiera para gozarme en tus padeceres, pues á lo que vengo es á aliviártelos en cuanto me sea posible: ¿qué motivos me llevarian á tal necedad?

—El aborrecerme, de lo cual me has dado mil pruebas.

—Cuáles han sido?

—Primero, que no hubo medio de hacerte venir al lado de tu hermano cuando quedaste huérfana, y eso no podia tener mas causa que el no querer vivir á mi lado.

—Sabes, Gracia, que mi infeliz hermano menor estuvo mucho tiempo imposibilitado de ponerse en camino.

—A poco de haber llegado, como para ostentar todo tu desvío hácia mí, rehusaste un

ventajoso y lucido porvenir, y te fuiste sin consentimiento de nadie á hacerte la interesante á un hospital.

—No necesitaba ni aun el del tutor que me dió la última voluntad de mi madre, puesto que habia entrado ya en mi mayor edad. No obstante, se lo pedí y lo obtuve: tienes mas cargos que hacerme?

—Oh! muchos, los suficientes para que te aborrezca y me sea insufrible tu presencia.

—Pues te prometo alejarme en el momento que haya encontrado Ramon quien me reemplace en tu asistencia.

En este momento entró el cirujano para hacer la cura á la enferma. A pesar de lo acostumbrada que estaba Gracia á presenciar males espantosos, se quedó horrorizada de ver la extension y profundidad del cáncer que devoraba todo el lado derecho de la enferma extendiéndose debajo de su brazo y profundizando hasta las costillas. Pero pudo reprimir su emocion con el hábito y valor que habia adquirido en el ejercicio de su santo y admirable ministerio; fuerzas y valor superiores á las facultades físicas de la mu-

jer; pero no á los ángeles que guian y sostienen á estas heroinas de la caridad.

El cirujano celebró con entusiasmo la ayuda que le prestaba Gracia á él y la que en su ausencia prestaria á la enferma, á la que dió la enhorabuena pronosticándole que con tal asistencia sus sufrimientos serian menores. El natural egoismo de los enfermos triunfó entonces del repulsivo y envidioso tedio que inspiraba su inocente hermana á aquella mala alma, y Gracia permaneció á su lado. Por muchos dias sufrió los desvíos y malos tratos de su cuñada, que poco á poco, merced á la paciencia de Gracia y al beneficio que recibia de su asistencia, se fueron templando. Por fin un dia en que cansada de quejarse y agitarse violentamente, habia quedado rendida y exhausta la enferma, dijo Gracia á su cuñada al ver que volvia de su paroxismo:

—Hermana, quieres que roguemos á Dios y á su bendita Madre para que te envíe conformidad y con ella la tranquilidad de espíritu?

—Oye, repuso volviéndose á agitar la en-

ferma; aguarda á que el médico declare que es tiempo de prepararme, para venir á fatigarme mas con tus beaterías. Eso me lo estaba yo temiendo desde que te vi llegar; no podia faltar, la hipocresía habia de salir á relucir, aunque con las tales mogigaterías empeores mi estado y exacerbes mis fatigas.

—Hermana, repuso su enfermera, al proponerte que roguemos á Dios he pensado mas que en nada en tu estado físico, pues si te otorga tranquilidad de ánimo, ella mas que ninguna medicina ha de templar la excitacion de tus nervios y la irritacion de tu sangre, y tú misma juzgarás, si Dios nos oye, del alivio que sentirás. Mira, añadió poniendo á los piés de la cama un cuadrito, aquí está la Santísima Vírgen de Gracia, tu patrona y la mia: no nos negará ella su misericordiosa intercesion, la que vamos á pedirle ambas.

Diciendo esto, Gracia Vargas se arrodilló ante la Santa Imágen y empezó á rezar.

Gracia Lopez, por malvada que fuese, por olvidados que tuviese los principios santos de la religion, habia sido bautizada, criada y confirmada en ella, y la comprendia.—El

timbre superior de la religion de Cristo conservada sin bastardear en su Iglesia, es, no el preservar de la culpa al hombre que nada pone de su parte, sino el dejar en su conciencia el conocimiento del mal, y de esta suerte hacerle posible el arrepentimiento, sola y única rehabilitacion del prevaricador, solo y único medio de alcanzar el divino perdon; y por eso el católico implora para sí y pide para los demás el perdon de sus pecados para alcanzar *una buena muerte*, esto es, que el que va á comparecer ante el supremo tribunal lleve consigo ese arrepentimiento, esa protesta contra la culpa, ese divorcio con la impiedad que solo pueden alcanzar el misericordioso y divino perdon. A cuántos pecadores contritos y fervorosos, libres del orgullo que perdió á Luzbel, habrá consolado el Señor en su divina Eucaristía, recibida en el Viático, como á Dimas, con estas dulces y consoladoras palabras: «Hoy serás conmigo en mi reino!» Mas ¿puede acaso dirigirse esta promesa de misericordia á la impenitencia final, al suicidio del alma?

—Madre mia de Gracia! proseguia la su-

plicante, salud de los enfermos, consuelo de los afligidos, ten compasion de esta tu hija, bautizada con tu santa y bendita advocacion en tu sagrado templo! Mediadora nuestra, alcánzale la salud si le conviene, y si nó obtenle al menos algun alivio en su padecer, y sobre todo paciencia y conformidad para soportarlo con la santa resignacion y mansedumbre de que el Señor, y tú, Madre mia, nos habeis dado ejemplo!

Varias veces, durante la oracion de Gracia, habia salido de los cárdenos labios de su cuñada la dulce exclamacion de *¡Madre mia!* no traida á ellos por la rutina tan genuina, general y extendida en la católica España, sino salida del fondo de su corazon como el espontáneo suspiro del enfermo que despierta de un pesado sueño. Gracia seguia arrodillada, y con voz cada vez mas sentida y fervorosa prosiguió implorando al Señor con un acto de contricion que de esta suerte concluia:

Para enmendar lo pasado
y perseverar resuelto
en vuestro santo servicio,
lo ruego con tanto afecto,

que hasta la muerte la pido
y hasta la muerte la quiero,
por no llegar á ofenderte
manso Jesús, dulce Dueño.
Esto pide un corazon
todo en lágrimas deshecho,
por culpas que ha cometido
sin saber lo que se ha hecho.
Misecordia, Dios mio!
piedad, divino Cordero!
que el corazon á pedazos
parte el dolor en mi pecho.
¡Ay! quién pudiera aliviarte
de ese tan duro tormento,
tomándome yo la carga
que justamente merezco.
Pero ya que es imposible
aliviarte, dulce Dueño,
confesaré mis delitos
en mares de sentimiento!

Al repetir esta última plegaria prorumpió la enferma de repente en un copioso llanto.

—Pobre hermana mia! dijo la suave hermana de la caridad abrazándola.

—Perdóname, Gracia! perdóname, inocente! perdóname, bendita! exclamó la enferma.

—Calla, hermana, calla ó me alejo; me

vas acaso á pedir perdon por las impertinencias tan naturales en los enfermos? Demasiado pocas tienes para lo que padeces, pobrecita mia!

—Demasiado poco padezco para lo que merezco! repuso la enferma redoblando su llanto.

—Ese es un pensamiento cristiano, hermana mia, dijo con suave gozo Gracia Vargas, y ya notas el favor y gracia que la santa Madre que hemos invocado te ha conseguido; pero no te debe apurar, sino consolarte.

—Si tú supieses!... prosiguió la enferma.

—Tus culpas? si tú supieses las mias! cada cual tiene que implorar por ellas misericordia y perdon. Pero calla, no te agites más, calla, te lo pido y te lo mando. Levanta tu corazon á aquel que los purifica y consuela.

Desde aquel dia la enferma, resignada y paciente, todo lo sufrió con inusitada mansedumbre, demostrando á su cuñada una gratitud exaltada y un cariño triste que se deshacia frecuentemente en lágrimas.

—Eres una santita, decia Ramon á su hermana en los pocos momentos que podia ha-

blarla fuera del cuarto de la enferma; una santita que hace milagros.

—Milagros yo! á qué aludes?

—Al cambio verificado en Gracia, que hace poco era una furia y la has convertido en manso cordero.

—Verdad es, Ramon, que es un milagro, pero no hecho por mí.

—Pues por quién?

—Por la Vírgen de Gracia, Ramon.

## CAPÍTULO XVIII.

---

Un dia entró Ramon en el cuarto de su mujer, y la halló en un estado de gravedad tal, que la habrian mandado administrar los facultativos á no haber ella misma solicitado dias antes prepararse y que le trajesen un confesor. La mansedumbre admirable que habia adquirido y que en su progresivo padecer conservaba, el cariño humilde que tanto á él como á su hermana demostraba, habian hecho que Ramon se apegase más á ella y permaneciese mas tiempo á su lado. En la clase de mal que llevaba á Gracia al sepulcro, es sabido que la cabeza no padece y que se conserva el entendimiento

claro y sin ofuscacion hasta el último momento.

Ramon estaba preocupado. Su hermana, atendiendo exclusivamente á la enferma, no lo notó; pero esta le preguntó con débil voz:

—Ramon, qué tienes?

Ramon contestó al punto:

—Acabo de encontrar al marqués de Benalí, no sabia su regreso, y la sorpresa unida á mi resentimiento me ha trastornado.

La escasa luz que habia en el cuarto y su misma preocupacion, impidieron á Ramon notar dos cosas que ambas le hubiesen sorprendido igualmente. La primera fué que el nombre del marqués no causaba en su hermana ninguna impresion, y la otra, la mucha que causó este nombre en la moribunda.

A la mañana siguiente el aspecto del cuarto de la enferma era lúgubre. La noche habia sido espantosa. Ramon se habia alejado lleno de horror. Las criadas no se atrevian á entrar en el cuarto, porque la enferma causaba el mismo miedo que un cadáver frio é inmóbil,

pero aún con vista en los ojos y palabras en sus blancos labios. Solo Gracia, agitada y trémula á pesar de estar acostumbrada á ver muertes, agonías y horrores, continuaba inseparable de la cabecera de su cuñada. Esta pocos momentos ántes habia sido administrada, y después se habia ausentado su confesor para evacuar un encargo que la moribunda le habia hecho.

—Y Ramon? preguntó con mas tristeza aún que extrañeza la enferma.

—Ha ido, contestó con embarazo su hermana, á una subasta del gobierno; le era humanamente imposible faltar á ella por ser el representante de casas extranjeras y poderosas: comprenderás, hermana, que tales intereses no se pueden abandonar.

—Oh sí! lo comprendo, repuso Gracia Lopez; los intereses materiales tienen hoy sobre todos los demás la preferencia. ¿Cómo podria quejarme de eso yo que hasta hace poco he seguido la misma doctrina? Cómo me quejaria de que no exista un amor y un apego que no he sabido ni me he esforzado en conservar?

Un triste y solemne silencio reinaba en

aquella habitacion. La administrada parecia descansar dando gracias.

Su cuñada, hincada de rodillas entre la pared y la cama, oraba, lloraba y ocultaba sus lágrimas apoyando su frente sobre los colchones de la cama.

Este silencio fué interrumpido por el confesor, que abrió la puerta y dijo:

—Hija, aquí está la persona que deseábais ver: dicho lo cual se retiró y cerró la puerta.

La persona que habia introducido el sacerdote, que era el marqués de Benalí, venciendo el asombro que le causaba el contemplar á aquella mujer que dos años antes habia visto tan hermosa y arrogante y llena de vida convertida en un inmóbil y espantable esqueleto, y dominando por compasion la repugnancia que le producia aquella criatura, que siempre le fué antipática, se acercó y la preguntó en tono serio, pero suave:

—¿Qué me quiere usted, señora?

—Que me escuche usted, repuso en voz queda la moribunda, y que despues de haberme oido me perdonen ambos agraviados, si es que cual nuestro Criador tienen miseri-

cordia y dan mérito al arrepentimiento y valor á la expiacion.

La enferma calló un rato para tomar nuevas fuerzas.

—Que yo tenga algo que perdonar á usted? preguntó el marqués, temiendo que aquellas palabras que habia oido fuesen hijas del delirio.

—Se acuerda usted, prosiguió la moribunda, de una carta anónima que recibió por el correo pocos dias antes de marchar al extranjero?

Este recuerdo inesperadamente evocado hirió á Alfonso como una estocada en una oculta herida enconada, y exclamó:

—Quién ha podido decírselo á usted?

—Sabe usted quién la escribió? dijo con angustia la infeliz.

—No, y lo siento, porque fué sin duda un hombre honrado, un amigo, que me evitó caer en un precipicio.

—Se equivoca usted! suspiró la moribunda, como todos los que ven en un anónimo el interés, y no el ódio á aquel á quien daña.

—Ah! nó, aquí la tengo, pues siempre la

llevo conmigo puesta sobre el corazon como una égida contra el amor fingido y las astucias de las mujeres. Ella me salvó de haber hecho compañera de mi vida y madre de mis hijos á una mujer indigna de serlo. Ella me salvó de haber sido objeto de la menospreciadora lástima de los cuerdos y de la insultante burla de los que valen menos que yo.

—Pues ella fué una calumnia! dijo con energía Gracia Lopez.

—Eso nó: las verdades que encerraba eran demasiado patentes; no quiera usted disculpar á la hora de la muerte á una cuñada á quien tan poco amó en vida.

La moribunda dió un gemido y llevó á sus labios la mano de su cuñada que tenia entre las suyas.

—Sobre todo, oiga usted, prosiguió el marqués sacando del pecho una pequeña cartera, y de ella una carta que desdobló: y acercándose á una lamparilla que ardia ante la imágen de la Vírgen de Gracia, se puso á leer:

«Carmona á tantos...

»Un sujeto de esta vecindad que tiene de su persona de usted las mejores noticias, cree que es un deber de honradez evitar el que sea usted víctima de gentes sin conciencia y perversas que con la mayor hipocresía le han urdido una trama. Me cuesta repugnancia decirlo, y quizás no lo haria á no ser el caso tan público aquí que nadie lo ignora. Todo el mundo sabe que D. Manuel Sanchez, padrino de Gracia Vargas, si ha mantenido la casa, si ha educado á la niña, si costeó la enfermedad del padre y le ha erigido un túmulo, si ha costeado los estudios del hermano y enviádolo á Madrid, no lo ha hecho por caridad cristiana; que por caridad cristiana no se roba al marqués ciego, de quien es capellan, para hacer gastos tan cuantiosos. Así fué que cuando se murió su madre, no se fué Gracia con su hermano como debió hacerlo, sino que se quedó por disposicion de D. Manuel en Carmona. Todo esto salta á la vista, y quien no lo vé es que no quiere verlo. Pero aun los hipócritas tienen sus descuidos, y así ha sucedido que el ca-

pellan del marqués al salir de su casa prendió fuego á un papel para encender un cigarro, tirándolo casi consumido. No faltó quien lo recogiera, y es el pedazo de una carta que remito á usted para que se convenza: papel que ha andado aquí de mano en mano, y que yo guardé para evitar el escándalo y para remitírselo, impidiendo así que un hombre caballero y confiado sea víctima de una trama hábilmente urdida.»

En seguida desdobló el marqués un pedazo de carta cuyos bordes estaban ennegrecidos por el fuego, que habia consumido lo demás, el que contenia estos renglones que leyó en alta y estridente voz:

«Usted es el único hombre que ha llenado mi corazon.»

GRACIA VARGAS DE TOLEDO.

Mientras el marqués leia Gracia Vargas habia levantado la cabeza, después se habia puesto de pié, y con los ojos asombrados y sonrojado el rostro de vergüenza, escuchaba absorta, trémula é indignada.

Cuando el marqués hubo concluido, cruzó sus manos exclamando con voz ahogada:

—Qué infamia!

El marqués, que no habia notado su presencia, se volvió hácia su lado, y al verla exclamó á su vez con profundo dolor y concentrada indignacion:

—Cierto, qué infamia!

La moribunda, haciendo un supremo esfuerzo, dijo dirigiéndose al marqués:

—No fué un amigo vuestro ni un hombre honrado quien escribió esa carta; la escribió una mujer malvada, por odio, celos y envidia, pues esa carta calumniosa y perversa la escribí yo.

Gracia, al oir esta declaracion inaudita, se cubrió el rostro con ambas manos.

—Puede ser, dijo el marqués con tono amargo y despreciativo, pero ¿y la carta de la interesada en que todo queda confirmado?

—La carta, prosiguió la enferma haciendo un heróico esfuerzo, que yo sustraje al criado que la llevaba al correo, iba dirigida por Gracia á su padrino, y habia en ella un párrafo que decia así: *Temo escribir con libertad*

*excesiva, pero Alfonso, bien lo sabe V., es el único hombre que ha llenado mi corazon.* Quemé la carta hasta la palabra *sabe*, y truncada la primera frase quedó unida á la siguiente formando con ella distinto sentido.—Si podeis, perdonadme por Dios, perdonadme para que muera tranquila!

Gracia se echó sin titubear al cuello de su cuñada diciendo:

—Perdonada estás, hermana mia, perdonada de corazon, y tanto más cuanto que no es un acto de generosidad el que me pides, sino un acto de justicia, pues la expiacion anula la culpa; y tú has expiado la culpa con la noble y esforzada declaracion que acabas de hacer, con tu arrepentimiento y tu terrible padecer.

—Escríbele á D. Manuel que me perdone, rogó la culpable.

—No, contestó Gracia, lo debe ignorar todo; pídele á Dios perdon de una ofensa que no le puede dañar y que ignora el agraviado.

Alfonso al descubrir y convencerse de tamaño crímen, se habia quedado inerte de

pasmo y de indignacion; mas al considerar que le habia costado la felicidad de su vida, y que su mismo afan por la opinion pública era lo que le habia traido á perder su buen concepto con su inexplicable conducta, dando suelta á todas las iras y dolores de su corazon, exclamó:

—Nó, nó, yo no perdono. Muchos hay en los presidios arrastrando cadenas cuyos delitos no admiten comparacion con el imperdonable, el pérfido y denigrante anónimo, que fraguan mancomunados la vileza, la cobardía, la envidia, la calumnia y la crueldad. En esta época de trastorno social, de trastorno de ideas y de opiniones, todos los vicios y crímenes se han querido defender y disculpar achacándoselos á la mala organizacion de la sociedad. Al robo, al asesinato, al adulterio, á la prostitucion, á todos se les ha prestado una fuente pura: todos han sido disculpados y se han hecho interesantes en sus perpetradores; pero los mismos que idealizan la maldad no han osado, no se han atrevido á justificar la calumnia del anónimo á pesar de los recursos de su fértil y

viciada imaginacion. El vil anónimo es tal, que hace sonrojarse aun al cinismo; al lado de ese horrible mal causado al prójimo con premeditacion, á sabiendas é impunemente, los venenos de los Borgias que no hacian mas que quitar la vida, son beneficios. ¡Perdon! y para quien? para el que despues de cometida su obra infernal queda gozándose en los estragos que ha hecho, y necesita que venga la muerte para despertar un tardío y temeroso arrepentimiento? Nunca! hay cosas que si se perdonasen envilecerian el perdon.

La moribunda dió un gemido y cerró los ojos.

—Sois mas cruel que ella lo ha sido, dijo Gracia deshecha en lágrimas; negar el perdon al arrepentido es el mas inhumano de los procederes para con nuestros semejantes, es aun peor que el que estais motejando.

—Pues mas injusto, repuso Alfonso, seria dejar pasar impunes cuando se llegan á descubrir, esos delitos que avergonzados de sí mismos se refugian como en segura guarida en el misterio: en el misterio, que es el mas vil de los auxiliares de la maldad.

Perdonar á esos malvados que gracias á él osan transitar con su maldita cabeza erguida entre las gentes honradas? nunca! Vileza! infamia! voces que aterran aplicadas á las acciones de los hombres!!! ¿Acaso, prosiguió exaltándose por las mismas reflexiones que en tropel le asaltaban, acaso no habia dispuesto una antigua ley que fuese cortada la mano del incendiario? pues ¿porqué, con mas razon y justicia, no se ha dispuesto tambien que al infame que no contento con reducir á cenizas una parte de los bienes de sus semejantes, les arranca su honra y les destruye su suerte, se le corte no ya la mano, sino el brazo?

—Justa es vuestra sentencia, y yo, sometida á ella, ruego á Dios que sirva de expiacion á la mísera que la ha sufrido, dijo la moribunda con débil voz y señalando á Alfonso un velador con piedra de mármol sobre el que se hallaba un objeto cubierto con un lienzo. Ved, añadió, alzad ese paño.

Alfonso se acercó al velador, alzó la toalla y retrocedió con una exclamacion de asombro y de horror. Sobre aquel velador

estaba extendido un brazo con su mano, inerte, helado, muerto. Habiendo destruido la accion del cáncer todos los nervios y ligamentos del brazo derecho de la enferma, éste se habia desprendido en la pasada noche, como lo habria hecho el de un esqueleto, y habia sido depositado allí.

—¿No está la infeliz bastante castigada? dijo con su dulce voz la hermana de la caridad.

Alfonso, consternado y conmovido, se acercó á la cama de la moribunda, y le dijo:

—A mi vez, Gracia Lopez, imploro vuestro perdon! habeis expiado y estais redimida para con Dios y para con los hombres.

La emocion que estas palabras produjeron en la agonizante la hizo perder el sentido. Gracia corrió á llamar al confesor que estaba en el cuarto inmediato, el que acudió mientras ella empezaba á auxiliar á la moribunda haciéndola respirar un espíritu. Al cabo de un momento entreabrió esta los ojos; al ver á su confesor se pintó en su cárdeno semblante cierta expresion de sonrisa, diciéndole en casi ininteligibles palabras:

—Padre! me han perdonado!

—Así debia ser, contestó el sacerdote.

—Bendecid, pues, á la reconciliada con Dios y con los hombres, padre!

—Con toda mi alma, hija mia!

Y el padre la bendijo. Entonces levantando los ojos al cielo y alzando la voz, exclamó la moribunda:—Bendita sea la clemencia divina, y la clemencia humana hija de aquella! bendita sea la religion!

Sus ojos se cerraron, su cabeza se inclinó sobre su pecho.

—Recemos el Credo, dijo el sacerdote postrándose de rodillas al par de Gracia y Alfonso.

En la cama yacía un cadáver.

## CAPÍTULO XIX.

---

El hombre mientras está en el mundo, aun no siendo mas que un cadáver, necesita del cuidado y ayuda de los que le sobreviven, así como despues de muerto ha menester de sus sufragios y oraciones. ¿No deberia este solo pensamiento extinguir en su corazon toda hostilidad contra sus semejantes? Alarguémonos todos la mano de amigos y de hermanos ante la horrible fantasma de penas, de males, de muerte aislada y desamparada, que no hay valor, por brutal que sea, al cual no arredre.

El confesor se alejó para ir á disponer el féretro, los blandones y paños mortuorios, todas esas necesidades y honras debidas y usadas con los cadáveres.

Gracia se acercó trayendo un pañuelo de holanda para cubrir el rostro de la difunta, el que libre de la accion del padecer y de la inquietud, se iba serenando y tomando esa belleza austera y magestuosa que hace á los muertos tan respetables. En seguida salió para mandar avisar á su hermano y á una de sus compañeras, con objeto de que esta la ayudase á amortajar á la que habia fallecido.

—Gracia, exclamó Alfonso que la habia seguido al cuarto inmediato, postrándose ante ella cuando se hallaron solos; ¿y tú acaso podrás perdonarme?

—Para perdonar es preciso haber tenido resentimiento, respondió Gracia, y puedo asegurar á V. que nunca lo he tenido. El amor sin mezcla de sentimientos bastardos y personales, causa dolores, pero no resentimientos. Que sea V. feliz ha sido mi cotidiana oracion al cielo, y lo será siempre. Le amé á V., y el recuerdo que ha quedado en mi corazon le hará siempre para mí un objeto de benévolo interés.

—El recuerdo! pues qué, Gracia, ya no

me amas? no consentirias acaso en hacerme feliz uniendo tu suerte á la mia?

—Eso ya no puede ser.

—Porqué, santo Dios?

—Porque no puedo amar al hombre en cuya preferencia hácia mí no habia ni amor, ni fé, ni aprecio; á un hombre á quien bastó para alejarse de mí un miserable anónimo, sin pararse á averiguar su orígen ó á examinar sus causas, sin desentrañar la verdad que pudiese tener, sin dignarse siquiera participarme el motivo, cerrando así la entrada á toda justificacion, y no desatando, sino cortando con el mas afilado de todos los puñales, el desprecio, unas relaciones que fueron el único rayo de sol de mi opaca vida. No, no, repito; el hombre que esto hace, ni ha amado ni amará nunca, porque hay en su alma otro sentimiento superior al amor. Si un anónimo pudo extinguir su amor de V...

—Extinguirlo! oh! nunca, Gracia.

—Pues aun concediendo que sin extinguirlo pudo enterrarlo vivo, la conducta que usted siguió, sin paliarla siquiera, me ha probado cuán fácilmente, fuese cual fuese la

causa, podía V. pasar del cariño al desvío, del aprecio al desden: lo cual le hizo aparecer á mis ojos como un hombre distinto de aquel que yo habia amado. Muy bien y con razones muy contundentes anatematizó V. el anónimo; pero mal estaba en sus labios el hacerlo, y mejor hubiera estado en los de otro que lo hubiese despreciado cual ese vil medio de dañar lo merece. Tan oculto pensaba V. que pudiera mantenerse el mal, que solo una persona lo supiese? Tan prudentes ó egoistas creia V. á sus amigos, que todos callasen al verle engañado y seducido, y que les sobrepujase en interés hácia V. un extraño? Acaso pensaba V. que el que dá un benéfico consejo y lo hace con buen fin oculta cuidadosamente su nombre? Basta pararse un poco para convencerse de que la buena intencion, como los rayos del sol, ni puede buscar una marcha torcida ú oblícua, ni ocultar su elevado orígen. En los males causados por tan infame medio cabe casi tanta parte al que forja la calumnia como al que le presta asenso, concediendo á un extraño que desde luego se presenta como un malvado, esa fé de que

despoja á las personas que pretende querer. Dícese que el modo de burlar y desvirtuar los ataques de la malignidad es desatenderlos; con tanta mas razon debe este consejo del buen sentido aplicarse al mas abominable de los medios de ataque, al mas perverso de los ardides. Pero para V. esa voz de los abismos ocultos de la maldad pudo mas que el aprecio, mas que la buena opinion y que el cariño á que creí ser acreedora y merecerle; así fué que le lloré á V. por muerto, y no me quedó para aquel en quien se habia trasformado sino extrañeza é indiferencia.

—Pero el primero ha resucitado, Gracia.

—No, Alfonso; yo soy la que mediante la confesion de la pobre difunta, que esté en la gloria, he resucitado para V.; me vuelve V. á ver libre de culpa, pero tambien decidida á no unir mi suerte á quien no puedo amar, y resuelta á seguir, sin dejarla, la senda en que hallé el consuelo, la tranquilidad y una dicha moderada, pero independiente y segura.

—Esto y más hallarás á mi lado, Gracia; soy caballero, te debo una reparacion, y te la daré cumplida.

—La agradezco sin admitirla, repuso Gracia con una imperceptible sonrisa; tardo en decidirme, pero decidida no vacilo. La barquilla que halló puerto tranquilo y seguro, no vuelve á salir al mar por mas sosegado y espléndido que se le presente. Cuando me faltaron aquellos mas dulces y profundos amores de la vida, el que presta y el que recibe amparo, esto es, mi madre y mi pobre hermano; cuando me ví sola y aislada, desatendida de mi hermano mayor, rechazada por quien debió ser mi hermana, abandonada por el hombre que me habia inspirado y demostrado tanto amor, acudí al amparo de un Padre que no muere, y cuyo amor no desatiende, no rechaza, no abandona. Me abrió sus brazos, me consoló y confortó, me dió fuerzas, resignacion y esperanza. Entonces mi corazon le preguntó: Con qué pagarte, Señor, tantos beneficios? Cómo demostrarte mi gratitud?—Y él contestó á mi corazon: *Amándome y demostrándome tu amor, amando y sirviendo á tus hermanos desvalidos, y á mí en ellos.*—Obedecí, y hallé cuanto en el mundo no habia encontrado: paz, satisfaccion, dul-

zuras y esperanzas; ¿y cree V. posible que ahora le dijese desertando del puesto que me señaló: *no necesito ya de este tu amparo, al que me acogí transitoriamente, pues he hallado otro preferible?*

—Conque, exclamó Alfonso, rechazarás mi cariño? me dejarás por tus groseros, repugnantes é ingratos enfermos?

—Sí, porque su grosería, sus males y sus ingratitudes, no llegan á lastimar mi corazon.

—Eso, dijo herido en su cariño y en su amor propio Alfonso, con alguna altivez, eso es extravagante y hasta ridículo.

—La débil arma de la malignidad que se llama el ridículo, respondió Gracia, solo hiere al amor propio.

—Qué corazon tan frio! exclamó Alfonso en tono de reconvencion y de dolor.

—No lo han creido así mi madre, mi hermano y la que acaba de morir.

—Lo que te han inspirado no ha sido amor, ha sido compasion.

—Y aunque así fuese, repuso Gracia, ello no probaria un corazon frio, puesto que la

compasion es amor, el mas puro, el mas tierno y consagrado de los amores. Pero, añadió encaminándose hácia el cuarto mortuorio. me llaman al lado de mi pobre cuñada el deseo y el deber de prestarle el último servicio, el de amortajarla. Adios, Alfonso, dentro de ocho dias agradecerá V. á la pobre hermana de caridad la determinacion que en este instante merece su censura.

—Qué cruel despropósito! Gracia! Gracia! qué ha podido infundírtelo? dijo asombrado Alfonso.

—Las que en el mundo nos dedicamos al servicio de Dios en la asistencia de los enfermos, aprendemos á conocer así los males físicos como los morales que aquejan á la humanidad.

Diciendo esto Gracia, entró en el cuarto mortuorio, impidiendo con un gesto de grave y severa dignidad que Alfonso la detuviese.

FIN.

# EPÍLOGO.

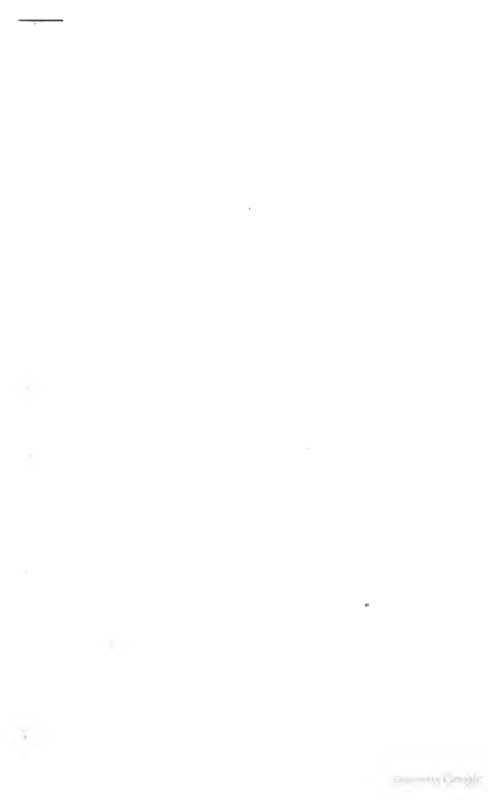
---

Gracia habia acertado; ocho dias después Alfonso se decia á sí mismo mientras vestia su uniforme de diplomático adornado con la llave de gentil hombre (que acababa de recibir,) para ir á palacio á dar gracias á la reina por tan distinguido favor:

—No hay duda que las mujeres son atinadas y tienen mas tacto que los hombres. De los salones se puede dignamente bajar á los hospitales; pero subir de los hospitales á los salones, se vé poco, y si se viese daria pábulo á la burlesca mordacidad de las gentes. Por cierto que el desenlace de nuestros amores no ha sido ni novelesco ni sentimental, y lo rechazaria por prosáico la novela cuya atribucion es crear; pero lo admitiria desde luego el cuadro ó novela de costumbres, cuyo objeto es pintar las cosas como realmente son.

---

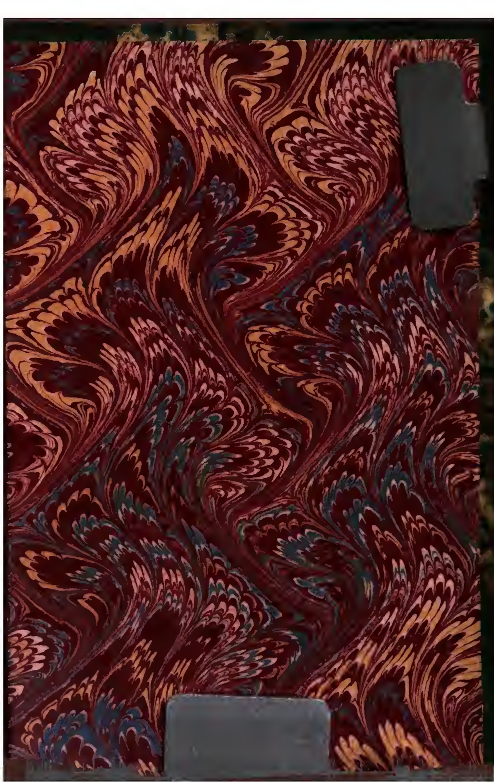
6

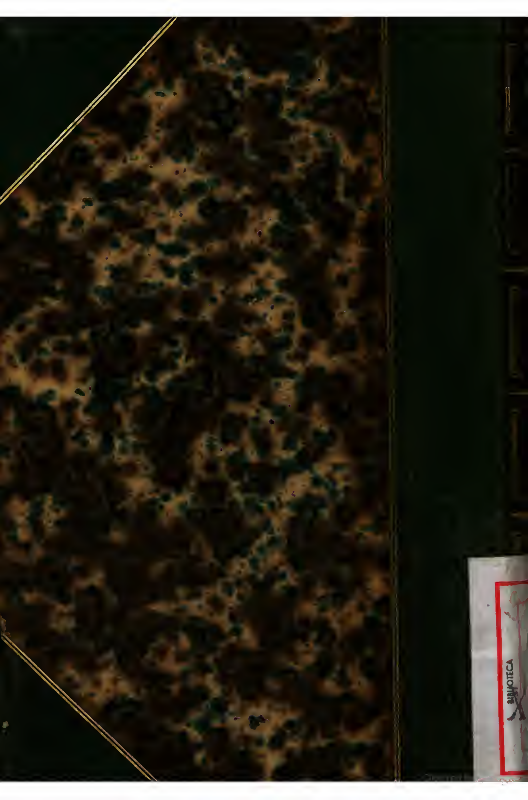











BIBLIOTECA